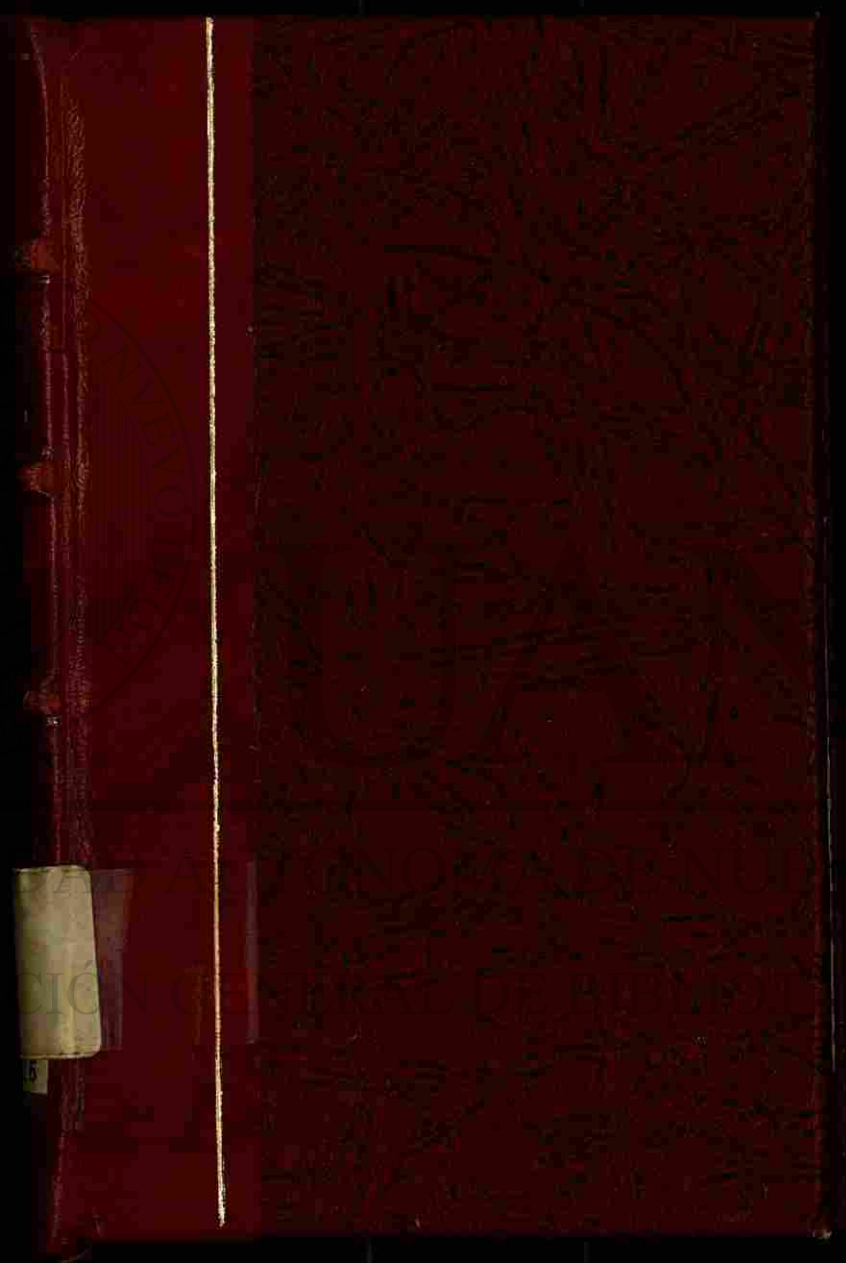




**HISTORIA
MILITAR
DE
MEXICO**



**S. ROCHA
1846 - 1847**

**F1232
R6**

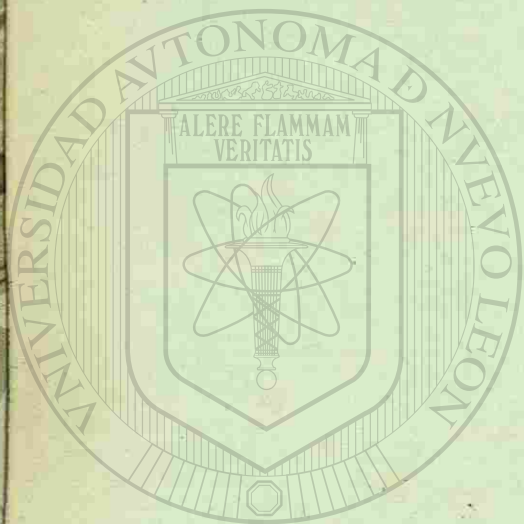
107916



1020002329

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

FRANKLIN & CO. MADE IN NEW YORK
GEORGE H. RICE & CO.



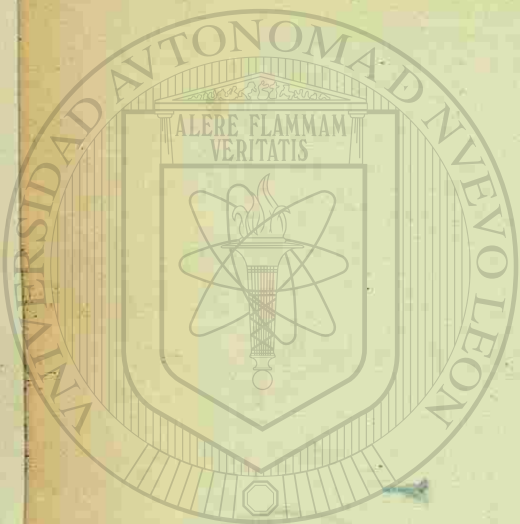
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



107916



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA MILITAR DE "EL COMBATE"

ACQUISICION

PARA

LOS SARGENTOS Y CABOS

DEL

Ejército Mexicano
escrito por el

Gral. SOSTENES ROCHA



MÉXICO

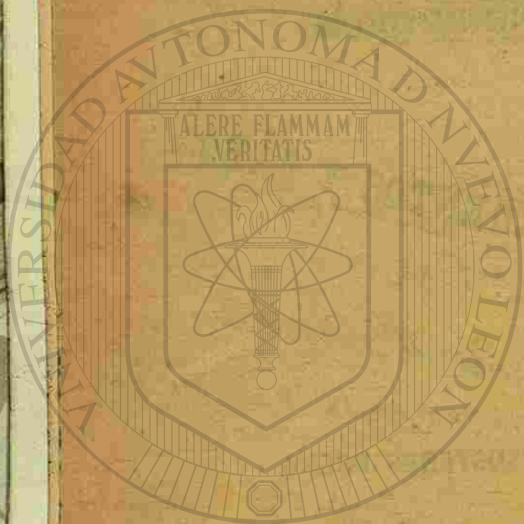
IMPRENTA DE "EL COMBATE"

1892

SEMANA SANTA DE 1892

F1232

R6



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

ENQUIRIDION
PARA LOS SARGENTOS Y CABOS
DEL EJÉRCITO MEXICANO

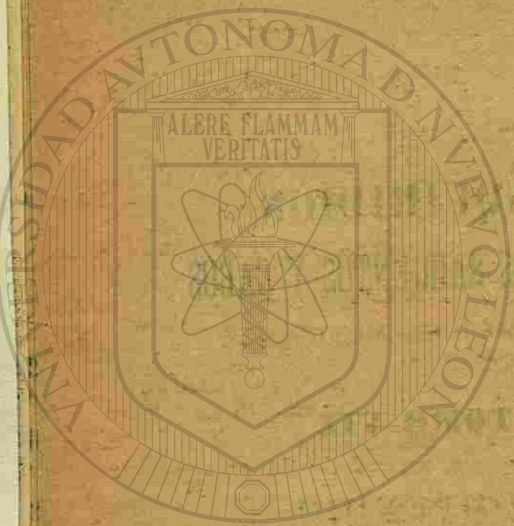
TOMO VII

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA MILITAR DE MEXICO

CAMPAÑA DE 1846--1847



DIRECCIÓN GENERAL

INTRODUCCION.

Consumada nuestra independencia, el clero mexicano, siempre funesto á la patria, unido al partido conservador y empleando para ello cuantiosas sumas, comenzó á intrigar cerca del libertador, como entouces se llamaba al general Iturbide, y de los demás ilustres caudillos de la Independencia, á fin de encaminarlos á que se adoptase como forma del nuevo gobierno el sistema monárquico, constituyéndose el primero en Emperador del naciente imperio. Aquellos bravos jefes, cuya sangre generosa se había derramado en abundancia sobre los campos de batalla en favor de su patria, adoptaron, sin embargo, con indiferencia aquel proyecto, pues lo que á todo trance les importaba era que México á la faz del mundo fuese una nación soberana é independiente. Por otra parte, cansada la nación de tantos comba-

tes, anhelante por la paz para consolidarse, y como embriagada por su espléndido triunfo, vió también con indiferencia la erección de un imperio cuyo sistema de gobierno era contrario á sus ideas políticas. El hecho se consumó, pues, se dió el golpe de estado y surgió el imperio de Iturbide.

Mas el naciente partido liberal ya robusto, audaz y emprendedor desde su mismo origen, no podía de ninguna manera acomodarse á semejante orden de cosas; apeló á la revolución y después de algunos combates, cuyo resultado le fué siempre favorable, el imperio fué destruido, sustituyéndolo la República Federal. Iturbide fué condenado al destierro y el nuevo gobierno le previno que bajo pena de muerte se abstuviera de pisar de nuevo el territorio de la República. Mas aquel desgraciado jefe, expensado abundantemente, é instigado por el funesto clero católico en México, abandonó el destierro para venir á procurar restablecer por medio de las armas su ridículo imperio. La suerte le fué adversa y poco después de haber saltado á las playas de la República, fué capturado por fuerzas del gobierno, y tras de un sumárisimo proceso fué conducido al pueblo de Padilla y pasado por las armas.

Este hecho vino á consolidar las bases sobre las que se había edificado la República; sin embargo, en su seno fermentaban las pa-

siones de dos partidos políticos que se habían jurado un odio recíproco; el liberal y el conservador, que gracias á sus constantes intrigas había logrado hacerse pesar en la balanza gubernamental.

No es nuestro ánimo, ni vá de acuerdo con el plán que nos hemos propuesto, referir una por una todas las revoluciones que se sucedieron predominando unas veces el partido liberal y otras, á la verdad muy pocas, imponiéndose el partido conservador. Nos bastará con manifestar que tan frecuentes contiendas, no hacían más que imposibilitar en el extranjero el establecimiento del crédito nacional, debilitar á la nación, desmoralizar al ejército y prepararnos, por decirlo así, para hacer la menor resistencia al enemigo extranjero que con cualquier pretexto se propusiese invadir nuestro territorio.

Por otra parte, esas continuas revoluciones y motines militares habían impedido á los gobiernos que con tanta frecuencia se sucedían, atender con el esmero que merecía á la reorganización del ejército nacional, cuyo armamento y material de guerra, tanto por su mal estado como por su antiquísimo sistema, eran impropios y casi inútiles para abrir una campaña seria contra un ejército bien organizado y perfectamente armado.

Ya desde la época de las campañas de Texas, la nación vecina nos veía con malos ojos y espiaba cuidadosamente el momento de que llegásemos á nuestro máximo de trastorno y desmoralización, á fin de invadirnos fácilmente.

A principios del año de 1846 llegó el momento tan deseado por nuestros vecinos y su gobierno, sin más preliminares, ni previa declaración de guerra, concentrando numerosas tropas invadió la parte norte del Estado de Tamaulipas, empujando sus vanguardias hasta la margen izquierda del Río Bravo del Norte, de tal suerte que algunas de ellas acamparon frente y á la vista de la ciudad de Matamoros.

Nuestro gobierno, tratando hasta donde le fuese posible, y decoroso á la dignidad nacional, de evitar los desastres que como consecuencia acarrearía una guerra con los Estados Unidos, procuró arreglar el asunto en el simple terreno de la diplomacia. Todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues lejos de escucharlo el gobierno de esa potencia, ponía sobre las armas más y más tropas y acopiaba mayor número de elementos de guerra para facilitar su plan de invasión.

México, pues, se vió obligado á declarar la guerra.

Todas las batallas, combates y demás operaciones de la campaña de 1846 á 1847, que

tan funesta fué á nuestras armas por la ineptitud é impericia de los jefes que mandaban las tropas nacionales, es lo que nos proponemos referir tan minuciosamente como nos sea posible, así como con la más completa imparcialidad, despojándonos para ello de nuestro carácter de mexicanos y ateniéndonos sólo al de escritores militares que quieren consignar los hechos tales como han pasado.

Ojalá que la lectura de nuestros Ensayos sobre la Historia Militar de México, sea provechosa á nuestros jóvenes oficiales, pues es lo único á que aspiramos al emprender tan arduo trabajo.

En el trascurso de dicha lectura, veremos de la manera más clara, que el valor, la abnegación y la sobriedad en nuestra tropa fueron tan grandes que llenaron de admiración á nuestros mismos adversarios; pero veremos al mismo tiempo, que la ignorancia, ineptitud é impericia de nuestros jefes fueron la causa eficiente de nuestras desgracias.

Demos principio á nuestra narración.



BATALLA DE PALO ALTO.—BATALLA DE LA RESACA.—NUESTRAS TROPAS REPASAN EN DESORDEN EL RÍO BRAVO.—RETIRADA DE LAS FUERZAS MEXICANAS RUMBO A MONTERREY.—EL EJÉRCITO INVASOR AVANZA HACIA ESA PLAZA.—COMBATES EN LOS ALREDEDORES DE MONTERREY Y DENTRO DE LA CIUDAD.—VALIENTE COMPORTAMIENTO DE LAS FUERZAS MEXICANAS.—INEPTITUD DE SUS JEFES Y OFICIALES.—CAPITULACIÓN DE MONTERREY.—RETIRADA DE LAS TROPAS MEXICANAS RUMBO AL SALTILLO.

El Genral de División don Mariano Arista, era en el mes de Mayo de 1846 comandante en jefe de la división de tropas mexicanas que dividida en fuertes destacamentos cubría toda la línea de la Frontera.

Desde que aquel jefe se apercibió de que un rompimiento entre las dos naciones era inminente, se apresuró á concentrar todas sus fuerzas en

la ciudad de Matamoras que era su cuartel general; así es que, cuando á principios de Mayo del mismo año se le notificó por el supremo Gobierno la declaración de la guerra y se le dieron instrucciones para romper las hostilidades, pasó el río con su división en chalanes, botes y otras embarcaciones irregulares, pues nuestro ejército, como casi siempre le ha sucedido, careciendo de los elementos indispensables para abrir una campaña seria, no tenía equipaje de puentes. El paso, pues, de un río caudaloso para marchar contra un enemigo que se hallaba próximo, sin establecer un puente que facilitase la retirada de las tropas en caso de revés, fué la primera grave falta cometida desde la apertura de la campaña.

Para describir este desastroso hecho de armas, transcribiremos lo que ya desde nuestro tomo I consignamos en el artículo relativo á la «Bandera», sin entrar en más minuciosos detalles, pues, desgraciadamente, ó no se tomaron después de esta batalla los datos suficientes para incrustarla en nuestra historia ó si se tomaron se han perdido en su mayor parte.

Dice así el Tomo I del Enquiridión:

«El señor General Arista que mandaba en jefe, marchaba en busca del enemigo sin exploradores, ni una buena vanguardia que cumpliendo con su importante misión supiera dar al General en Jefe todas aquellas noticias respecto á la fuerza, posición y demás circunstancias del enemigo que vienen á ser la base de un buen plan de batalla. El jefe mexicano marchaba, por decirlo así, á ciegas; pero siempre recto hacia el adversario, á impulsos del entusiasmo, del ardiente deseo de

sus tropas por cruzar cuanto antes las bayonetas. Vana esperanza, las tropas avistaron al enemigo, que bien apoyado en sus flancos por obstáculos naturales, tenía todo su frente cubierto por una alfombra de seca y pequeña vegetación, sembrada de espesos matorrales que hacían por ella imposible el tránsito de las tropas.»

«Esta pésima elección de posición de los americanos, nos salvó al fin de un completo desastre; pues si por una parte impedía á nuestros bravos batallones abordar al enemigo, impedía también por otra á éste, lanzarse á la persecución para completar la victoria. En tales circunstancias, nuestra tropa desplegó en los linderos de aquel bosque de corta vegetación, y nuestras imperfectísimas piezas de artillería se pusieron inmediatamente en batería y en el acto abrieron sus fuegos. Sólo las balas de algunos cañones de á doce que había en nuestra línea, lograron llegar á la del adversario; pero las de los cañones de á seis y de á cuatro, se quedaban á poco más de media distancia entre línea y línea. Entre tanto las baterías americanas, que en el momento habían respondido á las nuestras, y que se componían de cañones á la Payxan, cuyos proyectiles huecos causan mucho efecto, no sólo herían de frente nuestra línea, sino que algunas que habían sido sabiamente establecidas, tomaban de escarpa á nuestras tropas y sus terribles efectos alcanzaban hasta nuestras últimas reservas. Las filas mexicanas comenzaban á mermarse prontamente; la muerte reinaba entre ellas, pues á pecho descubierto y con el arma al brazo, sin desordenarse, sin que se notara en ellas la más mínima fluc-

tuación, se mantenían imperturbables, gallardas, despreciando el peligro é imponentes hasta el grado de causar la admiración del mismo enemigo, prorrumpiendo en constantes y entusiastas vivas á la patria.»

«Pero en esa desgraciada jornada, todo se conjuró contra nosotros. El bosque se incendió; aquellos secos matorrales y aquel espeso zacatal ardía con la velocidad de la pólvora, y como nuestras tropas hacían frente al aire reinante en aquellos momentos, todo aquel oceano de fuego avanzó con increíble velocidad sobre nuestras líneas, y vino á producir en ellas lo que las numerosas y bien establecidas baterías enemigas no habían podido conseguir: la confusión y el desorden. Las líneas tuvieron que retroceder violentamente para no ser abrazadas por el elemento destructor. Las diferentes armas se mezclan, los grandes parques que no tienen tiempo de ser retirados se queman, y este acrecentamiento de ruido, detonaciones y confusión llevan á su colmo el desorden. Afortunadamente el adversario no puede perseguir, lo que produce que al fin y al llegar aquella confusa masa de soldados, cañones, mulas, caballos y carros á un lugar despejado y sin vegetación en que el fuego ya no podía proseguir, hagan alto las tropas, se reorganicen, formen de nuevo, se reanime su espíritu abatido y ansíen esperar allí á su enemigo. Pero ¡ay! las huestes mexicanas se ven muy reducidas; centenares de veteranos han quedado sobre el campo de batalla y los soldados reclutas se han aprovechado de aquel desorden para dispersarse abandonando su bandera.....su bandera, que es el emblema

del honor de la patria y honra de su regimiento!»

«En esa desgraciada acción de guerra, no hubo cuerpo de infantería del ejército mexicano que no perdiera su abanderado; y algunos, como el 4.º batallón, perdió consecutivamente tres oficiales que sostenían en sus manos la bandera que flameaba siempre orgullosa y heroica en medio del humo del combate. Y luego, cuando la retirada, ya no había formación alguna; pero las tropas iban agrupadas por cuerpos, cada uno al derredor de su bandera; se oían de cuando en cuando las voces de los jefes, que llenos de rabia por la derrota, creyendo que iban á ser perseguidos y deseando morir con gloria, gritaban á sus soldados:

—¡Soldados! ¿Juráis morir defendiendo esta bandera?

—¡Lo juramos!—respondían los soldados, y el que hubiera observado á aquellos veteranos, habría visto caer gruesas lágrimas de sus ojos y escuchado los rechinidos de dientes que el coraje y la desesperación les arrancaba.

Trascribimos á continuación el parte oficial que de esta jornada dirigió el General Atista al Supremo Gobierno:

Ministerio de Guerra y Marina.—División del Norte.—General en Jefe.—Excmo. Sr.—Constante en mi propósito de estorbar al general Taylor se uniera con las fuerzas que traía del Frontón de Santa Isabel, á las que dejó fortificadas frente á Matamoros me moví hoy de los Tanques del Ramireño, paraje de donde dirijí á V. E. mi último extraordinario, y tomé el rumbo de Palo Alto, tan luego como mis espías me informaron que

el enemigo había salido del Frontón; resuelto á introducir en sus fuertes, carros cargados de víveres y artillería gruesa.

"Llegué frente á Palo-Alto como á la una del día y observé que los contrarios entraban á dicho paraje.

"Con todas las fuerzas que llevaba, establecí la batalla en un gran llano, apoyando mi derecha en una elevación montuosa, y la izquierda en una ciénega difícil de tránsito.

"Apenas se disparaba el primer cañonazo, cuando llegó el Sr. General segundo en Jefe don Pedro de Ampudia, á quien había prevenido se me incorporara después de dejar cubiertos los puntos que servían para sitiarse á los enemigos que se hallaban dentro de los fortines de frente á Matamoros.

"Las fuerzas que tenía á mis órdenes completaban tres mil hombres y doce piezas de artillería, las de los invasores ascendían á tres mil soldados, más que menos, y era superior en artillería, pues contaba con veinte piezas de los calibres de á diez y seis y diez y ocho.

"Comenzó la batalla de un modo tan ardoroso que no cesaba el fuego de cañón un momento; en el curso de ella el enemigo quería seguir su camino hacia Matamoros para levantar el sitio á sus tropas; con cuyo objeto quemó los pastos y formó frente á su línea de batalla una humareda tan espesa que logró ocultarse de nuestra vista; mas á virtud de maniobras se lo embaracé dos veces.

"El General Taylor mantenía su ataque más bien defensivo que ofensivo, jugando su mejor

arma, que es la artillería, protegida por la mitad de la infantería, y toda la caballería, conservando el resto fortificado en la Resaca, á cosa de dos mil varas del campo de batalla.

"Ansiaba por la carga, porque el fuego de cañón hacía muchos estragos en nuestras filas y previne al señor general don Anastasio Torrejón la ejecutase con la mayor parte de la caballería por nuestro flanco izquierdo para darla á la vez por la derecha con unas columnas de infantería y el resto de aquella arma.

"Aguardaba el instante de que dicho señor general ejecutara la carga, y que ésta comenzara á surtir su efecto, para dar el impulso por la derecha; mas fué contenida por una fuerza contraria que defendía un atascadero que embarazaba el ataque.

"Impacientes algunos batallones por la pérdida que sufrieron, pidieron avanzar. En el acto los hice cargar con una columna de caballería al mando del señor coronel don Cayetano Montero, dando por resultado esta operación, que los cuerpos marcharan sobre el enemigo, quien por la distancia en que se hallaba tuvo lugar de replegarse á su reserva, y entrando la noche concluyó la batalla, quedando el campo por nuestras armas.

"Se practicó en seguida todo lo conducente al caso y tomó la división un campamento más concentrado en el mismo lugar de la acción.

"El combate fué largo y sangriento, lo que se graduará por el cálculo que ha hecho el señor comandante general de artillería, general don Tomás Requena, quien me asegura que el enemigo

arrojó sobre nosotros como tres mil tiros de cañón, desde las dos de la tarde en que comenzó, la lucha hasta las siete de la noche en que terminó, disparándose seiscientos cincuenta por nuestra parte.

«Las armas nacionales brillaron, pues no retrocedieron un palmo de terreno, á pesar de la superioridad de la artillería de los enemigos que sufrieron bastante estrago.

«Estas tropas tienen que lamentar la pérdida de trescientos cincuenta y dos hombres dispersos, heridos y muertos, dignos los últimos del recuerdo y gratitud nacional, por la intrepidez con que murieron peleando por la más sagrada de las causas.

«Dígnese V. E. dar cuenta con esta nota al Excmo. Señor Presidente, manifestándole cuidará de dar el parte circunstanciado de este hecho de armas y recomendándole el buen comportamiento de todos los señores generales, jefes, oficiales é individuos de tropa que me están subordinados porque sostuvieron tan sangriento combate, que hace honor á nuestras armas y da á conocer su disciplina.

«Admita V. E. las seguridades de mi consideración y justo aprecio.

«Dios y libertad:—Cuartel general frente á Palo Alto, á la vista del enemigo, Mayo 8 de 1846. —A las once de la noche.—*Mariano Arista.*—

Excmo. S. Ministro de la Guerra y Marina.»
«Es copia.—México, Mayo 20 de 1846.—*Juan L. Velásquez de León*»

Como se vé la costumbre de difrazar la verdad en los partes oficiales de los combates ó ba-

tallas que México ha sostenido, es vieja entre algunos de nuestros militares. La verdad de las cosas es que la batalla de Palo-Alto, en que nuestras tropas combatieron con heroico valor, se perdió, así por la inferior calidad de nuestro armamento y material de guerra; como, y muy principalmente por la ineptitud del jefe que la libró. Tan cierto es esto último, que averiguada la verdad por el gobierno de la República, destituyó al general Arista del mando de la división del Norte y le llamó á México para someterlo á un consejo de guerra.

Es triste y dá mucha pena á todo buen mexicano que se consagra al estudio de nuestra historia, ver á cada paso en sus páginas que nuestros desastres no reconocen otro origen que la ignorancia, ineptitud é impericia de los jefes que han mandado á las valientes tropas mexicanas, dignas por mil títulos de mejor suerte.

Si haber librado la batalla de Palo-Alto en las condiciones en que se hizo, fué una grave falta militar, lo fué mayor aún la batalla de la Resaca.

Toda tropa por buena que sea, que ha perdido la confianza en su jefe, que á pesar de su heroico valor sus sacrificios han sido estériles ante la fatal inercia de dicho jefe, pierde su moral, y si después de la derrota se la conduce todavía al combate, el nuevo desastre es evidente.

Tal sucedió en la batalla de la Resaca. Las tropas mexicanas se vieron allí en peores condiciones y en más mala posición militar que en la de Palo-Alto: el caudaloso Río Bravo, estaba muy inmediato y á refaguardia de la posición, y era

evidente que perdiéndose ésta después de un ataque, las tropas vencidas se aglomerarían en el mayor desorden para querer repasar el río en el cortísimo número de chalanes y pequeñas embarcaciones de que el general en jefe podía disponer.

Las tropas tomaron posición al frente y á retaguardia de un barranco, cual si se tratase de defender un desfiladero; mas no era este el caso, porque en los desfiladeros susceptibles de defensa, las partes flanqueantes se encuentran á larga distancia de la línea de batalla, circunstancia que ayuda al general en jefe á desarrollar buenas combinaciones estratégicas. Pero en la Resaca, las partes flanqueantes estaba á menos de tiro de cañón del centro de la posición: no tuvieron, pues los americanos, más que hacer un ligero reconocimiento para comprender que su enemigo era flanqueable por ambas alas. En ese concepto, designó en el acto sus maniobras y las fuerzas mexicanas que ocupaban la primera línea antes de la barranca, al verse amenazadas en su línea de retirada, retrocedieron por la misma barranca, á incorporarse á la segunda línea.

El enemigo prosiguió con vigor su ataque; estableció fuertes baterías sobre ambos flancos de la línea mexicana, enfilándola y aun tomándola de revés. Esto no obstante, y á pesar de los terribles estragos que dicha artillería causaba, se mantenía serena é imperturbable en su posición, viendo lo cual el general americano, ordenó un ataque general sobre el frente y sobre ambos flancos haciendo entrar en línea hasta á sus últimas reservas.

El vigor de este ataque, lo bien dirigido de la

combinación, la gran superioridad numérica y la del armamento y material de guerra, vencieron al fin la heroica y desesperada resistencia de los valientes soldados mexicanos. La desbandada comenzó por el ala izquierda, se propagó prontamente al centro y la derecha y la confusión, el desorden y la derrota fueron completas. Aquellas masas desordenadas en que la infantería, la artillería y la caballería iban mezcladas y ya sin formación táctica ninguna, llegaron á la orilla del río para intentar el paso. Por fortuna los americanos cometieron la torpeza de no lanzarse á la persecución inmediata, que de haberlo hecho, el desastre hubiera sido completo, pues todos los que no hubieran muerto en el combate ó en el paso del río, hubieran quedado prisioneros. Sin embargo, la República tuvo que lamentar la pérdida de infinidad de veteranos que impacientes por verificar el paso, se echaron á nado en las impetuosas aguas del Bravo, ahogándose en su mayor parte.

Por la noche llegaron á Matamoros los restos mutilados de la que había sido una brillante división. Como dos de los batallones mexicanos no habían tomado parte en los combates, lo cual implicaba una falta más en su jefe, reunidos éstos á los mencionados restos de la división, formaban todavía una fuerza respetable capaz de bastar á la defensa de Matamoros, al menos mientras de Monterrey donde ya había tropas, llegaban los auxilios necesarios. Así lo manifestaron algunos jefes al general Arista, mas éste se obstinó en abandonar la plaza y emprender la retirada rumbo á Monterrey y para agravar todavía más la gran

responsabilidad que ante el gobierno había contraído, en lugar de seguir el camino de las Villas del Norte, provisto de agua y de recursos, se inclinó hacia el Sudoeste tomando el camino de Linares, medio desierto y muy escaso de aguas.

En esa travesía, las tropas experimentaron grandes sufrimientos y fué tan grande el número de bajas, que superó al de los que habían muerto en las batallas anteriores.

Tales fueron los primeros tristes resultados de aquella funesta campaña.

Tres son los caminos principales que de Matamoros pueden conducir á Monterrey: el más corto y que lleva directamente, es el que pasa por Charco Escondido y Cadereyta para llegar á aquella ciudad; otro que queda sobre la derecha del primero y que aunque un poco más largo está más provisto de recursos y de agua, es el que pasa por las Villas del Norte, es decir, por Reinos, Camargo y Mier grandes poblaciones situadas muy cerca del río Bravo sobre su margen derecha. El tercero es el que desviándose mucho á la izquierda pasa por el rancho de la Norma y toma la dirección de Linares para seguir después á Monterrey pasando por Morelos y Huajuco. Este es precisamente el que como hemos dicho tomaron los restos de la división de Arista y en él, la falta de agua y de recursos y marchas por precisión forzadas acabaron de aniquilar á las pobres tropas mexicanas; que al fin después de muchos sufrimientos y muchas deserciones, llegaron á Monterrey á tomar sus cuarteles.

Va para este tiempo, el general Arista había

dejado el mando de la división, recibíendose de ella reforzada con otras tropas últimamente llegadas del interior, el general D. Pedro Ampudia.

Dedicóse este jefe desde luego y con la mayor actividad á reconocer todos los alrededores de la plaza y á comenzar las fortificaciones que debían cubrirla por tenerse noticia de que el ejército americano aunque muy lentamente y aun haciendo paradas en algunas poblaciones, venía avanzando.

Poco antes de estos sucesos había estallado una revolución en Guadalajara contra el gobierno del Presidente General Paredes: para sofocarla se había organizado en México una división compuesta de tres brigadas de la que debía tomar el mando el presidente en persona. Estas tropas divididas en tres escalones hicieron en efecto su movimiento, saliendo el primer escalón el 1.º de Julio; llegaron á Celaya después de mil sufrimientos y trastornos durante la marcha, por estar la estación de aguas en su mayor desarrollo y haber sido aquel año muy copiosas, de suerte que los caminos estaban intransitables. En Celaya se hizo un alto con objeto de esperar que el general Paredes llegase á ponerse á la cabeza; pero en esos días precisamente estalló en México otro pronunciamiento acaudillado por el general Salas, quien después de derrocar á Paredes, lo sustituyó en el mando supremo de la Nación. El objeto principal de este movimiento político era traer á la cabeza de la nación para regir sus destinos al general Santa-Anna que se hallaba desterrado en la Habana.

Perplejas se quedaron las tropas de Celaya al ser informadas del cambio de gobierno. Algunos

jefes con los soldados que estaban á sus órdenes, reconocieron al nuevo gobierno; pero el resto esperaba otras circunstancias y mayores informes para tomar una decisión; sin embargo, á pesar de esta disidencia de ideas, no hubo entre ellas colisión ninguna, y después de algunos días de vacilación, todos tomaron la patriótica resolución de dirigirse por San Luis Potosí rumbo á Monterrey en busca del enemigo extranjero.

En San Luis tomaron algunos días de descanso, se pusieron los cuerpos en alta fuerza, recompusieron su material de guerra y procurándose algunos escasos viveres, prosiguieron su marcha hacia la Frontera.

El día 9 de Setiembre llegaron dichas tropas á la ciudad de Monterrey y fueron recibidas por los pobres veteranos del Norte con las mayores muestras de cariño y compañerismo.

Desde este momento y como ya se sabía que los americanos venían muy cerca, se redoblaron los trabajos procurando terminarlos antes que el enemigo se presentase, de tal manera, que los destacamentos dedicados al trabajo se componían de batallones enteros y trabajaban unos durante el día y los otros por la noche.

Para dar idea á nuestros lectores de las fortificaciones que defendían á Monterrey, insertaremos la descripción que de ellas hace nuestro amigo el Coronel Balbontín, en sus «Apuntes históricos sobre la guerra de 1846 y 1847.»

«La parte del Este, se cubrió con tres obras pequeñas abiertas por la gola, capaces de alojar cada una de ciento cincuenta á doscientos infantes, con dos ó tres piezas de artillería.

«También se cubrieron con dos líneas de parapetos y fosos, las calles centrales que ven á aquel rumbo.»

«Del lado del Norte se construyeron dos flechas capaces de contener cada una de cincuenta á sesenta hombres.

«A la izquierda de estas flechas, en el Puente de la Purísima se levantó una obra irregular según lo permitía la localidad.

«Detras de esta línea, se cubrieron igualmente con parapetos las calles que desembocaban á ella.

«Fuera de la ciudad, siempre al Norte, en el llano, y al rededor de los muros de una catedral empezada á construir, se levantó un fuerte cuadrado con bastiones. Esta obra, á la que se le dió el nombre de Ciudadela, era la única cosa seria que había en Monterrey.

«Algo adelante del punto en que concurrían prolongándolas, las líneas que pasaban por las obras del Norte y del Este, se construyó un fortín de forma irregular cubriendo una tenería, cuyo nombre llevó.

«Por el rumbo del Oeste, á la salida para el Saltillo, sobre las alturas á uno y otro lado del camino, había dos obras avanzadas, de poca importancia.

«En el cerro llamado del Obispado estaba la más formal, que consistía en una especie de bonete que miraba á la ciudad, y en una pequeña flecha, colocada sobre un crestone situado á la espalda del edificio del Obispado y que lo dominaba.

«Tomado este crestón, el Obispado estaba perdido, porque la obra que miraba á la plaza de nada serviría. Sin duda el ingeniero que lo trazó, se propuso que cuando la plaza se perdiera continuarla defendiéndose el Obispado, sin sospechar siquiera, que el enemigo pudiera atacar aquel punto antes de penetrar á la plaza.

«La otra obra, era un simple reducto cuadrado sin fuegos flanqueantes, construido sobre Loma Blanca, incapaz en su aislamiento de ofrecer una resistencia formal. Se le llamó Fortín de la Federación.

«Las calles que desembocaban al Oeste, también se cortaron con parapetos y fosos.

«Hacia el Sur, solamente había parapetos en las calles que daban al río.»

Aún no estaban terminadas estas obras de fortificación, cuando los exploradores mexicanos dieron parte de que el ejército americano había salido de Camargo y avanzaba sobre la plaza.

El general Torrejón á la cabeza de una brigada de caballería, fué destacado inmediatamente en observación de los movimientos del enemigo y con orden de venirse replegando á la plaza en proporción al avance de aquél. Algunos destacamentos de infantería con la misma orden de situación entre Cedralvo y Marín.

Esta última disposición no dejaba de ser inconveniente, puesto que exponía á aquellas tropas, tan lejanas de la división de que dependían, á ser cortadas por el grueso de la caballería enemiga; sin duda lo comprendieron así sus respec-

tivos comandantes, porque antes de tomar el contacto con el enemigo, se apresuraron á replegarse á la plaza.

El 18 de Setiembre se avistó por el lado Norte la vanguardia de los invasores, y ya para la tarde las compactas líneas del enemigo que se observaron á lo lejos, hicieron conocer al general mexicano que tenía á su frente á todo el ejército del adversario. Cubrióse inmediatamente todo el perímetro de defensa y se organizó una fuerte reserva compuesta de los batallones 3.º y 4.º ligeros y el Batallón activo de Aguascalientes, cuyas tropas ocuparon el recinto interior de la plaza.

La fuerza mexicana se componía de 6,000 hombres con 40 piezas de artillería, de las cuales muchas estaban casi fuera de servicio.

La extensión que se había dado á la línea de defensa y la circunstancia de que de los 6,000 hombres con que se contaba, algo más de 2,000 eran de caballería, hacía que dicha línea quedase débilmente guarnecida.

El día 19 comenzaron los reconocimientos del enemigo, se rompió el fuego de artillería por ambas partes, aunque débil y con interrupciones durante el día. Al día siguiente, 20 del mismo mes, terminó el enemigo sus reconocimientos y una fuerte división designó claramente por la tarde un movimiento envolvente para el lado del cerro del Obispado. Nada hizo el general mexicano para contrariar, ó al menos para observar de cerca aquella maniobra, y ni mandó modificar siquiera durante la noche el reducto que mal establecido en una de las vertientes del cerro del Obispado, parecía más bien haber sido levantado para batir

á la ciudad que para defender la posición del cerro.

El día 21 el enemigo comenzó sus ataques sobre el fuerte de la Tenería, preparándolos antes con un vivo cañoneo sobre dicho punto y sobre la ciudadela. Nuestras baterías respondieron al momento, mas como no se habían construido plataformas de madera y que el terreno era flojo y el suelo lleno de lodo por las lluvias, sus tiros eran inciertos y de poco efecto, pues era imposible á los oficiales fijar de una manera definitiva sus punterías.

Preparado convenientemente el ataque, lanzó el enemigo tres columnas; la primera tomó como directriz las casas aisladas y arboledas que quedan al poniente de la Tenería; la segunda, que formaba la reserva, se aprovechó de una sinuosidad del terreno para cubrirse lo más posible y estar cerca de las dos columnas de ataque; y la tercera, cubierta con un enjambre de tiradores, avanzó resueltamente sobre la Tenería, hasta llegar á sus inmediaciones, donde hizo alto, desplegó rápidamente y envolvió al fortín con un vivísimo y mortífero fuego. La columna que había ocupado el caserío y las arboledas al poniente de la Tenería, sin dejar de hacer fuego se fué corriendo poco á poco á la derecha hasta enfilarse y aun hacer fuego de revés sobre la gola de la obra atacada. Esta situación era molestísima para sus defensores, puesto que muchos de ellos eran heridos por la espalda. Mas con todo, se batían con la mayor intrepidez y hacían fuego con tan buen éxito que los americanos veían mermar sus filas

rápidamente. No pudiendo resistir al fuego mortífero del fortín, ambas columnas de ataque del enemigo comenzaron á retroceder, visto lo cual por la reserva, dejó su abrigo y salió bravamente con dos piezas de artillería á la cabeza para restablecer el combate. En esos momentos ciento y tantos hombres de la reserva mexicana entraron en línea, unos á la Tenería y otros á pecho descubierto, fuera de la obra: el fuego redobló de intensidad y las columnas de ataque de los americanos, así como la de reserva, iniciaron de nuevo aunque lentamente un movimiento retrógrado.

En estos momentos, una fuerte columna de caballería mexicana salía por el costado izquierdo de la obra, aunque á larga distancia. Al observarla las tropas del ataque, no sólo apresuraron su retirada, sino que emprendieron la fuga en el mayor desorden y en dirección á su grueso principal. Las dianas, los vivas y mil gritos de júbilo resonaron por toda la línea mexicana; todos esperaban que aquella caballería cargase sobre las masas dispersas del adversario para completar la victoria; mas no fué así, y por circunstancias inexplicables, la caballería mexicana hizo alto dando tiempo á que el enemigo se incorporara á su grueso y se reformara, después de lo cual, y observando la inmoralidad de la tropa mexicana, todas las baterías le rompieron un fuego destructor que después de hacerle multitud de bajas la obligó á replegarse á la plaza.

Neutralizada la caballería mexicana que había salido sobre el flanco del ataque, las columnas americanas después de reparar sus pérdidas y de reforzarse considerablemente, se lanzaron con

nuevo vigor al asalto sobre el mismo fortín de la Tenería; sus defensores, llenos de ardoroso entusiasmo, contestaron con un nutridísimo fuego, que obligó al enemigo á paralizar su ataque, abrigándose en todos los obstáculos que el terreno proporcionaba y poniéndose pecho á tierra los que no podían aprovecharse de esta ventaja.

El combate se prolongaba vivo y encarnizado, pero notábase con tristeza que la intensidad de la defensa iba amenguando más y más, tanto por las numerosas bajas ocurridas y la ausencia absoluta de las reservas para repararlas, cuanto porque habiendo sido puestos los cañones á Carbeta, los pelotones de artilleros que los servían fueron prontamente destruidos por el fuego casi á quemarropa del adversario. Pero el ardor de los defensores, lejos de disminuir en semejantes circunstancias, se aumentaba á medida que la situación se empeoraba.

Los soldados mexicanos, en extremo fatigados y sedientos, pedían agua para refrigerarse, pero ni este auxilio importante les fué concedido.

Para mayor pena, las municiones comenzaron notablemente á escasear, y de consiguiente el fuego se hacía más y más flojo, llegando un momento en que los soldados pedían á gritos *parque* para continuar la defensa. Más parece que aquellas tropas no tenían un general que atendiese á las circunstancias del momento, pues ni municiones ni reserva alguna se enviaba á la guarnición del Fortín, que con tanto denuedo combatía.

Por fin, la falta de municiones llegó á ser absoluta, y viéndose los soldados desprovistos de ellas, con sus jefes y oficiales á la cabeza y en el

mayor orden, se replegaron al interior del recinto, observado lo cual por el enemigo, sus tropas se levantaron de un solo impulso, abandonaron sus abrigos y lanzando estrepitosos hurras, dieron el asalto sobre un fortín abandonado que ocuparon inmediatamente.

Tan luego como las tropas mexicanas que ocupaban el Fortín del Diablo y otros puntos fortificados inmediatos á la Tenería, notaron que había sido ésta ocupada por el enemigo, rompieron fuego tan vivo y certero, que lo obligaron prontamente á cubrirse en los fosos de la obra. Pero pasados algunos momentos y reforzados de nuevo, reorganizaron los americanos sus tres columnas de ataque y sin vacilar, con toda decisión, comenzaron el ataque sobre el Fortín del Diablo. Parte de los defensores de éste y una compañía de uno de los batallones ligeros que en aquellos momentos llegaba como reserva, salieron al frente del ataque y después de un reñidísimo combate lograron rechazar á los asaltantes.

Rechazados una vez los americanos se reforzaron convenientemente y con aquella tenacidad propia de todos los individuos de la raza sajona, acometieron de nuevo al fortín. Tres veces renovaron el ataque, cada vez con más furia en cada una de ellas, y otras tantas fueron terriblemente rechazados por los bravos soldados mexicanos, no sin dejar el campo cubierto de muertos y heridos.

El combate había durado desde las siete hasta las tres de la tarde, la sangre había corrido abundantemente; pero aunque los mexicanos habían

perdido por impericia del general en jefe el fortín de la Tenería, el honor de nuestras armas quedó bien puesto en esa jornada.

Este fué el último combate que hubo durante el día; pero mientras se verificaban los asaltos que hemos descrito, las fuerzas del general Wort que como hemos asentado había hecho un movimiento envolvente por el lado del Obispado, emprendieron también la operación de que nos vamos á ocupar. Su fuerza, que en su totalidad se componía de infantería, designó claramente que su objetivo era el fortín de la Federación. Fuera de la guarnición de éste, no había por aquel lado fuerza disponible para oponerse al movimiento enemigo más que la brigada de caballería del general Torrejón. Este, sin vacilar y con la mayor intrepidez, cargó contra las numerosas fuerzas del adversario, que apoderándose de unas milpas y de potreros limitados por grandes cercas de madera, recibieron á nuestros valientes con un fuego mortífero á quema ropa, que no fué bastante á contener el ímpetu de la carga, mas las cercas de que hemos hablado paralizaron toda su acción. El valentísimo teniente coronel del cuerpo de Lanceros de Jalisco, D. Juan Nájera, y otros muchos valientes oficiales, así como multitud de tropa, sucumbieron allí por la patria.

Fracasada la carga, nuestra caballería se retiró del campo de batalla y los americanos, desplegando sus columnas, se lanzaron al ataque sobre el fortín de la Federación.

Aquí, como en la Tenería, se abandonó; á la guarnición á su suerte privándola de todo auxilio y de la eficaz cooperación de alguna reserva, y como la guarnición del fortín era muy pequeña y se viera casi envuelta por el ataque, abandonó el punto y se retiró al interior del recinto.

Al día siguiente 22 del propio mes, prescindiendo las fuerzas de sus ataques sobre la parte Nor-Este de la ciudad, en donde habían encontrado tan heroica resistencia, concentraron un respetable número de tropas sobre el punto del Obispado, que era verdaderamente la llave de la posición de la plaza, y procedieron inmediatamente al ataque.

Dicho punto que como hemos manifestado estaba muy mal fortificado y en que el ingeniero que había presidido á los trabajos había errado completamente la dirección de la defensa, no tenía por guarnición mas que 200 infantes.

La obra tenía á su frente y en la parte culminante de la posición, una flecha ó casi rediente que servía como de pequeña obra avanzada y auxiliar de la posición, cubierta tan solo por 50 hombres. Este fué el primer punto objetivo del ataque de los americanos, que comprendieron perfectamente que tomado, les serviría de una buena base para proseguir su ataque sobre la obra mayor. Lanzaron, pues, sus columnas sobre el referido punto, las que sin dificultad alguna se poseccionaron de él.

Sin perder un instante, prosiguieron su ataque sobre la posición general. La valiente y pequeña guarnición de aquel fuerte que iba á verse atacado por la gola, salió al encuentro de su adversa-

rio á pecho descubierto, y comenzó un combate encarnizado.

En vano el jefe mexicano de aquella corta fuerza, teniente coronel don Francisco Bertrán, pidió refuerzos á la plaza; no le fueron enviados y aun se dice que se le previno que con la fuerza de que disponía podía rechazar al enemigo.

En aquellos momentos y por casualidad, la brigada de caballería del general Torrejón, se encontraba al pie del cerco, á la vista del ataque y su jefe, palpando la crítica situación de la fuerza mexicana que se batía, mandó desmontar algunos escuadrones y los lanzó en auxilio del fuerte. Como era natural, fueron éstos prontamente rechazados, así por la superioridad numérica, como por la superioridad que la infantería tiene siempre sobre la caballería desmontada.

Se dice también aunque no se afirma, que al coronel del 4.º de infantería don José López Uraga que en aquel momento ocupaba con su batallón la Ciudadela, se le previno se encasillase de la defensa del Obispado; pero que no habiéndole mandado el general en jefe 800 infantes y algunas piezas que él pedía para asegurar el buen éxito de la operación, se había abstenido de concurrir á dicha defensa. El hecho es, que á pesar de la heroica resistencia de la pequeña fuerza mexicana que en el referido punto combatía, agobiada por el número y dejando el campo de batalla sembrado de muertos y heridos, evacuó la posición y se replegó á la plaza.

La posesión de aquel punto táctico importante por el enemigo no dejaba de ser grave para la situación de las tropas de la plaza; si comoma

el recinto interior de ella estaba protegido por los fuertes aislados del perímetro exterior de defensa, podía calcularse fácilmente que la resistencia podía hacerse por mucho tiempo y aun no faltaban probabilidades para esperar que rechazados todos los ataques, el enemigo se hubiera visto obligado á levantar el sitio y emprender la retirada. No obstante esto, el general en jefe de las fuerzas mexicanas cometió la injustificable falta de hacer replegarla al interior de la ciudad á las tropas que ocupaban la línea de fortificación exterior. Los americanos, se aprovecharon en el acto de semejante falta y ciñeron la ciudad estrechamente por todas partes: ya no era cuestión mas que de cañonearla vivamente para hacerla sucumbir, pues quedaron las tropas mexicanas tan aglomeradas, que no había proyectil perdido.

El 4.º Batallón de línea, que como hemos dicho ocupaba la Ciudadela, quedó ya desde aquel momento cortado de la plaza y atendido á sus propios recursos de defensa.

A la enorme falta que acabamos de señalar, se agregó la no menos grave de concentrar á la plaza la fuerza total de caballería, bajo el pretexto de que desmontada podía cooperar á la defensa como infantería, sin fijarse en que las armas de fuego de aquella, siendo de tan poco alcance, no podían concurrir á una resistencia vigorosa. Por otra parte, aquella multitud de caballos, consumían diariamente gran cantidad de forrages; de suerte que en muy pocos días, se verían privados por completo de la indispensable alimentación.

Increíble parece que jefes mexicanos que antes habían gozado de alta reputación militar, come-

tieran tan injustificables errores; é insistimos en ello; estas y no otras causas, fueron el motivo de nuestros desastres en aquella funesta campaña. Nuestra caballería fuera de la plaza y operando sobre la retaguardia de las posiciones enemigas y de su línea de operaciones, hubiera prestado importantes servicios, pues sabido es que en aquella época inspiraba cierto terror á las fuerzas americanas de todas armas, mientras que concentrada en la plaza no solo se inutilizaba sino que al mismo tiempo acrecentaba considerablemente las dificultades de la defensa y cooperaba de la manera más eficaz, al pronto y fatal desenlace.

Concretado el general mexicano á una defensiva pasiva absoluta, ayudaba sin querer al buen éxito de las operaciones del enemigo.

En semejantes circunstancias, la moral de nuestras tropas no podía menos que quebrantarse profundamente; el disgusto cundía en las filas y de aquí al desaliento y á la indisciplina, no había más que un paso.

Los americanos establecieron prontamente sus baterías casi á quema-ropa al rededor de la plaza, colocando obuses en las partes más culminantes como el Campo Santo y la plazuela de la Carnicería. Se comprende fácilmente los estragos que estas bocas de fuego harían á la ciudad y á las tropas, observado lo cual por el enemigo, ordenó un ataque general sobre los puntos de la plaza, más nuestros valientes soldados, á pesar del triste estado moral en que se encontraban, rechazaron enérgicamente aquel asalto; las fuerzas americanas, dejando el terreno sembrado de cadáveres, tuvieron que replegarse á sus líneas.

Desde el día siguiente, el enemigo empleó nuevo sistema en sus ataques; haciendo uso del sistema de oradaciones, comenzó sin ser molestado por los fuegos, á acercar algunos destacamentos hacia la línea fortificada; pero en cuanto estas tropas se descubrían á los defensores de la plaza; un mortífero fuego á quema-ropa las hacía cuanto antes retroceder sin sacar ventaja alguna de sus atrevidos avances.

Tenía, pues, el general enemigo, una vez convencido de su impotencia para tomar la plaza á viva fuerza, que reducirla por hambre después de varios días, ó levantar el campo y emprender la retirada.

Esto último parecía más probable, pues según las noticias que después dieron los habitantes de Monterrey que quedaron fuera del recinto fortificado, la noche del 25 del mismo mes escucharon procedente de los campamentos enemigos gran ruido y movimiento de carros que se dirigían lentamente hacia el camino real de Marín.

Mas desgraciadamente, en esos mismos momentos, los jefes principales de las fuerzas mexicanas reunidos en consejo de guerra trataban de la capitulación de la plaza discutiendo las bases lo más honoríficamente posibles para las armas nacionales, que se habían de ofrecer al general en jefe enemigo para dicha capitulación.

Al principio, manifestó el enemigo á los jefes comisionados por la plaza que se le presentaron con las referidas bases, pretensiones exorbitantes que no podían ser aceptadas; pero calculando en seguida, que de insistir en ellas obligaría á los defensores de la plaza á una defensa desesperada,

cuyo resultado podría muy bien no serle favorable, cedió poco á poco, y al fin aceptó y firmó con los jefes mexicanos el siguiente arreglo:

"El Ejército mexicano saldría de Monterrey con tambor batiente y banderas desplegadas, llevando la tropa una parada de cartuchos por plaza, y una batería de batalla con los cofres cargados, con bala en boca, y los botafuegos con la cuerda mecha encendida."

"El Pabellón Mexicano sería saludado con veintiún cañonazos por la artillería americana, al ser arriado en la Ciudadela."

"Quedarían suspensas las hostilidades durante siete semanas."

"Habría cange de prisioneros."

"El Ejército mexicano se retiraría al Saltillo, pudiendo enviar destacamentos hasta la Hacienda de la Rinconada, cuyo punto sería neutral para ambos Ejércitos."

"Se concedían seis días á la guarnición para evacuar la ciudad, cuya mitad al E. ocuparía; mientras el Ejército americano conservaría la otra mitad al O."

Tomamos de los apuntes históricos que sobre esa desgraciada campaña, escribió nuestro amigo el señor Coronel Balbontin, el siguiente trozo que describe la evacuación de la plaza de Monterrey por las tropas mexicanas.

"SEPTIEMBRE 26.—A las siete de la mañana se hallaba formada la primera Brigada del Ejército en la plaza, dispuesta á emprender la marcha."

"El General D. Tomás Requena, nombrado

por el General Ampudia, fué encargado de la evacuación de la ciudad."

"Se presentó á caballo en compañía del General Wort, mandó á toque de corneta los movimientos necesarios, y la primera brigada, batiendo marcha, con sus banderas flotando al aire, atravesó la ciudad, y faldeando el cerro del Obispo, tomó el camino del Saltillo."

"El General Requena fué muy considerado por los americanos porque indudablemente era uno de los oficiales generales más ameritados de nuestro Ejército."

"En la ciudad, quedaban los heridos en los hospitales que se habían improvisado durante el asedio. Allí los desgraciados soldados carecían de todo. En el corredor de una de las casas que servían de hospital, había tirados sobre *petates* y sin más abrigo que el algodón que cubría sus llagas, algunos cuerpos humanos espantosamente desfigurados. Eran los artilleros que se habían quemado al conducir municiones para sus piezas. Se hallaban los infelices ulcerados de pies á cabeza, de suerte, que á veinte pasos de ellos no era soportable el hedor que exhalaban."

SEPTIEMBRE 27.—Salió la segunda brigada y pernoctó en Santa Catarina.

Era una coincidencia dolorosa que en el aniversario de la entrada del Ejército Trigarante á la Capital de la República, entregásemos una plaza al enemigo extranjero."

SEPTIEMBRE 28.—La segunda Brigada salió de Santa Catarina y penetró en paso de los Muertos."

"La tercera Brigada salió de Monterrey con lo cual terminó la evacuación de las tropas."

Todas estas tropas llegaron á tomar cuarteles al Saltillo en los primeros días del mes de Octubre, y cosa extraña, en vez de permanecer allí en espera de nuevas tropas para reforzarse y emprender de nuevo sus operaciones, se dispusieron en cumplimiento de órdenes superiores, á abandonar definitivamente la Frontera emprendiendo la retirada en la dirección de San Luis Potosí.

II

RETIRADA DE LOS RESTOS DE LA DIVISIÓN DEL NORTE Á SAN LUIS POTOSÍ.—DESPUÉS DE MIL TRABAJOS Y PENALIDADES LLEGAN Á DICHA CAPITAL.—EL GENERAL SANTA ANA SE RECIBE DE LA PRIMERA MAGISTRATURA DE LA NACIÓN, Y SOLICITA PERMISO DE LA CÁMARA PARA PONERSE Á LA CABEZA DEL EJÉRCITO.—ORGANIZACIÓN DE UN EJÉRCITO DE OPERACIONES EN SAN LUIS POTOSÍ.—VIENE EL GENERAL SANTA ANNA Á PONERSE A SU CABEZA.—SALIDA DE LAS TROPAS RUMBO Á LA FRONTERA, POR ESCALONES.—CONCENTRACIÓN DEL EJÉRCITO EN LA HACIENDA DE LA ENCARNACIÓN.—MARCHA DE GUERRA SOBRE AGUA NUEVA.—COMBATE Y RECONOCIMIENTOS DEL 22 DE FEBRERO.—BATALLA DEL 23 DEL MISMO MES, LLAMADA DE LA ANGOSTURA.—RETIRADA Á SAN LUIS POTOSÍ.—SUFRIMIENTOS DEL EJÉRCITO DURANTE LA MARCHA.

El 5 de Octubre del mismo año, las tropas de la división del Norte estaban prontas á evacuar la plaza del Saltillo al día siguiente. Con mil contrariedades y disgustos para el general en jefe, logró conseguir algunos escasos recursos para dis-

Todas estas tropas llegaron á tomar cuarteles al Saltillo en los primeros días del mes de Octubre, y cosa extraña, en vez de permanecer allí en espera de nuevas tropas para reforzarse y emprender de nuevo sus operaciones, se dispusieron en cumplimiento de órdenes superiores, á abandonar definitivamente la Frontera emprendiendo la retirada en la dirección de San Luis Potosí.

II

RETIRADA DE LOS RESTOS DE LA DIVISIÓN DEL NORTE Á SAN LUIS POTOSÍ.—DESPUÉS DE MIL TRABAJOS Y PENALIDADES LLEGAN Á DICHA CAPITAL.—EL GENERAL SANTA ANA SE RECIBE DE LA PRIMERA MAGISTRATURA DE LA NACIÓN, Y SOLICITA PERMISO DE LA CÁMARA PARA PONERSE Á LA CABEZA DEL EJÉRCITO.—ORGANIZACIÓN DE UN EJÉRCITO DE OPERACIONES EN SAN LUIS POTOSÍ.—VIENE EL GENERAL SANTA ANNA Á PONERSE A SU CABEZA.—SALIDA DE LAS TROPAS RUMBO Á LA FRONTERA, POR ESCALONES.—CONCENTRACIÓN DEL EJÉRCITO EN LA HACIENDA DE LA ENCARNACIÓN.—MARCHA DE GUERRA SOBRE AGUA NUEVA.—COMBATE Y RECONOCIMIENTOS DEL 22 DE FEBRERO.—BATALLA DEL 23 DEL MISMO MES, LLAMADA DE LA ANGOSTURA.—RETIRADA Á SAN LUIS POTOSÍ.—SUFRIMIENTOS DEL EJÉRCITO DURANTE LA MARCHA.

El 5 de Octubre del mismo año, las tropas de la división del Norte estaban prontas á evacuar la plaza del Saltillo al día siguiente. Con mil contrariedades y disgustos para el general en jefe, logró conseguir algunos escasos recursos para dis-

tribuir un insignificante prorrato a los jefes y oficiales; en cuanto a la tropa, sólo se proporcionaron a los rancheros de los cuerpos algunos víveres, que por su corta cantidad tenían que renovarse sobre la marcha.

El día 6 muy temprano las tropas se pusieron en movimiento por el camino de Agua Nueva. Aquellos veteranos que antes habían recorrido el mismo camino, alegres, contentos y llenos de entusiasmo para ir en busca del enemigo de la patria, volvían ahora tristes, cabizbajos y como avergonzados de sí mismos. Tenían la conciencia de haberse batido con intrepidez y decisión; pero no se ocultaba a sus ojos la grande inferioridad de su armamento y material de guerra, respecto a las del adversario, como tampoco, la ineptitud e impericia de sus principales jefes. Aquellas animadas conversaciones de las tropas, aquellos originales cantos marciales que quitan el fastidio en las penosas y largas marchas, ya no se observaban en las filas, el más triste silencio reinaba en ellas, interrumpido solo por el paso cadencioso de las columnas.

El día 17 del propio mes, llegaron por fin aquellas infortunadas tropas a la ciudad de San Luis Potosí. Al día siguiente, los jefes y oficiales de las mismas, se presentaron al General Santa Ana, quien los recibió agriamente atribuyendo con imprudencia los funestos resultados de aquella campaña a su falta de pericia y a la mala dirección con que el general en jefe había conducido las operaciones; agregó que prontamente se pondrían nuevamente en campaña bajo su mando inmediato y que entonces los resultados serían diferentes.

Muchos de aquellos jefes y oficiales sintiéndose humillados hubieran presentado en el mismo día sus solicitudes para separarse del servicio; pero su conciencia de buenos y patriotas ciudadanos, les hizo sofocar el sentimiento de una justa susceptibilidad y soportaron con resignación las inculpaciones de su general. Este removió a algunos de los puestos que ocupaban en el ejército.

Como resultado del pronunciamiento del general Salas, hemos dicho ya, que este jefe fué llamado a la República. Aunque al principio rehusaba el mando supremo de la Nación, porque según decía era su deseo únicamente ponerse a la cabeza del ejército para rechazar la invasión, aceptó al fin y fué reconocido como Presidente de la República.

Fué su primer acto administrativo solicitar permiso de la Cámara para nombrar un sustituto en el poder Ejecutivo, mientras él se dirigía a emprender de nuevo la defensa nacional. El permiso le fué concedido y en el acto se dirigió a San Luis Potosí, punto que se había señalado para la concentración de todas las tropas disponibles y para la organización del ejército que tenía que entrar en campaña. Señalábase, además, dicha plaza como la base de operaciones.

Durante varios días y mientras se preparaban los víveres necesarios y se construían las municiones de las diferentes armas, dedicábanse los cuerpos a su instrucción a mañana y tarde, en ejercicios, unas veces de línea y otras individuales a cada arma.

En los meses de Noviembre y Diciembre, se recibió gran número de reemplazos, con los que

se cubrieron las bajas que habían tenido los diferentes cuerpos de la división del Norte. Llegaron también tropas procedentes de Guanajuato, Jalisco y otros Estados, todas de reciente formación, mal armadas, vestidas y equipadas, y en las que todavía no había bases de instrucción militar.

A mediados del mes de Noviembre, terminaba el armisticio que se había pactado en la capitulación de Monterrey. Desde ese momento, se dió más actividad á todos los trabajos para que el ejército pudiera ponerse en campaña; pero por más que se hizo no pudo llegarse prontamente al resultado que se pretendía, y como el tiempo trascurría y sabíase de una manera cierta que el enemigo estaba próximo á dejar el Saltillo é internarse al centro de la República para proseguir sus operaciones, fué preciso poner en marcha al ejército nacional, á pesar de que ni los víveres ni las municiones alcanzaban las cantidades necesarias para entretener la campaña que se preparaba.

Así, pues, el 27 de Enero el ejército comenzó á moverse en dirección á la frontera del Norte. El orden adoptado para la marcha fué el escalonado. El primer escalón se componía de batallón de Zapadores; tres compañías de artillería á pie; otra de voluntarios irlandeses, con 14 piezas de batalla.

El segundo escalón que se movió el día siguiente, se componía de la 5.^a Brigada con su artillería respectiva, al mando del General Don Francisco Pacheco.

El tercer escalón, con su dotación de artillería y compuesto de ocho batallones, pertenecientes á

la 1.^a y 2.^a Brigadas de infantería, hizo movimiento el día 30, á las órdenes del General D. José García Conde.

El cuarto escalón, que emprendió la marcha al día siguiente, se componía de: la 4.^a y 6.^a brigadas al mando del General D. Luis Guzmán. Los ocho batallones que las componían, con excepción de los Activos de México y de Aguascalientes, eran de reciente formación.

El día 1.^o de Febrero, no hubo movimiento, y el día 2, el general en jefe, con su estado Mayor, comandantes generales de artillería é ingenieros y el jefe del Cuerpo Médico Militar, se puso en marcha, escoltado por el regimiento de Húsares.

Desde los primeros días de la marcha, el mal tiempo comenzó á molestar á las tropas y la lluvia que recibían durante el día, hacía llegar á los soldados mojados y llenos de fatiga, al punto en que debía pernoctarse.

Para que nuestros lectores queden bien enterados de la marcha que se siguió, insertaremos á continuación el itinerario que nuestro amigo el coronel Balbontín marca en la obra que ya tenemos citada:

"FEBRERO 3.

"De Bocas al Venado:"

"En el camino encontramos á los setenta americanos hechos prisioneros en la Encarnación el 23 del mes anterior:"

"FEBRERO 4.

"Del Venado por Charcos á Laguna Seca."

"Todo el día llovió."

"Sobre la marcha encontramos otros veintinue-

ve americanos, que hizo prisioneros el General Miñón."

"FEBRERO 5.

"Al Rancho de la Punta, por las haciendas de Solís y el Represadero."

"El General Santa Ana continuó hasta la Hacienda de la Presa."

"La comitiva pernoctó en la Punta."

"FEBRERO 6.

"A Matehuala, dejando á la izquierda la hacienda de la Presa."

"Las brigadas que estaban en Matehuala, continuaron su marcha hacia adelante."

"FEBRERO 7.

"A San Juan de Vanegas por Ojo de Agua y el Cedral."

"FEBRERO 8.

"Llegó el General D. Francisco Mejía con la tercera brigada de infantería."

"El General en Jefe permanece en Matehuala."

"FEBRERO 9.

"Continuamos en Vanegas."

"Llegó la segunda división de infantería á las órdenes de su General, D. Francisco Pacheco."

"Se previno que con las fuerzas existentes en este punto, se formase la división de vanguardia. En consecuencia, la división se compondrá de los cuerpos siguientes:

1. ^a Brigada	{ Batallón Segundo Lige
	{ " de San Luis Potosí.
	{ " de Morelia.

Batallón Activo de Celaya.

" " de León.

2.^a Brigada { Primer batallón, Auxiliares de Guanajuato.

Segundo batallón, Auxiliares de Guanajuato.

"El Batallón de Zapadores y la artillería, quedaron á las inmediatas órdenes del General en Jefe."

"FEBRERO 10.

"Previno la orden general que al día siguiente se continuase la marcha."

"Llegó el Cuartel Maestre, General D. Pedro Ampudia."

"FEBRERO 11.

"De Vanegas á la Noria de las Animas."

"Mucho frío, viento y nieve."

"FEBRERO 12.

"De las Animas al Salado."

"Frío, lluvia y alguna nieve."

"FEBRERO 13.

"En la noche anterior habían muerto de frío algunos soldados y algunas mujeres."

"La tropa, hambrienta y aterida de frío, se resistía á marchar. Sin embargo, no fué necesario ocurrir al rigor para que obedeciera."

"Formada la columna de viaje, se dió contra orden."

"Se acampó delante de la Hacienda en dos líneas, formadas por columnas cerradas de batallón, con la artillería en las alas."

"Corrió la voz de que no se continuaba la marcha porque el enemigo estaba próximo."

"FEBRERO 14.

"Permanecemos acampados."

"La brigada del mando del General D. Manuel María Lombardini, que había llegado á la Noria de las Animas, tuvo que regresar á Vane-gas, á causa del mal tiempo."

"Tal vez éste fué el motivo de nuestra deten-ción en el Salado."

"Se enterraron tres soldados que murieron de frío."

"Continuó cayendo el agua y la nieve."

"A las diez de la noche se tocó orden general extraordinaria: prevenía que se continuase la marcha al día siguiente."

"FEBRERO 15.

"De la hacienda del Salado al Rancho de San Salvador."

"Mejoró el tiempo."

"Se acampó en dos líneas delante del Rancho apoyando la derecha en una batería de seis piezas de á pie, y á la izquierda en dos piezas de á caballo."

"FEBRERO 16.

"Permanecemos en San Salvador."

"En la tarde, la 2.^a Brigada que formaba la primera línea, pasó á situarse á retaguardia del flanco derecho de la segunda, ocupando unos corrales."

"La artillería se replegó á la segunda línea."

"FEBRERO 17.

"De San Salvador á la Hacienda de la Encarnación."

"En este lugar se hallaba destacada la brigada de caballería que mandaba el General D. Manuel Andrade."

"La noche anterior se hizo fuego sobre unos americanos que su acercaban. Estos huyeron dejando un anejo y un talego con provisiones."

"Se sabe que el enemigo se halla acampado en la Hacienda de Aguanueva."

"FEBRERO 18.

"Permanecemos en la Encarnación. Como á las once del día llegó el General Santa Ana."

"A las cinco de la tarde, llegaron las brigadas de infantería que mandan los generales Guzmán y Terres, y la que se hallaba en Tula á las órdenes del General D. Anastasio Parrodi, con tres piezas de á 8."

"El General Santa Ana recorrió la línea á pie."

"FEBRERO 19.

"Continuamos en la Encarnación."

"Llegaron las brigadas de los Generales D. Francisco Pérez y D. José García Conde."

"En la noche hubo gran alarma, á consecuencia del fuego que hizo sobre unos desertores una guardia de prevención, y que se propagó en parte de la línea."

"El campo no se halla situado según las reglas, sino que forma un pentágono, en una sola línea con uno de los lados cubierto por la caballería."

"Delante de las líneas no hay mas tropas que las guardias, de prevención, á pocos pasos de distancia del centro de los batallones; más allá, ni grandes guardias, ni puestos avanzados, ni patru-

llas, ni centinelas, ni cuerpos destacados de observaciones. De suerte que si por la noche fuésemos atacados, no sentiríamos al enemigo sino cuando estuviera sobre nosotros. (*)

«Este modo raro de acampar, así como otras prácticas que están en uso en el ejército, tan contrarias á lo que previene el arte y mandan las ordenanzas, sin duda tienen por causa el sistema de reclutamiento, que haciéndose por medio de leva, da por resultado que la tropa se deserte en cuanto se le presente ocasión.

«Esta circunstancia, obliga á los generales á mantener las tropas agrupadas, privándose así de los medios de seguridad con que debía contar.

Desde luego, puede notarse, con cuanta desventaja tenemos que combatir, contra un ejército en que el general en jefe puede disponer hasta del último soldado para todo servicio.

«FEBRERO 20.

«El General Santa-Anna revistó el ejército, y halló que ascendía diez mil infantes, cuatro mil caballos y diez y siete piezas de artillería, de las que seis eran de sitio y plaza, es decir, inútiles para los terrenos en que teníamos que operar. Ya otra vez he deplorado que General Santa-Anna dotara al ejército con tan reducido número de cañones.

«La orden general previno que se dispusiera el ejército para emprender la marcha al día siguiente.

«(*) Muy pronto, como se vé, mostróse de una manera patente la impericia del General Santa-Anna, que olvidó en este caso, poner en práctica los principios más rudimentarios del arte de la guerra.»

te, debiendo de llevar cada soldado dos raciones de carne asada, una libra de harina, y suficiente provisión de agua, pues no debíamos hallar de este líquido hasta la Hacienda de Aguanueva.»

«De los oficiales no se ocupó la orden. Ellos, no tuvieron más remedio, que proveerse como la tropa.

«FEBRERO 21.

«Entre la una y las dos de la tarde comenzó la tropa á desfilar, cuya operación terminó después de las cuatro de la tarde.»

«La marcha se verificaba en una sola columna, que con artillería y trenes, podía ocupar unas cuatro leguas.»

«El orden de la marcha era el siguiente:»

«VANGUARDIA.

«Cuatro batallones de infantería ligera.»

«Batallón de Zapadores.»

«Tres piezas de artillería.»

«Sección de parque.»

«Regimiento de Húsares.»

«La primera división de infantería, á las órdenes del general D. Manuel M. Lombardini, con cuatro cañones.»

«La segunda división de infantería, á las órdenes del general D. Francisco Pacheco, con cuatro cañones.»

«La tercera división de la misma arma, á las órdenes del general D. José María Ortega, con tres cañones.»

«La división de caballería á las órdenes del general D. Julián Juvera, sin artillería.»

«El parque general.»

«Los ranchos de los cuerpos.»

«Cerraba la retaguardia, una brigada de caballería, al mando del general D. Manuel Andrade.»

«El general D. José Vicente Miñón, con mil doscientos caballos, se separó del ejército con una comisión especial.»

«Apenas el ejército se había puesto en movimiento, comenzó á soplar un viento helado del Norte, que fué arreciando á proporción que se acercaba la noche.»

«Al oscurecer, pasamos por el Tunque de la Vaca, célebre por las frecuentes hazañas, y que á la sazón estaba seco.»

«A la media noche, hicimos alto en el llano de la Guerra, á la falda del Puerto del Carnero.»

«Los batallones se acostaban formados en columna, según iban llegando. La caballería, permaneció con brida en mano.»

«Las últimas tropas se incorporaron á la madrugada.»

«A pesar de la prohibición de hacer fuegos, las mujeres de los soldados, y los marmitones, incendiaron las palmas de la falda del monte, y las de los lados del camino; de suerte que se veía el campo iluminado en todas direcciones, haciendo la luz vivo contraste con el fondo negro del cielo.»

«Pronto cundió el mal ejemplo y la tropa y aun los oficiales, incendiaron también las palmas.»

«El general en jefe, desde su carruaje, donde pasó la noche, vió la falta, y tuvo que resignarse á disimularla, tanto por el origen que ella tenía, como en consideración al rigor del frío, á la vio-

lencia del viento, y á la falta de abrigo de la tropa.»

«Casi nadie pudo dormir.»

«El enemigo, que probablemente tenía noticia de nuestra marcha, replégó sus avanzadas y puestos de observación.»

«A pesar de esperarse un combate, acaso terrible al amanecer, todos deseaban la venida del día para que cambiase la temperatura.»

«FEBRERO 22.»

«Amaneció el día frío.»

«A las seis de la mañana comenzó el movimiento del ejército, que iba preparado para entrar en combate, sobre la Hacienda de Aguanueva.»

«Desde la víspera, como llevo dicho, se había separado de la columna con mil doscientos caballos, el General D. José Vicente Miñón, con objeto de practicar una operación especial.»

«Esta operación, consistía en cortar la retirada al enemigo situándose á su retaguardia, sobre el camino del Saltillo.»

«En consecuencia, el ejército marchaba entonces en dos columnas por líneas divergentes.»

«Cuando la vanguardia de la columna principal, compuesta de los cuerpos ligeros, llegó delante de Aguanueva, encontró que la hacienda estaba abandonada. El enemigo había destruido todo lo que no pudo llevar, dado muerte á los animales y puesto fuego á la hacienda.»

Sin dar tiempo para que la tropa bebiese agua ni cargase las caramañolas, se le obligó á continuar la marcha á paso precipitado. Se hizo pasar

toda la caballería al galope, por la derecha de la columna, para apoyar la vanguardia en su persecución al enemigo, que se suponía en plena retirada, lleno de desmoralización.

«Así se podía creer, al ver el camino regado de efectos de atalaje, y cuatro ó cinco carros abandonados en distintos lugares.

«Pero el enemigo se había posesionado de la Hacienda de Buena Vista y del Puerto de la Angostura, que sin duda tenía reconocidos de antemano, y allí esperaba la mayor tranquilidad.

«Cuando el General Santa-Anna que iba en la vanguardia, se apercibió de la presencia del ejército americano, se halló en una posición muy crítica.

«No contaba mas que con los cuatro batallones ligeros y con dos mil quinientos caballos, que poco hubieran servido en aquel terreno.

«Si el enemigo descendiendo de sus posiciones ataca vigorosamente al general Santa-Anna, resultado probable fuera que lo hubiese derrotado; y rechazada aquella fuerza en desorden sobre la gran columna de viaje, cuyos cuerpos iban á largas distancias unos de otros, no pudiendo hacer más que esfuerzos parciales, hubieran corrido la misma suerte que la vanguardia.

«Sin duda, conociendo esto el General Santa-Anna, trató de ganar tiempo; al efecto, mandó de parlamentario al campo enemigo, al Inspector del Cuerpo Médico Militar, General D. Pedro Vanderlinden, quien es de suponerse que llevaría instrucciones para entretener al General Taylor todo el tiempo posible.

«Ostensiblemente, iba á intimar la rendición del Ejército Americano anunciando al General enemigo que se hallaba rodeado por veinte mil hombres. Como era de esperarse, el General Taylor rechazó la intimación; pero de aquella bravata se valió después, para asentar que había sido atacado por veinte mil mexicanos.

«Mientras esto pasaba, iban llegando los batallones, y formando la línea de batalla; pero la cola de la columna no se incorporó sino cuatro horas después.

«Se había caminado cerca de veinte leguas en veinticuatro horas y no se había dormido; y las tropas llegaban al frente del enemigo, poco menos que en ayunas.

«El ejército formó en varias líneas, ocupando los puntos elevados que el terreno ofrecía: el general hizo cubrir fuertemente, una alta montaña en que se apoyaba nuestra derecha y que el enemigo había abandonado.

«Entre tanto se verificaba la formación de nuevas líneas, la artillería de uno y otro campo hacía algunos disparos; pero sin emprenderse nada serio. Mientras, los batallones que estaban en las líneas, se relevaban uno á uno para bajar á llenar sus caramañolas en un arroyuelo de agua cristalina que venía del campo enemigo, y que atravesaba el nuestro en toda su profundidad.

«Al observar el General Taylor que los cuerpos ligeros subían el cerro de la derecha, mandó inmediatamente á sus rifleros para impedirlo. Esto produjo un combate bastante vivo que duró toda la tarde, circunscrito al mencionado cerro,

hasta que al oscurecer nuestros soldados quedaron dueños del terreno, ocupando la eminencia disputada.

«El toque de diana que dió un clarín del 1.º Ligeró, hizo saber al ejército que el enemigo era rechazado y que el cerro estaba en nuestro poder. Esto produjo gran entusiasmo en las tropas.

«En este combate se distinguió el capitán D. Luis G. Osollo.

«La noche puso en quietud á los combatientes y el ejército americano encendió sus fogatas.

«La posición de la Angostura le daba al enemigo una incontestable superioridad sobre nosotros.

«Dos cadenas de montañas corriendo casi paralelamente se estrechan en aquel lugar en donde forman un puerto bastante angosto.

«Las montañas de la derecha son más elevadas que las de la izquierda y sus faldas se prolongan en forma de lomas, hasta ocupar próximamente la anchura de la cañada que las mencionadas alturas determinan.

«Las aguas que de ellas descienden han cavado profundas barrancas que bajan casi perpendicularmente al camino que va de Aguanueva al Saltillo, terminando como es natural, en la parte más baja de la cañada.

«Pero las aguas depositadas en aquel terreno esponjoso, se filtran con facilidad y secándose después la tierra con los ardientes rayos del sol, se desagregan sus componentes, produciendo hundimientos y grietas que hacen intransitables

aquel lugar, aun para hombres que no tuviesen que atravesarlo á viva fuerza.

«El camino que corre al pie de las lomas siguiendo las inflexiones que éstas presentan dividía en dos partes nuestro campo y el del enemigo en el sentido de la profundidad.

«Los americanos ocupaban á su derecha una loma bastante elevada que se apoyaba en los cerros que corrían perpendicularmente á nuestra izquierda, sirviéndole de defensa el terreno esponjoso é intransitable de que se ha hecho mención.

«Por la parte oriental de esta loma pasa el camino para el Saltillo.

«Se extendía en seguida la batalla americana, desde este camino hasta las alturas de nuestra derecha, donde apoyaba el ala izquierda, sirviendo de fosos á todo este frente de barrancas que tenía delante y que eran casi paralelas á él.

«El General Santa-Anna ocupó tan solo el terreno comprendido á la derecha del camino con excepción de un batallón que colocó para observar en la garganta.

«Teníamos, pues, que la derecha del enemigo era casi inatacable, su frente extraordinariamente fuerte y su izquierda muy bien apoyada en las alturas.

«En la cadena de montañas de la izquierda hay dos gargantas; las cuales podían facilitar el paso á tropas que pasando por detrás de los cerros fueran á caer inopinadamente sobre el flanco ó á la espalda de uno de los combatientes; pero ni el General Santa-Anna ni el General Tay-

lor pensaron en esta operación que podía haber sido decisiva.

«Teniendo ya una idea aproximada de la configuración del terreno, cosa tan necesaria para poder juzgar con acierto y comprender la marcha de la batalla, será bueno también hacer un examen comparativo de los ejércitos que iban á combatir.

«El americano, aunque formado por medio del enganche, se compone de gente de una civilización relativamente adelantada; su gobierno renu-mera ampliamente á la fuerza armada, que nunca sufre atrasos en sus haberes porque siempre están repletas las arcas del tesoro.

«El vestuario es de buena calidad, los alimentos sanos y abundantes y el sueldo más elevado que el de otros ejércitos.

«Aunque las instituciones de los Estados Unidos sean republicanas, la ordenanza del Ejército es severa y la disciplina perfecta.»

«La instrucción de la oficialidad es muy basta, porque en el ejército regular no es admitido ningún individuo en calidad de subalterno, sino después de haber sido aprobado al concluir sus estudios en la Escuela Militar.

«Ascienden á empleos superiores por su escala ó por servicios distinguidos.»

«A los sargentos no se les permite optar á la clase de oficial.

«Los generales son oficiales de mérito que han encanecido en la carrera.»

«La parte débil del ejército americano son los voluntarios; sus jefes y oficiales son nombrados

por ellos mismos ó por las autoridades de los estados donde se levantan los cuerpos.

«Cuando algún individuo goza de bastante prestigio para levantar un regimiento, generalmente se hace su coronel y nombra sus oficiales.»

«Estas fuerzas son por lo regular poco disciplinadas, cometen desórdenes en el país que recorren, les agrada batirse de preferencia á la ósbandada, y dejan el servicio el día que cumplen el tiempo de su empeño, aun cuando sea la víspera de una batalla.

«En cambio, tiran bien, se baten con más encarnizamiento si se quiere que las tropas regulares, aun cuando no tengan su solidez ni su constancia.

«El gobierno americano, puede levantar de esta clase de tropa el número que desee.

«Puesto en campaña el ejército americano, no cuenta para subsistir con los recursos que le ofrece el país donde hace la guerra.

«Su proveeduría, que la surte con las emisiones que le hacen, ó por medio de contratos que generalmente paga al contado, se halla bien provista de sanos alimentos; de suerte que, en medio del desierto, el soldado se nutre como si estuviera en los centros de población.

«Los trenes de carros, para la conducción del Parque General, de la Proveduría, del Hospital Ambulante, del Tesoro y de los equipajes, están perfectamente arreglados.

«Se componen de vehículos ligeros de cuatro ruedas, tirados por ocho mulas, y que pueden transitar por donde lo efectúa la artillería de ba-

talla, y seguir al ejército en sus más largas jornadas. Estos trenes son de propiedad del Gobierno ó contratados conforme á modelo.

«El armamento de la Infantería de Línea, se compone de fusil de percusión de quince adarres, con bayoneta; se carga con bala y tres postas, siendo la pólvora de superior clase.

«La caballería que puede clasificarse como mixta, ó dragones, usa mosquetón, pistola y sable; está montada en caballos frisonos.

«La Artillería, es del sistema de Paixhans. Sus baterías, se componen de cañones de los calibres de á 6 y de á 12 de batalla, y de obuses largos de á 24 y de á 36, ó sea de 15 y 16 centímetros.

«Las baterías, tienen carros de municiones que las siguen á todas partes, para proveerlas durante el combate.

«En cuanto al número de tropas que el General Zacarías Taylor, presentó en la Angostura, no pude juzgar, sino aproximadamente por lo que ví.

«Los americanos se presentaron en dos líneas, y su reserva; y nuestros ataques fueron siempre cubiertos, con poca diferencia, con líneas de igual extensión que las nuestras.

«Dando á la caballería la justa importancia que debe tener, eran relativamente débiles en esta arma, y por consiguiente, fuertes en infantería, cuya combinación era perfectamente adecuada al terreno que defendían.

«El número de cañones de batalla, muchos de ellos ligeros, y todos arrastrados por magníficos tiros de caballos frisonos, parece que ascendía á

veintiseis. Parte de estos cañones, podían manobrar en lo más escabroso de aquel terreno.

«En resumen: el Ejército Americano debe haber presentado en batalla, cuando menos de siete á ocho mil hombres, con veinte piezas de artillería, en una posición muy fuerte.

«Conocido algún tanto el Ejército Americano, pasemos á hacer un estudio del nuestro.

«Como es sabido, el Ejército Mexicano se forma por medio de la leva; es decir, que se toman en la calle por la fuerza, aquellos transeúntes que por su humilde condición no oponen resistencia á la violencia que se les hace.

«Conducidos á los cuarteles, allí se les obliga, con la vara del cabo, á aprender el manejo del arma, lo muy indispensable del servicio, y algunas evoluciones.

«Como es natural, con semejante sistema no ingresa á las filas sino la gente más ignorante y abyecta del pueblo; es decir, la que ménos interés tiene en defender la Patria.

«Ni la raquitis, ni el tener familia numerosa, ni el ser vicioso, son excepciones para librarse del servicio; y entre la multitud de infelices que son arrancados de sus hogares, la raza indígena, da por lo regular, el mayor contingente.

«Los sueldos son cortos y mal pagados. Tropas ha habido que por muchos años no recibieron su paga completa; y muchas veces hubieran perecido, si no apelaran al trabajo corporal, para ganar su preciso sustento.

«Suele darse vestuario lujoso, á las tropas que se hallan de guarnición en las grandes ciudades,

para estrenar en las festividades civiles y religiosas; pero las que se hallan lejos, carecen á veces de lo más preciso.

«Puntualmente, en el ejército que marchó á la Angostura iban batallones que llevaban á raíz del cuerpo unas malas levitas; que carecían de frazadas, y de capotes, con que abrigarse; y cuyos schacots eran de palma forrados de indiana.

«El alimento que se da á nuestros soldados, consiste en un rancho no siempre bueno ni abundante, que se hace descontando á cada individuo, un real diario. Pero en campaña, donde faltan los recursos ó el tiempo para confeccionar el rancho, á consecuencia de las largas jornadas que se obliga á hacer á nuestra tropa, se suministra á cada soldado, un pedazo de carne cruda, unas cuantas *tortillas*, ó un puñado de maíz.

«La ordenanza que observa el Ejército Mexicano, es la misma que regía durante la dominación española; mas á consecuencia de las revoluciones, la disciplina se halla completamente relajada.

«La oficialidad, es heterogénea. Una parte de ella sale á las filas del Colegio Militar: otra, asciendo de la clase de sargentos: y también ingresan al ejército, no solo en clases inferiores, muchos paisanos, á quienes agracian los Ministros.

«Entre nosotros, no hay milicias voluntarias propiamente dichas, pero durante las revoluciones, se suelen levantar fuerzas irregulares con distintas denominaciones, que después, por lo común, son refundidas en el ejército.

«Por lo que hace á la alimentación de las tro-

pas en campaña, poco se preocupa el Gobierno. Puesta en marcha una fuerza cualquiera el que la mande, cuidará de alimentarla con los recursos que halle en el camino. Jamás se lleva proveeduría y aún cuando la hubiera, se carecería de medios para trasportarla.

«En la presente campaña, las únicas provisiones que se reunieron en la Encarnación, además de las reses que allí se mataron, fueron algunos sacos de harina, poquísima galleta y unas cuantas carretas cargadas de *piloncillo* y de aguardiente.

«Nuestro ejército no tiene trenes propios en que conducir sus municiones, equipajes, etc. Cuando marchan las tropas, embargan mulas de carga, ó carros del comercio, de distintos portes y construcción.

«El armamento de nuestra infantería consiste en fusiles viejos ingleses, de chispa, de 19 adarres de calibre.

«La caballería, que no puede ser mas que ligera, se halla armada, una parte, con sable y mosquetón de chispa; y la otra, que es el mayor número, usa además la lanza.

«La artillería, pertenece al sistema ya envejecido de Gribeauval, conteniendo diversidad de calibre, y montada sobre pesadas y toscas cureñas: carece de obuses largos que son de grande efecto, y se halla arrastrada por mulas guarnecidas con atalajes de pechera y bolea, (*) que la hacen en extremo lenta para las mantabos.

(*) A excepción de 4 baterías de artillería á caballo.

«Ni en alcances, ni en movimientos, puede competir con la del enemigo.

«Carecen las baterías de carros de municiones apropiados, para proveerlas durante el combate, haciéndose este servicio á lomo de mulas, con mil inconvenientes.

«El número de hombres que presentó el Ejército Mexicano en la Batalla de Angosturas, está muy lejos de ser el que dice el General Taylor, como demostraré en seguida.

«El día 19 de Febrero, pasó revista el ejército en la Hacienda de la Encarnación, con catorce mil cuarenta y ocho hombres, de los cuales, tres mil ochocientos treinta y siete eran de caballería.

«El General Don José Vicente Miñón, se separó del ejército con mil doscientos caballos, con instrucciones especiales.

«Por lo tanto, el ejército se movió de la Encarnación con doce mil ochocientos cuarenta y ocho hombres: esto es, suponiendo que desde el 19 de Febrero hasta el 21 no hubiese habido desercion, lo que no es de presumirse, mucho más hallándonos acampados.

«Durante las veinticuatro horas de marcha, verificada una parte de ella de noche, y luchando con dificultades, no creo exajerar suponiendo, una baja de quinientos hombres, entre rezagados y desertores.

«Quedaban, pues, nueve mil doscientos setenta y un hombres de infantería, número poco superior al que presentaba el enemigo.

«Cierto que éramos muy superiores en caballe-

ría; pero los esfuerzos que pudiera hacer esta arma, quedaban completamente nulificados por la configuración del terreno.

«En cambio, la artillería del enemigo tenía gran superioridad sobre la nuestra, tanto en cantidad, como en calidad.

«Nosotros no podíamos contar mas que con once piezas de batalla.

«A saber:

«Cinco cañones de á 8.

«Cinco id. de á 12.

«Un obus corto de 7 pulgadas.

«El resto, hasta diez y siete, eran cañones de sitio y plaza, que en mala hora se llevaron, y los cuales no podían utilizarse, sino en determinados puntos del campo.

«Pero la gran superioridad del enemigo, consistía en la ventajosa posición que ocupaba.

«Creo haber proporcionado los datos necesarios, para que se puedan juzgar con acierto los acontecimientos que en seguida voy á referir.

«FEBRERO 23.

«Durante la noche anterior no ocurrió otra novedad, que un tiroteo sin importancia, que sólo duró algunos minutos.

«Apenas había aparecido en el horizonte una pálida faja de luz, cuando en el cerro de la derecha comenzó un fuego de fusil bastante activo.

«El enemigo, reforzando sus tropas, intentaba desalojar á las nuestras que se sostenían bien.

«Para apoyar este ataque, los americanos avanzaron su primera línea formando un orden esca-

lonado, en el que rehusaban su derecha fuertemente establecida.

«Avanzaron destacamentos para defender el paso de la primera barranca.

«Destacaron en seguida, una gran columna con objeto, sin duda, de ligar el ataque al cerro, y envolver nuestra derecha después de tomado aquel, si antes no podía abrirse paso á viva fuerza.

«Las tropas que pernoctaron sobre la loma que domina el camino, y formaban la extrema derecha de la línea americana, fueron trasladadas al centro para reforzarlo.

«Mientras ésto tenía lugar, nuestras tropas comenzaron á moverse marchando á su frente.

«La batería de la derecha, compuesta de las cinco piezas de á 8, mandada por el capitán de artillería á caballo D. Benigno Ballarta, se situó en el punto que dominaba perfectamente.

La primera línea de infantería sostenida por la segunda, descendió á la primera barranca, y bajo el fuego del enemigo, forzó el paso, ocupó la loma, y formada en batalla, rompió un vivísimo fuego de fusil.

«El resultado de este primer choque, fué el haber tomado un cañón de á 4 de los que se perdieron en Monterrey, y causado al enemigo muchos muertos, que quedaron en el terreno que se ocupó.

«La toma del cañón se la disputaron los batallones de Querétaro y de Aguascalientes.

«Por el camino, cubriendo la izquierda de la batalla una columna compuesta de Zapadores y otros dos batallones, al mando del coronel de

Ingenieros D. Santiago Blanco; pero no pudiendo desplegar en lugar tan encajonado, ni sufrir en la inacción el fuego de la batería enemiga, tuvo el Coronel Blanco que mandar variar de dirección á la columna, y coronar la loma que estaba á su derecha donde el combate se había empeñado fuertemente.

«Al mismo tiempo que en nuestra izquierda y centro, tenían lugar estos sucesos; en la derecha era arrollado el enemigo que atacaba el cerro, á pesar de los nuevos refuerzos que había recibido.

«Los cuerpos ligeros, descendieron de la altura cargando á la bayoneta sobre los americanos, que se retiraron en desorden, sufriendo pérdidas de consideración.

«En esta carga, nuestros soldados se manifestaron implacables hiriendo con las bayonetas á cuantos alcanzaron. En vano muchos americanos, arrojando el arma, mostraban á los nuestros los rosarios de que iban provistos, gritando que eran cristianos. Solamente debido á la eficaz intervención de los oficiales, se pudieron salvar algunos, que dejados á retaguardia sin escolta, lograron escapar y volver á su campo.

«En estos momentos, las líneas empeñadas, hacían fuego en toda su extensión á medio tiro de fusil. La gran columna americana que apoyaba la izquierda de su primera línea, avanzaba intrépidamente sobre nuestra derecha.

«Pero las cinco piezas que mandaba Ballarta, en cuya batería se hallaba el General Micheltorena, por orden del General en Jefe, hacían un fuego tan vivo y certero sobre aquella columna, que

se veía á cada momento obligada á detenerse para reformarse.

«En tales circunstancias, los cuerpos ligeros desplegaban en batalla en el punto J, tomando de flanco la línea enemiga, y rompiendo un vivo fuego. La columna batida de frente, de flanco, y también por la batería de Ballarta, ya no pudo avanzar; hizo alto y trató de desplegar de alguna manera; pero pronto entró la confusión en sus filas, y se dispersó completamente, viéndose el campo lleno de fugitivos.

«Este episodio de la batalla, está representado en el croquis adjunto; puede decirse, que entonces fué la crisis de aquella función de armas.

«La primera línea enemiga, viéndose desbordada por su izquierda, no pudo sostenerse, y se replegó protegida por la segunda línea.

«Nuestras tropas no pudieron seguir inmediatamente, porque habían sufrido mucho, y era necesario reformarlas y reforzarlas con la segunda línea; tanto más, cuanto que algunos cuerpos de reclutas habían tenido gran número de dispersos.

«Los del enemigo, habían ido á rehacerse entre su segunda línea y la reserva.

«La Brigada ligera cuya misión debía de ser, la de batir las líneas americanas por el flanco, mientras que las otras tropas las atacaban de frente; llevada de su entusiasmo, ó tal vez, por orden expresa, abandonó el puesto que ocupaba, y formando en columna, siguió avanzando por la falda de las montañas de la derecha, hasta llegar á la Hacienda de Buenavista en donde halló una

enérgica resistencia, que por carecer de artillería no pudo vencer.

«Tuvo, pues, que retirarse con bastante dificultad, porque el General Taylor con tropas de su reserva, le impedía la vuelta á nuestro campo.

«La batería del Capitán Ballarta, dejó la posición que tenía, y aunque con algún trabajo logró pasar la barranca que tenía delante, cerca de su nacimiento, y avanzó hasta el centro de nuestra línea, donde desplegó en batería y rompió de nuevo su fuego.

«La extrema derecha, quedaba pues, sin artillería.

«Creo, que con un poco de esfuerzo, pudo haberse llevado la batería de á 12, al lugar que ahora ocupaba la de 8, y ésta, situarla en la derecha de la batalla, para apoyarla, y para cruzar su fuego con la primera.

«No comprendo la causa por qué no se tomó esta determinación, tanto más cuanto que la batería de á 12, apenas pudo hacer algunos disparos durante la jornada porque en el lugar de su emplazamiento, la ofuscaban las desigualdades del terreno.

«La caballería, avanzó dividida en dos grandes columnas, tomando una de ellas la falda de las montañas de la derecha, y la otra por la izquierda, siguiendo el camino del Saltillo. En el campo quedaron algunos escuadrones de reserva.

«La columna que marchó por la derecha, caminó al principio sin hallar obstáculos; pero después, sostuvo algunos combates hasta llegar á la Hacienda de Buenavista, donde derrotó á la ca-

ballería americana, teniendo que retroceder al ser atacada, por fuerza que sacó el enemigo de su reserva para auxiliar la Hacienda.

«Parte del Regimiento de Coraceros revasando el campo enemigo, le fué imposible volver por entonces á nuestras líneas.

Durante el avance de esta columna, ocurrió el episodio siguiente:

«El Comandante de Escuadrón del Regimiento de Húsares D. Juan Luyando, iba á pasar con la lanza á un riflero; pero poniendo éste rodilla en tierra demandando gracia, Luyando lo dejó y pasó adelante. El riflero se levantó en el acto, y apuntando al que le debía la vida, lo derribó del caballo, atravezándolo con una bala. La muerte del comandante, fué en el momento vengada por sus soldados.

«La columna de la izquierda, encajonada y batida por una batería no pudo continuar por el camino real. Varió de dirección á la derecha, y pasando por retaguardia de la primera línea, maniobró por el ala derecha, sosteniendo varios combates hasta llegar á Buenavista de donde tuvo que retroceder, por no poder vencer la resistencia que en la hacienda le opusieron.

«Estos ataques aislados contra un edificio fuerte, no podían producir resultados favorables. Si los esfuerzos de los cuerpos ligeros, y de la caballería, se hubieran dirigido simultáneamente sobre los flancos y las espaldas de las líneas enemigas, que ya combatían de frente, el éxito hubiera sido completo.

«Gran pena causaba el ver, que mientras las

tropas se batían bizarramente forzando al enemigo á replegarse, algunos cuerpos de reclutas sufrían gran dispersión, viéndose el camino de Aguanueva lleno de fugitivos, sin que los escuadrones de reserva se ocupasen en detenerlos y organizarlos.

«No se puede negar que los americanos combatieron brillantemente, ni que su general maniobró con habilidad; pero á pesar de sus esfuerzos, tenían perdida la batalla desde el momento en que nuestras tropas, desbordaron la izquierda de sus líneas.

«Sin las faltas cometidas por nuestros generales, sin la carencia de dirección que se notó desde aquel momento crítico, la posición del Ejército Americano era insostenible.

«Así sin duda lo juzgó el General Taylor, comenzando á preparar su retirada por el camino del Saltillo.

Probablemente era su designio, irse retirando por escalones, para cuyo efecto se presta admirablemente el terreno, y procurar así, ganar la ciudad de Monterrey.

«Si aquella retirada se hubiera verificado, enorgullecidas nuestras tropas, habrían cargado con mayor brío; la caballería, aprovechando los lugares escarpados, no hubiera dejado reposo al enemigo; y éste se hubiese visto obligado á dejar en el campo una parte de su material de guerra: esto es, si antes de llegar á Monterrey no quedaba terminada su completa derrota.

«Por desgracia, nada de esto sucedió. La columna de carros que inició la retirada, sin duda

tuvo noticia de la presencia de la caballería del General Miñón. No pudiendo seguir adelante, ni esperar tropas que la protegieran por hallarse todas empeñadas en la batalla; no tuvo más remedio que retroceder, y formar un reducto con los carros junto á la Hacienda de Buenavista, para aumentar la resistencia.

«La polvareda y el gran movimiento de aquella columna de carros que llegaba al trote, por el camino del Saltillo, hizo creer al principio, que los americanos recibían refuerzos: luego, aplicando los anteojos, y tomando noticias, se supo lo que realmente acontecía.

«El General Taylor estaba, pues, sin retirada, encerrado en una garganta cuyas salidas ocupaba el Ejército Mexicano.

«Pero el enemigo tenía víveres, mientras nosotros no contábamos siquiera con una ración por plaza. Ni aún los oficiales tenían con que alimentarse. Por consiguiente, no había esperanza de obligar á Taylor á rendirse por hambre. Era indispensable destruirlo con las armas.

«Así pues, la combinación de colocar la columna de caballería del General Miñón, á retaguardia del enemigo, salió contraproducente.

«La máxima de, *A enemigo que huye, puente de plata*, hubiera sido conveniente observarla en esta vez. Por lo demás, el General Miñón no tomó parte en la batalla.

«Serían las once de la mañana, y la lucha seguía con encarnizamiento. El número de nuestros muertos y heridos era considerable. El General Lombardiui que mandaba una división, el

General D. Angel Guzmán que mandaba una brigada de caballería, y muchos jefes y oficiales, habían sido conducidos á la ambulancia.

«Los americanos se habían rehecho, después de la terrible crisis que acababan de pasar, y relevadas sus líneas se aprestaban de nuevo al combate.

«Es verdad que á pesar de sus esfuerzos, no podían recobrar el terreno perdido; pero detenían en su marcha victoriosa á nuestros soldados.

«La lucha continuaba, sin que la balanza se inclinase á uno ú otro lado.

«El General Santa-Anna, había caído con el caballo que montaba, y que una bala de metralla había herido en la cabeza.

«El tiempo corría, el número de víctimas aumentaba, y el combate no tenía trazas de cesar.

«Mas, repentinamente, se formó una gran tormenta, que descargando abundante agua sobre los combatientes, los obligó á suspender la lid. En esto serían las dos de la tarde.

«Ambos ejércitos aprovecharon el tiempo en reorganizarse para volver á la contienda, cuando un magnífico arco iris, abrazando los dos campos, parecía invitarlos á la paz.

«Terminado el aguacero, permanecieron los combatientes en quietud por algún tiempo. Solamente una batería de piezas de á 16, había entablado un duelo con una batería enemiga; pero sin obtener resultado alguno notable.

«Entonces ocurrió un suceso, que es necesario consignar.

«De una de las barrancas inmediatas, salió al

camino, un hombre á caballo con vestido de paisano, y á todo correr, tomó la dirección de la batería enemiga.

«Todos creyeron que fuera algún explorador del enemigo que trataba de refugiarse en su campo, ó que llevase alguna noticia.

«Pero, aquel hombre, cuando se vió entre los cañones americanos, reboleó su lazo, lo arrojó, y no habiendo prendido, hizo volver grupas á su caballo, escapando bajo una lluvia de balas que afortunadamente no le tocó.

«Como este hecho coincidió con la aparición casual sobre el camino, de una fuerza de caballería que salió de una barranca, el enemigo coronó con multitud de tiradores, la altura que quedaba á la espalda de la batería.

«Los nuestros, entretanto, llenos de admiración, no apartaban la vista de aquel temerario que volvía á todo correr á nuestro campo.

«Era un antiguo insurgente llamado Villareal, que á la sazón prestaba sus servicios en artillería, en calidad de conductor de parques con carácter de Sargento 2º.

«Tuvo ganas, según él dijo, de traer un yankee prendido de su reata, por no quedar sin hacer algo en aquel gran día.

«Quedaron todos admirados de resolución tan atrevida. Pero este hecho, no lo he visto consignado en ningún documento oficial, ni aún relatado en los periódicos.

«Nadie pronuncia el nombre del pobre viejo Villareal, que murió después en la oscuridad y en la pobreza.

«Testigo presencial del hecho, quise tributar en mi diario un recuerdo al mérito, dando á conocer al hombre, y la acción distinguida que hizo.

«Así hubo en esa lucha malhadada, muchos hechos honrosos que no son conocidos.

«Reorganizados los americanos, acometieron vigorosamente á nuestra línea, pero después de un combate encarnizado, en que pareció que agotaron sus fuerzas, tuvieron que retirarse, dejando en poder de nuestros soldados dos cañones de á 6, de fundición americana, un carro de municiones y tres banderas. (1)

«En este combate, se condujo bizarramente el Coronel D. José María Carrasco. Hallándose separado del mando del Segundo Ligero de infantería á consecuencia de los sucesos de Monterrey, iba en el ejército desempeñando una comisión insignificante. Más, habiendo sido muerto el Comandante de Batallón D. Julián de los Ríos, que mandaba el cuerpo accidentalmente, Carrasco tomó la bandera, y poniéndose al frente del batallón, lo lanzó sobre el enemigo obligando á éste á retirarse. El Coronel montaba un corpulento caballo frisón que lo hacía muy visible.

«Los coraceros que buscaban un paso para incorporarse á nuestro campo se introdujeron por un cañón con ánimo de salir por la garganta.

«Como á tanta distancia no podía distinguirse bien, se supuso que era fuerza enemiga que venía

(1) Una de estas banderas, fué regalada á la Legislatura del Estado de San Luis Potosí, por el General Santa-Anna.

á flanquearnos. Hay que advertir, que los coraceros no llevaban los cascos ni las corazas, y que con sus uniformes azules, bien se podían confundir con los americanos.

«Esto introdujo bastante alarma en la extrema izquierda de la línea, en donde no se contaba con más fuerzas que con un pequeño batallón de doscientos hombres que servía de sostener á las baterías.

«Hubo quien indicara al Coronel D. Antonio Corona, Comandante General de Artillería, que sería oportuno hacer cambiar de frente á la izquierda algunas piezas de una batería, para cruzar sus fuegos sobre una garganta con las tres piezas de fierro de á 24 que acababan de montarse en sus cureñas.

«El coronel no se resolvía á disponer nada, sin la orden del General Santa-Anna; pero haciéndole ver lo apremiante de las circunstancias, se decidió á ordenar la maniobra indicada, como se verificó.

«El General Santa-Anna, que había observado el movimiento de los coraceros, mandó violentamente á su Ayudante, el General D. Diego Agüelles, con orden de hacer marchar al batallón que servía de apoyo á las baterías de la izquierda para que ocupara la salida de la garganta donde había estado el día anterior.

«En estos momentos, apareció la cabeza de la tropa de coraceros en la referida garganta; más dos balas de á 24 que llegaron rebotando hasta ella, le advirtieron que no era prudente pasar adelante.

«Un oficial que se destacó, vino á deshacer la equivocación y ya pudieron los coraceros incorporarse á nuestro campo.

«El Teniente Coronel D. José María Castro, conocido por el *barbón*, vestido de riguroso uniforme, como se presentaba siempre en las acciones de guerra, se disponía á marchar con su batallón á ocupar la garganta, cuando la llegada de los coraceros le hicieron suspender la marcha.

«La alarma que causó en nuestro campo, la aparición de una fuerza relativamente pequeña en la garganta, puede dar una idea del efecto que hubiera producido un ataque formal.

«Recíprocamente, el efecto habría sido el mismo para el enemigo, si nuestras tropas, hubieran desembocado por el cañón durante lo más reñido de la batalla.

«Estos fueron los últimos episodios de la batalla del día 23.

«Los americanos se replegaron á sus líneas, y nuestra primera línea quedó formada.

«Había cesado completamente la batalla. Sólo se oía uno que otro tiro de fusil, que disparaban algunos hombres sueltos que emprendían combates individuales.

«Nuestras tropas estaban sentadas en cuclillas, manteniendo el fusil verticalmente, con la culata apoyada en tierra, sobre el último terreno que habían conquistado.

«A pesar de no haber tomado alimento en todo el día, el aspecto de las tropas era halagüeño. Parecían satisfechas y contentas por haber ven-

cido hasta allí la tenaz resistencia que habían opuesto los americanos.

«Podía creerse, que lo que faltaba que hacer, era trabajar en la noche en prolongar nuestra línea hacia la derecha, subiendo una batería para enfilarse al día siguiente el campo enemigo.

«Me parece que no hubiera sido muy difícil conducir hasta la altura la batería de á 8, sustituyendo á ésta en su emplazamiento con los cañones de á 12 y el obús de 7 pulgadas.

«Así hubiéramos presentado en línea el día siguiente catorce piezas, mientras que el día 23 no tuvimos más que nueve.

«La batería de á 16 permanecería en su punto y la de á 24 que acababa de montarse, se colocaría á su izquierda sobre el camino. Reunidas estas seis piezas de grueso calibre, producirían buenos efectos sobre la derecha del enemigo.

Quedarían, pues, funcionando todos nuestros cañones, y concentrarían sus fuegos sobre todas sus líneas.

«Atendidas las pérdidas que los americanos habían sufrido y el estado de desmoralización en que se encontraban, es creíble que al día siguiente, hubiera nuestro ejército consumado su derrota.

«Estas eran las esperanzas del ejército, así ocurrían muchos oficiales.

«Pero, la desgracia que nos perseguía, lo ordenó de otra manera.

«Al anochecer, se comunicó orden á las líneas, que estuviesen dispuestas para retirarse.

«Semejante disposición causó un general y pro-

fundo disgusto; se veía con dolor, que se iban á perder tantos sacrificios como se habían hecho: que abandonando el campo conquistado, se daba la victoria al enemigo, sin que este hiciera nuevos esfuerzos, para conseguirla; y en fin, que se afirmaría la idea, ya generalizada en el ejército, de que era imposible vencer á los americanos.

«Las razones que se daban para la retirada, eran las siguientes:

«Que no había que darle de comer á la tropa.

«Que el ejército se hallaba muy fatigado, y no podía combatir al día siguiente.

«Que, si permanecían en el campo de batalla, sería posible que en la noche se desbandaran muchos de nuestros soldados.

«Estas razones eran en extremo especiosas.

«Si no había que dar de comer á la tropa en el campo que ocupaba, tampoco había en Aguas-nueva, donde permaneció después acampada varios días: y es seguro, que con lo que allí se mantuvo, pudo haberse mantenido en Angostura.

«Además, en la noche del 23, sucedió, que algunos cuerpos que pudieron poner rancho, no teniendo tiempo para repartirlo, á causa de la retirada, vaciaron el rancho en el suelo para poder cargar los calderos en las mulas.

«Una poca de previsión, hubiera hecho que se mataran las reses necesarias, y asada la carne, distribuirla en la noche sobre el mismo campo de batalla.

«Hacía muchos días que el ejército se hallaba bien fatigado, y por lo mismo necesitaba descansar aquella noche, en vez de obligarlo á andar

cinco leguas hasta Aguanueva, donde tendría que combatir al día siguiente, si el enemigo, como era posible, se atrevía á perseguirlo.

«La misma fatiga del ejército, era una razón para no temer un desbandamiento, pues nadie pensaba más que en el descanso.

«Además, las tropas habían vislumbrado la victoria, estaban entusiasmadas, y en semejantes casos nuestros soldados no se desbandan. También sabían, que el enemigo tenía en el Saltillo almacenes bien provistos de víveres, de vestuarios, y aún de dinero: mientras que á retaguardia de nuestro ejército, sólo había un desierto desprovisto de todo recurso.

«De todas maneras, la tropa recibió con mucho disgusto la orden de retirada.

«Poco después de cerrar la noche, y aprovechando la escasa luz de la luna nueva, las tropas fueron descendiendo de las alturas que con tanto sacrificio habían conquistado, y formando en columna sobre el camino.

«Por fortuna el enemigo no sintió nuestro movimiento, porque un ataque vigoroso en aquellas circunstancias, acaso hubiese producido un desastre.

«Al principio, la marcha se verificó ordenadamente; pero el disgusto que experimentaba la tropa, y el deseo que cada uno tenía de llegar cuanto antes al punto de descanso, hicieron que cada cual marchase como podía, mezclándose los soldados de unos batallones con los de otros, produciendo con esto la mayor confusión.

«Esta confusión aumentó necesariamente al ocultarse la luna.

«El ejército se acercaba al punto de su destino, por aquella noche, guiado por la luz que producía el incendio de la Hacienda de Aguanueva que había tomado grandes proporciones.

«Cada cual, se acostaba según iba llegando, donde y como le era posible; y puede asegurarse, que solamente la artillería, permaneció reunida, aparcando á la derecha del camino.

«En la misma noche reunió el General Santa-Anna, un Consejo de Guerra, compuesto de los generales, y de los Comandantes Generales de artillería é ingenieros.

«El Consejo de Guerra resolvió, consignándolo por escrito, que la retirada era indispensable,

«FEBRERO 24.

«La mañana de este día, se empleó en reorganizar los batallones reuniendo los soldados de cada uno.

«A cosa de las diez, llegó un Jefe del Estado Mayor del General Taylor, en calidad de parlamentario.

«Proponía entregar los heridos que habían quedado en el campo, y hacer cange de prisioneros.

«Creo que el verdadero objeto que llevaba, era, investigar el estado moral, del General en Jefe y la condición material del ejército.

«El General Santa-Anna dispuso que se le quitase la venda al parlamentario, que pudo ver perfectamente el orden ya restablecido que guardaba nuestro campo, el cual presentaba todavía un aspecto imponente.

„Ya en el reposo del campamento, se pudieron apreciar las pérdidas que el ejército había tenido.

„El total de ellas fué de tres mil cuatrocientos noventa y cuatro hombres entre muertos, heridos y dispersos. Es decir, más de la cuarta parte de la fuerza.

„El detall de la baja es como sigue:

Muertos.....	591
Heridos.....	1,037
Contusos.....	12
Dispersos.....	1,854
Total.....	3,494

„De los muertos fueron:

Jefes y Oficiales...	23
Tropa.....	568
Total.....	591

„De los heridos fueron:

Generales.....	2
Jefes y Oficiales.....	101
Tropa.....	934
Total.....	1,037

„De los contusos fueron:

Jefes.....	3
Oficiales.....	2
Tropa.....	7
Total.....	12

„De los dispersos fueron:

Jefes.....	1
Oficiales.....	6
Tropa.....	1,847
Total.....	1,854

„La pérdida material fué:

Muertos.....	591
Heridos.....	1,037
Contusos.....	12
Total.....	1,640

„Jefes y oficiales fueron:

Muertos.....	23
Heridos.....	103
Contusos.....	5
Total.....	131

„De tropa fueron:

Muertos.....	568
Heridos.....	934
Contusos.....	7
Total.....	1,509

„Este resultado nos da cerca de un oficial por cada doce individuos de tropa.

„El consumo de municiones fué:

Tiros de cañón.....	571
„ de fusil con las paradas de las cartucheras.....	555,000

«De los oficiales que salieron del Colegio á fines del año anterior (1845), fué muerto el subteniente D. Agustín Liudeni, y heridos los subtenientes D. Juan B. Navarro y D. José Pichardo.

«En nuestras bajas aparecen mil ochocientos cincuenta y cuatro dispersos, cifra mayor que la de los hombres fuera de combate.

«Esto consiste en los cuerpos de reclutas que se dispersaron desde el principio de la batalla, y en no haber tomado providencias para recogerlos en el momento mismo.

«Los contrarios no tenían el inconveniente de la dispersión; parte, porque sus tropas estaban mejor disciplinadas que las nuestras; parte, porque peleando en país extranjero, el instinto de la conservación los inducía á estar siempre reunidos; y en el caso presente, porque hallándose el General Miñón á retaguardia de los americanos, todo disperso hubiera caído en su poder.

«Las pérdidas del enemigo no es cosa fácil valorarlas, por haber quedado dueño del campo; pero es racional creer, que si no fueron mayores que las nuestras, poco menores deben haber sido.

«Me fundo en las razones siguientes:

«Aunque el que ataca generalmente sufre mayores pérdidas que el que defiende una posición, esto queda bien compensado cuando el que defiende vuelve caras; porque mientras se aleja del peligro queda inerme, entregando la espalda á su adversario, que aprovecha la ocasión de vengarse.

«Durante la jornada del 23, no una, sino varias veces se vieron obligados los americanos á retirarse en desorden.

«En el campo ocupado por nuestras tropas se veían tantos muertos del enemigo como mexicanos.

«Siendo el calibre de nuestros fusiles mucho mayor que el de los americanos, producían sus balas heridas más peligrosas.

«En compensación, las tres postas con que acompañaban ellos las balas, ocasionaban evidentemente mayor número de heridas.

«En consecuencia, es lógico pensar que debimos tener mayor número de heridos, y el enemigo mayor número de muertos.

«Aunque podrá objetarse que los americanos, en general, tiraban mejor que nuestros soldados, esta circunstancia, que es sin duda muy esencial en los combates de tiradores, pierde mucho de su importancia en los ataques de línea, donde el soldado, cegado por el humo y excitado por las emociones de la lucha, no se detiene en hacer puntería.

«Insisto, pues, en que las pérdidas del enemigo deben de haber sido equivalentes á las nuestras; pero siempre en mayor proporción en muertos que en heridos.

«El aspecto del campamento de Aguanueva era tranquilo: la fatiga y el cansancio de los días anteriores obligaban á la tropa á permanecer en quietud. Solamente la necesidad de buscar alimento, hacía discurrir á algunos de un lado al otro.

«Dos oficiales partieron una tablilla de chocolate, que comieron en crudo, y sin más acompañamiento. Otros cuatro se reunieron para comer

un plato de arroz, sin pan ni otra cosa, que pudieron conseguir en el rancho de la artillería.

«En el bosque, cerca del Arroyo, se habían detenido los carros que conducían heridos. Estos desgraciados, á quienes nadie atendía, clamaban con acento dolorido para que les impartiesen algún auxilio.

«Los que habían muerto la noche anterior, fueron bajados de los carros y cubiertos con sus mantas: parecía que dormían.

«Si de aquel triste sitio se dirigía la vista á la hacienda, se contemplaba otro espectáculo más pavoroso.

«En la casa principal, cuyo techo había sido consumido por las llamas, se estableció el hospital de sangre. Allí, los heridos, sin distinción de clases, yacían por el suelo en tan gran número, que no había lugar donde dar un pase.

«Y allí también se hacían las amputaciones y se practicaban las operaciones más crueles, á la vista de los demás pacientes. Donde quiera se elevaban ayes tristísimos, producidos por os más acerbos dolores.

«En una pieza contigua, también destechada, se veían amontonados los brazos y las piernas que ya no eran útiles á sus dueños.

«Fuera de aquel tristísimo recinto, los animales muertos que dejó el enemigo, y los despojos de las reses que se mataban para alimentar á las tropas, completaban un cuadro lúgubre, capaz de impresionar el ánimo más esforzado.

FEBRERO 25.

«Continuamos acampados.

«La mala alimentación de las tropas, y su poco abrigo en estación tan cruda en aquella región, fueron causas de que se desarrollase en el ejército una epidemia de disenterías y diarreas, que la mayor parte de los hombres padecía.

FEBRERO 26

«Desde la retirada de la Angostura el enemigo no salió de sus posiciones para hostilizarnos, á pesar de hallarse á tan corta distancia. Esto prueba lo mucho que debió haber sufrido en la batalla.

«A las dos de la tarde se comenzó á levantar el campo.

«Primero se hicieron marchar á los heridos; pero como no cupieran todos en los pocos carros que había, para conducir á los demás se improvisaron unas parihuelas ó angarillas formadas con cuatro fusiles que hacían un cuadrado, y con una manta amarrada en los ángulos por las puntas.

«En cada una de aquellas hamacas se colocaba un infeliz herido, que era conducido por cuatro soldados.

«De semejante manera se tenían que andar catorce leguas de desierto, sin encontrar agua.

«Los soldados, debilitados por el hambre, muchos de ellos enfermos, llenos de fatiga y de desaliento, bajaban al suelo la carga para tomar descanso, y otros, desertando, abandonaban definitivamente al paciente.

«Por esta causa se veía el camino lleno de cansados, de heridos y aún de muertos.

«A la hilera de parihuelas, seguían los carros y algunas carretas de bueyes que se habían em-

bargado, haciendo un ruido estridente con sus enormes ruedas.

«La noche llegó pronto.

«Un viento helado pasaba sobre las cabezas el polvo sutil, que la columna removía al marchar.

«La luna pálida, que parecía correr locamente á través de las nubes, iluminaba apenas aquella escena sombría y silenciosa, contrastando con la tórrida luz de bosques enteros de palmas inflamadas, y de sábanas convertidas en llamas, á consecuencia del fuego encendido la noche del veintuno, que se había propagado sin obstáculos.

«Pronto las tropas que marchaban á retaguardia alcanzaron y rebasaron el convoy de heridos, produciendo la confusión consiguiente.

«La luna que se ocultó fué otro motivo de desorden; y los pobres heridos fueron víctimas de mil actos inhumanos.

«A la una de la madrugada comenzó á llegar á la Encarnación la vanguardia del ejército, sucediendo como en Aguanueva, que cada cual, se colocó, como y en donde pudo.

«A aquella noche también se le debió llamar con razón, *Noche Triste*.

«FEBRERO 27.

«Permanecimos en la Encarnación. Por todo alimento tomó la tropa carne de res; pero como se mataban muchas vacas cargadas, y el agua que se bebía era salobre, las enfermedades de estómago aumentaron.

«En la tarde de este día, se hicieron honores

fúnebres á uno de los jefes que falleció á resultas de sus heridas.

«FEBRERO 28.

«Descampamos de la Encarnación, é hicimos la jornada al Rancho de San Salvador.

«Casi toda la tropa iba enferma del estómago. El camino quedó regado de cansados y de enfermos.

«MARZO 1º

«A la hacienda del Salado.

«Como la víspera: grupos de enfermos y rezagados se veían por todas partes. Cadáveres de animales se hallaban á cada paso.

«MARZO 2.

«A la Noria de las Animas.

«El camino como el día anterior.

«Encontramos acampada una fuerza de infantería y caballería, que al mando del General D. Ciriaco Vázquez había llegado de Tula.

«MARZO 3.

«Salieron las tropas de las Animas á la una de la mañana, y llegaron al Cedral á las tres de la tarde, sin haber tomado alimento ni agua durante la marcha. Se dió sepultura á los cadáveres de un jefe y un oficial que fallecieron de resultas de sus heridas.

«MARZO 4.

«Jornada corta á Matehuala.

«Siendo esta población el primer punto que ofrece algunos recursos, se dispuso que los heridos no pasaran adelante.

"En consecuencia se establecieron hospitales, aunque para ello se carecía de todo.

"MARZO 5.

"A la Hacienda de la Presa.

"MARZO 6.

"A la Hacienda de Solís.

"Continúan las enfermedades.

"MARZO 7.

"De Solís á Charcos.

"MARZO 8.

"A la Villa del Venado.

"MARZO 9.

"Al Pueblo de la Hedionda.

"MARZO 10.

"A la Hacienda de Bocas.

"MARZO 11.

"A la Hacienda del Peñasco.

"MARZO 12.

"Entró el ejército á San Luis, después de cuarenta y cuatro días de la salida de las primeras tropas para la Angostura.

"En San Luis se tuvo noticia de que el general D. José Urrea, que operaba en Nuevo León á retaguardia del General Taylor, había capturado á los americanos un convoy, quemándoles cien carros, y causándoles unas doscientas bajas entre muertos, heridos y prisioneros.

"OBSERVACIONES.

"No tengo datos seguros sobre la pérdida que sufrió el ejército en su desastrosa retirada á través del desierto; pero creo no exagerar si supongo, que pasó de tres mil hombres, la mayor parte desertores.

"Dos causas, en mi concepto, determinaron el mal éxito de esta expedición:

"La primera, no haber llevado las provisiones de boca necesarias; aunque en esta falta, debe haber influido la escasez extraordinaria de recursos.

"La segunda, haber carecido el día de la batalla de la artillería ligera suficiente, que hubiera maniobrado sobre el flanco izquierdo y sobre la espalda del enemigo, cuando éste fué envuelto.

"Estas faltas que cometió el General Santa-Anna al organizar el ejército, las pagó bien caras, dejando escapar la victoria.

"Respecto de la retirada en la noche del 23 de Febrero, se ha hablado mucho, en pro y en contra.

"Se ha alegado para disculparla, el cansancio de las tropas, la falta de alimento, y el temor de un desbandamiento.

"En el curso de estos apuntes, he procurado demostrar lo infundado de estas aseveraciones.

"Acaso, otras razones más poderosas, pesarían en el ánimo del General Santa-Anna.

"Tal vez, alarmado con las grandes pérdidas que el ejército había sufrido el día 23, y principalmente, con la dispersión que tuvieron algunos cuerpos, dudó del resultado que pudiera tener

una nueva batalla. Y tomando en consideración que la República no tenía otro ejército que oponer al invasor, que ya amagaba por el Oriente, temió que si en un nuevo combate era derrotado, el enemigo penetraría sin encontrar resistencia hasta el corazón del país.

«Sin duda, que para el hombre que lleva sobre sí tan grande responsabilidad, las razones expuestas debían ser de mucho peso, y, creo, que la Historia deberá tomarlas en cuenta, al juzgar en este caso al General Santa Anna.

«Pero, pensando que los grandes esfuerzos y sacrificios que la Nación y el ejército habían hecho, quedarían sin fruto alguno, si no se completaba la derrota del General Taylor.

«Que, era oportuno y conveniente aprovechar las ventajas adquiridas, y la buena moral de las tropas.

«Que, una retirada al través del desierto, costaría tal vez más que una batalla perdida.

«Que, en el caso de ser derrotado, el enemigo quedaría impotente para perseguirnos.

«Que, aunque quedase en aptitud de poderlo hacer, le sería imposible perseguirnos en el desierto, si inutilizábamos las únicas tomas de agua que allí existen, al dejarlas á retaguardia.

«Y en fin; que suponiendo perdida la propuesta batalla, no causaría otros males que aumentar algo las calamidades que desataron sobre el ejército en su retirada, soy de sentir que se debiera haber arriesgado una batalla el día 24.

«Si se hubiera ganado, nada habría detenido la marcha del ejército victorioso, hasta las orillas del Río Bravo.

«El armamento y los almacenes quitados al enemigo, hubiera provisto á la Nación para la continuación de la guerra.

«El ejército, habría aprendido á vencer á los americanos, y el General Santa-Anna, volvería á ser para la República lo que fué en 1827. Mas la retirada de la Angostura, fué su muerte política.»

NOTA.—Pudo haberse evitado la Batalla de la Angostura, volteando la posición. El ejército, marchando por el camino que siguió el General Miñón, ú otro practicable, para salir más allá del Saltillo, habría obligado al enemigo á abandonar sus posiciones, y á combatir con desventaja en otras, para no verse expuesto á quedar cortado de su base de operaciones, y de su línea de retirada.

Hasta aquí nuestro amigo el Sr. Coronel Balbontín. Ahora nos permitirán nuestros lectores hacer algunas observaciones sobre la batalla de Angostura, puesto que nuestra opinión sobre ese hecho de armas difiere en algunos puntos de la del citado autor.

Nuestra opinión franca, imparcial y sincera es: que el Sr. General Santa Anna, por su ineptitud y por la pésima dirección que desde un principio imprimió á la operación, es el único responsable del mal resultado obtenido, y que tuvo el triste privilegio de transformar en derrota un glorioso hecho de armas.

Pero procuremos fundar nuestra aserción:

Dicen, que para disculpar al general en jefe, por su desastrosa retirada, se ha alegado, el cansancio de las tropas, la falta de alimento y el temor de un desbandamiento. El militar inteligente, con solo reflexionar algunos instantes, deducirá de estas razones lo contrario de lo que pre-

tenden probar; en efecto, el cansancio de las tropas, cosa, por otra parte, rara en las mexicanas, no podía ser mas que el resultado de las marchas anteriores, pésimamente arregladas por el general en jefe. La falta de alimentos; ¿qué general emprende una operación larga y difícil, sin haberse procurado antes, á todo trance las municiones de boca y guerra necesarias? El temor de un desbandamiento.....? Es esta razón, siquiera honorable, en boca de un militar comandante de un cuerpo de tropas en campaña? ¡Cómo, pues qué, ¿no eran mandadas las tropas por Oficiales y Jefes enérgicos capaces de contener cualquier desorden? entonces no servían para el caso; y por otra parte, no estaban aquellos soldados suficientemente disciplinados?

La verdad de las cosas es, que después de la batalla del 23, á pesar de las grandes pérdidas que experimentamos, todas las ventajas tácticas estaban de nuestra parte y es muy probable, que al recomenzar el combate al día siguiente, el ejército americano, con pérdidas no menos grandes que las nuestras; perdidas algunas de sus posiciones de combate y extremadamente quebrantada su moral, hubiera tenido que rendir las armas, ó si se obstinaba en una defensiva desventajosa, hubiera sido completamente derrotado. Así me lo aseguró algunos años más tarde, un jefe americano amigo mío, que en la campaña que venimos describiendo servía como oficial su balterno en uno de los regimientos del ejército americano.

Se dice también que una retirada al través del

desierto, sería más desastrosa que la pérdida de una batalla. Esto no es exacto, porque en una batalla perdida, se pierde también las más veces el prestigio de las armas, recibe una grave lesión el honor nacional y la moral del soldado se pierde casi por completo.

Dice el autor citado en una nota que pudo haberse evitado la batalla en la Angostura volteando la posición, marchando por el camino que siguió el general Miñón, ú otro practicable para salir más allá del Saltillo.

No participamos de esa opinión, porque desde luego resultan de graves faltas, una táctica y la otra estratégica; la primera, consiste en que se hubieran ofrecido un flanco y la retaguardia del adversario que al observar la falsa posición del ejército mexicano, no habría dejado de aprovecharse de ella, llevando un ataque brusco y enérgico sobre él durante la marcha. Además, fuera del camino real, no hay por aquellos terrenos otros senderos capaces de dar paso fácil á la artillería y los trenes. La falta estratégica consistía sencillamente en que el ejército mexicano perdía voluntariamente su línea de retirada y todas sus líneas de operaciones, quedando por lo mismo separado y hasta incomunicado con su base de operaciones.

No; la retirada era un desastre; la volteada de la posición dos graves faltas, de consiguiente, dar el 24 otra batalla que hubiera sido el complemento de la del 23, era la única resolución que debió haberse tomado si no se quería apartar de las reglas que la ciencia de la guerra prescribe para tales casos.

En resumen: el general Santa-Anna no supo aprovecharse de las ventajas adquiridas en la batalla del 23, para haber triunfado el 24; con su retirada injustificable transformó una victoria mas que probable, en la más lamentable de las derrotas, y por último su ineptitud lo dió á conocer como indigno de mandar á las valientes tropas mexicanas.

En cuanto al ejército americano, de hecho quedó tácticamente derrotado, puesto que quedó en la imposibilidad absoluta de perseguir á un enemigo que se retiraba en desorden. Tan lo comprendió así ese gobierno, que hizo pedir su dimisión al general Taylor; dió orden de retirada á sus tropas; cambió por completo su plan de campaña, meditó nuevas líneas de operaciones y nombró otro general en jefe, dando á las operaciones un carácter totalmente distinto del que Taylor les había dado.

Las desgraciadas jornadas de guerra de que vamos á ocuparnos, nos confirmarán más y más en que la causa de nuestros desastres, no fué otra que la ineptitud y torpeza del General Santa-Anna; esto es triste decirlo puesto que este general habia prestado buenos servicios á la patria, y aún perdió un miembro en su defensa; pero nosotros no podemos menos que consignar la verdad de los hechos en estos pobres ensayos de nuestra historia militar.

III

CAMBIO DE LINEA DE OPERACIONES DEL EJÉRCITO AMERICANO.—BOMBARDEO Y ATAQUES Á VERACRUZ.—CAPITULACIÓN.—LAS FUERZAS AMERICANAS MARCHAN HACIA MÉXICO.—SALIDA Á SU ENCUENTRO DEL GENERAL SANTA ANA.—BATALLA DE CERRO GORDO.

Las estériles operaciones del ejército americano, en la frontera del Norte de la República; el resultado indeciso de la batalla de Angostura, y las serias dificultades que se presentaban para proseguir su invasión por esa parte, hicieron cambiar por completo su plan, al gobierno de la Unión, y aún se nombró un nuevo general en jefe en la persona del general Scott. Las principales tropas de la invasión debían bombardear á Veracruz, ejecutar un desembarco para atacar la plaza y una vez tomada marchar en la dirección de la capital. Dichas tropas pasaban de trece mil hombres al principio de las operaciones.

Las guarniciones de Ulua y de la plaza juntas ascendían á poco más de cuatro mil hombres, compuestas casi en su totalidad de guardias nacionales y algunas fuerzas rurales, enteramente desprovistas de instrucción, disciplina y las demas cualidades que constituyen á una tropa de combate. Esto no obstante, con el más acendrado

En resumen: el general Santa-Anna no supo aprovecharse de las ventajas adquiridas en la batalla del 23, para haber triunfado el 24; con su retirada injustificable transformó una victoria mas que probable, en la más lamentable de las derrotas, y por último su ineptitud lo dió á conocer como indigno de mandar á las valientes tropas mexicanas.

En cuanto al ejército americano, de hecho quedó tácticamente derrotado, puesto que quedó en la imposibilidad absoluta de perseguir á un enemigo que se retiraba en desorden. Tan lo comprendió así ese gobierno, que hizo pedir su dimisión al general Taylor; dió orden de retirada á sus tropas; cambió por completo su plan de campaña, meditó nuevas líneas de operaciones y nombró otro general en jefe, dando á las operaciones un carácter totalmente distinto del que Taylor les había dado.

Las desgraciadas jornadas de guerra de que vamos á ocuparnos, nos confirmarán más y más en que la causa de nuestros desastres, no fué otra que la ineptitud y torpeza del General Santa-Anna; esto es triste decirlo puesto que este general habia prestado buenos servicios á la patria, y aún perdió un miembro en su defensa; pero nosotros no podemos menos que consignar la verdad de los hechos en estos pobres ensayos de nuestra historia militar.

III

CAMBIO DE LINEA DE OPERACIONES DEL EJÉRCITO AMERICANO.—BOMBARDEO Y ATAQUES Á VERACRUZ.—CAPITULACIÓN.—LAS FUERZAS AMERICANAS MARCHAN HACIA MÉXICO.—SALIDA Á SU ENCUENTRO DEL GENERAL SANTA ANA.—BATALLA DE CERRO GORDO.

Las estériles operaciones del ejército americano, en la frontera del Norte de la República; el resultado indeciso de la batalla de Angostura, y las serias dificultades que se presentaban para proseguir su invasión por esa parte, hicieron cambiar por completo su plan, al gobierno de la Unión, y aún se nombró un nuevo general en jefe en la persona del general Scott. Las principales tropas de la invasión debían bombardear á Veracruz, ejecutar un desembarco para atacar la plaza y una vez tomada marchar en la dirección de la capital. Dichas tropas pasaban de trece mil hombres al principio de las operaciones.

Las guarniciones de Ulua y de la plaza juntas ascendían á poco más de cuatro mil hombres, compuestas casi en su totalidad de guardias nacionales y algunas fuerzas rurales, enteramente desprovistas de instrucción, disciplina y las demas cualidades que constituyen á una tropa de combate. Esto no obstante, con el más acendrado

patriotismo y el más alto valor, todos se aprestaban á la lucha, resueltos á morir gloriosamente en el campo de batalla, antes que ceder al enemigo un solo palmo de terreno sin combatir.

Por desgracia, los jefes encargados de la defensa de la plaza, no habían sabido prever la marcha natural de la operación, y figurándose que todo se reduciría á un fuerte bombardeo, habían hecho fortificar únicamente toda la parte de la ciudad que mira al mar, el resto del perímetro estaba desmantelado y en el más lamentable estado de defensa. Además, muchos cañones se hallaban desmontados y careciendo de cureñas, fué preciso montarlos en las de cañones de á 12, siendo de superiores calibres. Nada de esto desanimaba á los valientes defensores, que se apresuraron con la mayor actividad á remediar tanto mal hasta donde les fuera posible.

Desde la tarde del día 9 de Marzo (1847), la escuadra americana se acoderó frente á la plaza y frente á Ulúa; comenzó sus bombardeos, y sin perder un instante dió principio en el mejor orden al desembarco de sus tropas, que no encontraban más obstáculo que algunos escuadrones de caballería irregular, que no hicieron más que irse replegando á medida que crecía el número de tropas desembarcadas.

El día 10, desde muy temprano, terminó la operación del desembarco, y sin suspender ni un instante el fuego de artillería, las fuerzas invasoras comenzaron á tomar posiciones al rededor de la plaza, procediendo al mismo tiempo al establecimiento de sus baterías.

A fin de atravesar los médanos con facilidad y prontitud, establecieron caminos de madera sólidamente fijados sobre la arena, que les produjeron los mejores resultados, y llenaban de admiración á los defensores de la plaza, que veían las baterías enemigas cruzar los médanos con extrema rapidez para ir á ocupar sus puestos de combate.

El 11, 12 y 13, las operaciones del sitio prosiguieron vigorosamente sin cesar el bombardeo; los sitiadores se apoderaron de los puntos de Vergara y Pozos.

Como á estas fechas el enemigo no había podido completar su línea de circumbalación, pudieron penetrar á la plaza, cosa de seiscientos hombres de la guarnición de Alvarado y algunos, otros pequeños destacamentos.

Tropas mexicanas en diferentes guerrillas salían de la plaza á hostilizar valientemente al sitiador y entorpecer sus trabajos.

El bombardeo y fuego de cañon que los americanos dirijían sobre la plaza, aunque frecuente, era sumamente flojo y solo se ejecutaba para favorecer los trabajos, pero una vez terminados éstos, y establecidas todas las baterías, el general enemigo intimó rendición á la plaza el día 22, y habiendo recibido del gobernador general Morales, una negativa digna y enérgica, mandó romper los fuegos que fueron desde luego vivísimos y como bien dirigidos y á corta distancia comenzaron á causar serios estragos en la plaza. Mujeres, niños, ancianos, caían hechos pedazos por los cascós de las bombas y granadas, pues

los americanos dirigían sus proyectiles indistintamente á todos los puntos de la ciudad sin duda para sembrar el terror en la población inofensiva, porque en los cuarteles y baluartes donde había tropa, eran raros los proyectiles que caían.

Los hospitales y las iglesias se llenaron prontamente de multitud de heridos y contusos, llegando á su colmo el terror de estas pobres gentes inofensivas, que veían desplomarse techos, abrirse los muros, y estallar las granadas dentro pe las mismas salas de los enfermos.

El 23 al amanecer se suspendió el fuego por algunos momentos, la gente respiró haciéndose la ilusión de que pasaba la terrible crisis, pero su desesperación creció de punto al ver que el fuego recommenzaba, con más intensidad que antes, como que se habían desenmascarado nuevas baterías.

Para mayor tormento, las autoridades imprevisoras, no habían hecho el acopio suficiente de víveres para sostener un sitio y la carne, el pan, el maíz y las semillas comenzaron á faltar desde el día 24. Las pobres tropas ya no recibieron en su rancho sino solamente frijoles.

Nuestros baluartes respondían vigorosamente al fuego del enemigo y le causaban serios perjuicios; veíanse volar merlones enteros y fragmentos de sus parapetos al choque de nuestros proyectiles; pero el que más se distinguía por su fuego incesante y eficaz, fué el de Santa Bárbara, tanto que los invasores creían que los artilleros que en él servían eran soldados extranjeros.

Los buques americanos sufrían también nota-

bles averías, causados por los fuegos combinados de la plaza y de Ulúa, y el día 25 que se acodaron detrás de los Hornos, fueron obligados á retroceder con graves pérdidas, hasta ponerse fuera de tiro.

Ocupándose de ese terrible bombardeo, se lee en «México al traves de los Siglos,» lo siguiente:

«Multitud de balas y proyectiles cayeron en la plazuela de la Caleta, La Pastora y el baluarte de San Juan. El de Santa Bárbara y los lienzos y bóvedas de varios cuarteles amenazaban derrumbarse. En el muelle y en casi toda la línea fortificada y hasta en Ulúa, perecieron muchos artilleros y soldados del Activo de Oaxaca. Desde la puerta de la Merced hasta la Parroquia, no había ni una sola casa ilesa y estaban ya en ruinas en gran parte, impidiendo los escombros el tránsito: de la Parroquia hacia la Caleta, aunque en igual grado habían sufrido también deterioro todos los edificios; no se podía caminar por las aceras á causa de que se estaban desprendiendo los balcones, y en las noches no había alumbrado. Multitud de familias cuyas habitaciones quedaron arruinadas por completo, seguían refugiadas en las bodegas de algunas casas de comercio; el cónsul español Escalante había alojado en la suya á ancianos, mujeres y niños proporcionándoles alimentos. El 26 en la mañana continuó el fuego; y perdida ya toda esperanza de asalto, los defensores seguían muriendo en sus puestos con la conciencia y el despecho de no poder inferir gran daño á sus contrarios y con el dolor de presenciar la ruina, el

hambre y aún la pérdida de vidas de sus infelices familias. Considerable número de heridos, sin asistencia posible en los hospitales, casas y calles; muertos insepultos entre las ruinas de los edificios, y al lado de los valientes que seguían exponiendo sus vidas; el incendio á un tiempo en gran número de lugares; la falta de alimento para soldados y paisanos; el llanto de los huérfanos, madres y viudas y la explosión incesante de las bombas; por último, la brecha abierta en la muralla y de que el enemigo parecía intentar no aprovecharse sino cuando hubiera acabado con la guarnición, habían hecho á los principales jefes, con excepción de Robles que no fué llamado á las primeras juntas, discutir y convenir lo inútil de la prolongación de la defensa, y resolverse á abrir pláticas para saber las condiciones del vencedor. Al conocerlas y figurarse que trataba de humillar á los mismos á quienes calificaba de valientes, se había adoptado la resolución de romper, en unión de las tropas de Ulúa, la línea enemiga; pero un furioso Norte equinoccial desatando sus ráfagas y levantando hasta el cielo sus olas, asoció la cólera de la naturaleza, á la ira y matanza de los hombres, haciendo imposible la concentración de fuerzas del Castillo en la plaza y hasta la simple comunicación entre uno y otra."

El rigor del sitio seguía acrecentándose más y más, y ya para el día 27, pasaba de mil el número de muertos y heridos, entre soldados y paisanos. La guarnición pedía vivamente ejecutar una salida vigorosa con el fin de abrirse paso

por entre las líneas enemigas; mas no se resolvió al fin ese movimiento después de mil vacilaciones. El comandante general Morales, resignó el mando entregándoselo al general Landero, después de lo cual logró trasladarse á Ulúa.

Diversas comisiones salieron de la Plaza para rogar al general enemigo permitiera la salida á algunas familias; ese Jefe no quiso concederlo sino bajo la condición formal de que se le rindiera la plaza. La altiva y brava guarnición no podía resolverse á tan dura prueba. Su esperanza, era medirse cuerpo á cuerpo con su adversario en el asalto, mas cada día se desvanecía más y más esta ilusión; el enemigo no asaltaría, sino que á la larga la plaza quedaría reducida á escombros y sus valientes defensores sepultados en ellos.

Ya para el 26, la situación era insostenible; las municiones de artillería tocaban á su fin y las de boca tan escasas, disminuían rápidamente, pues había que alimentar no solo á las tropas sino también á la población indigente.

En tal virtud, y de acuerdo con los jefes principales de la guarnición, procedió el general Landero á nombrar una comisión compuesta de los Coroneles Don José Gutiérrez Villanueva, Don Pedro Miguel de Herrera, y el Teniente Coronel de Ingenieros Manuel Robles Pezuela, para que se entendieran con los comisionados por el general Scott, á fin de discutir y arreglar las bases de una capitulación honorable. Dichos comisionados fueron los generales Worth, Pillow y el Coronel Totten. Las entrevistas se verificaron en el lugar llamado, Punta de los hornos.

Después de varias acaloradas discusiones en que los comisionados mexicanos procuraban estipular las bases mas honorables para las armas mexicanas, la capitulación fué firmada el 27 y ratificada plenamente el 28 del mismo mes.

Este importante documento dice á la letra:

"Punta de Hornos, extramuros de la ciudad de Veracruz.—Sábado 27 de Marzo de 1847.—Términos de la capitulación convenida por los comisionados siguientes: generales W. J. Worth y J. Pillow y coronel Y. G. Totten, Ingeniero en jefe, por la parte del Mayor general Scott, General en jefe de los Ejércitos de los Estados Unidos y el coronel Don José Gutierrez Villanueva, Teniente coronel de Ingenieros Don Manuel Robles y Coronel Don Pedro Herrero, nombrados por el General de Brigada Don José Juan Landero, Comandante general de Veracruz, el Castillo de San Juan de Ulua y sus dependencias, para la rendición de las mencionadas fortalezas con sus armamentos, municiones de guerra, guarniciones y armas, á las de los Estados Unidos.

"1.º Toda la guarnición ó guarniciones se rendirán á las armas de los Estados Unidos como prisioneros de guerra el 29 del corriente á las diez de la mañana, permitiéndoseles evacuar la plaza con todos los honores de la guerra, y entregar las armas á los oficiales designados por el General en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos en el punto que se conviniere por los comisionados.

2º Los oficiales mexicanos conservarán sus

armas y efectos particulares incluyendo caballos y arneses, y se les permitirá, tanto á veteranos como á nacionales, así como á toda clase de tropa, cinco días para retirarse á sus respectivos hogares, bajo la palabra que después se especificará.

3.º Al tiempo de entregar las armas como está prevenido en el artículo primero, se arriarán los pabellones mexicanos de los varios fuertes y puestos, saludados por sus propias baterías é inmediatamente después, los baluartes de Santiago y Concepción y el Castillo de San Juan de Ulua serán ocupados por las fuerzas de los Estados Unidos.

"4.º El General mexicano dispondrá de la fuerza veterana prisionera después de la entrega y palabra, segun estimare conveniente; á los nacionales se les permitirá regresar á sus hogares.

Los oficiales de todas armas, por sí y sus subordinados, empeñarán la palabra acostumbrada de no volver á servir hasta no ser cangeados en debida forma.

"5.º Todo el material de guerra y toda propiedad pública de cualquiera clase que fuere encontrada en la ciudad, el Castillo de San Juan de Ulua y sus dependencias, pertenecerán á los Estados Unidos; por el armamento perteneciente á los mismos puntos, que no sufra detrimento en la prosecución de la presente guerra, podrá considerarse restituible á México por un definitivo tratado de paz.

"6.º Se permitirá á los enfermos y heridos mexicanos permanecer en la ciudad con los facultativos, asistentes y oficiales del Ejército que se

considere necesarios para su tratamiento y cuidado.

"7.º Se garantiza solemnemente una completa protección á los habitantes de la ciudad y sus propiedades, entendiéndose terminantemente que ningún edificio ni propiedad particular será tomada ó usada por las fuerzas de los Estados Unidos sin previo convenio con los propietarios y por sus justos precios.

"8.º Se garantiza solemnemente la absoluta libertad en el culto y ceremonias religiosas.

"(Terminado por los comisionados.)

El Capitan Aulick, comisionado nombrado por el Comodoro Perry por parte de la Escuadra (no habiendo podido el General en Jefe comunicarse con ella, por causa del mal tiempo, hasta después que las comisiones cangearon sus poderes.) Hallándose presente por invitación del General Scott, estando conforme con el resultado y aprobándolo, añade su firma.—Firmado—Aprobado por ambos generales y firmado por duplicado por los comisionados.

Triste, muy triste fué para la patria el día que debía tener lugar la capitulación. El 29 del mismo mes, el pabellón nacional fué arriado en los baluartes que defendían la plaza y en el fuerte de San Juan de Ulua; las baterías de una y otra, hacían con sus disparos el duelo de tamaña desgracia nacional. La ciudad estaba triste y silenciosa; sus habitantes en las partes mas profundas de sus casas lamentaban el desastre; las calles estaban llenas de escombros y un olor nauseabundo producido por la descomposición de los cadáveres ocultos entre las ruinas, viciaba el aire.

En la llanura de los Cocos, ocho mil hombres del Ejército americano de todas armas, habían formado un gran cuadro en cuyo centro el general en jefe con su Estado mayor y los principales jefes de sus tropas, se agrupaban orgullosamente al derredor del pabellón de las estrellas, que á falta de brisa, dejaba escurrir su lienzo á lo largo del asta, como avergonzado de la hazaña que el ejército americano había ejecutado á su sombra.

La valiente guarnición de la plaza, tambor batiente y banderas desplegadas, salió á las diez de la mañana de los muros del recinto que tan valientemente había defendido, y se dirigía tristemente hácia el cuadro de que hemos hablado en cuyo centro tenía que deponer las banderas y las armas. Llegado á él, las fuerzas americanas tomaron el órden de parada y presentando las armas, hicieron con sus bandas y extrañas músicas los honores correspondientes. Nuestras tropas formaron con prontitud y perfección una columna cerrada, formaron pabellones de armas, apoyando en algunos de sus ases las banderas, luego despejaron los pabellones formando á un lado de sus armas. Todo estaba concluido. Gruesas lágrimas rodaban por las tostadas mejillas de algunos veteranos é iban á esconderse en sus espesos bigotes canos.

El General en jefe enemigo, todos sus tenientes, los jefes y oficiales, y aún sus tropas, respetaban con un solemne silencio, y actitud sumamente digna, aquel grande infortunio.

Repentinamente el solemne silencio fué interrumpido por las ruidosas salvas de la artillería

enemiga; en Ulua, y en diferentes puntos de la plaza, se izaban orgullosamente los pabellones de las estrellas; la primera triste fase de la segunda época de la campaña contra los americanos estaba terminada.

El General Scott, justo é imparcial apreciador del mérito militar, concedió espontáneamente á los jefes y oficiales prisioneros de la guarnición de la plaza, el uso de sus espadas, y aún mandó poner en libertad á todos aquellos que tuvieron la debilidad de protestar por escrito no volver á tomar las armas en contra de las fuerzas de la invasión.

El generoso comportamiento de nuestros enemigos demostraban patentemente que la conducta de las tropas mexicanas había sido digna y propia de soldados patriotas y valientes, pero cosa extraña, fué desaprobada y cruelmente censurada por nuestro gobierno; se decía que la defensa había sido floja y los planes en que se había fundado, torpemente desarrollados; que la guarnición debía haberse dejado sepultar entre los escombros antes que suscribir una capitulación que no dejaba de manchar el honor nacional. El general Santa Ana sobre todo, aquel jefe inepto é incapaz de mandar, que como hemos visto transformó en derrota una victoria segura; este señor general fué el que se desató más cruelmente contra los bravos defensores de Veracruz, llevando su injusticia hasta calificarlos de cobardes. ¿Qué diría más tarde, cuando llegaron á su conocimiento las honrosas apreciaciones del general enemigo, que en el parte oficial que dirigió á su gobierno, y en sus conversaciones particulares, no

había escaseado sus calurosos elogios, al valor y constancia que lastropas mexicanas habían desplegado en la defensa de la plaza? El general Santa Ana con aquella injustificable vanidad que lo caracterizaba; decía públicamente, cuantas veces se le presentaba la ocasión, que pronto enseñaría á los cobardes, cómo se combatía contra los enemigos de la patria, y que en las próximas operaciones militares sabría lavar la mancha de la capitulación de Veracruz; como veremos, lejos de cumplir aquella orgullosa promesa, fué él quien empañó verdaderamente en Cerro Gordo el brillo de las armas nacionales, por su impericia é ignorancia, que imprimieron á las operaciones el más acentuado carácter de increíble torpeza.

Justamente ofendidos los principales jefes de la heroica guarnición de Veracruz, con los propósitos injustos é injuriosos del general Santa Ana, publicaron el 4 de Abril del mismo año en Jalapa, un manifiesto, que decía entre otras cosas lo siguiente:

"Probaremos á toda la nación que el general Santa Ana es injusto en su opinión; que la resistencia que opusimos y dió por resultado la capitulación, es honra nuestra y oprobio de los que nos abandonaron; y que la guarnición prefirió sucumbir con gloria á salvarse sin honor antes de ser atacada."

Además de ese manifiesto, el "Boletín" de Veracruz del 28 de Marzo, consignaba en sus columnas:

"Al perderse esta ciudad y al abandonarla sus hijos, con los escombros de sus derribados edificios van á formar el cimiento de una nueva era,

con una iglesia cristiana, ménos rica pero más nacional, virtuosa y respetable que la que ha negado á sus hijos los auxilios en su mayor agonía; vamos á marcar con los tizones de nuestros almacenes incendiados y con los calcinados huesos de nuestros hijos, la raya negra que será el límite donde cumplirán su destino los hombres de las revoluciones de México, los hombres del robo y de las traiciones: y de entre estas dos marcas regadas con sangre, crecerán robustas la verde oliva de la paz, y la blanca palma de la pureza, del honor y de los principios nacionales."

Y por último, en el manifiesto del general Scott que expidió en Jalapa el 11 de Mayo de 1847, después de su victoria en Cerro Gordo, dice:

"Somos testigos, y como parte afectada no se nos tachará de parciales, cuando hemos lamentado con admiración que el heroico comportamiento de la guarnición de Veracruz en la valiente defensa que hizo, fué infamado por el General que acaba de ser derrotado ó puesto en vergonzosa fuga por un número muy inferior al de las fuerzas que mandaba en Buena Vista; que este General premió á los pronunciados de México siendo promovedores de la guerra civil, y ultrajó á los que singularmente acababan de distinguirse, resistiendo más allá de lo que podía esperarse, con una decisión admirable."

Entre tanto, las tropas procedentes del ejército del Norte, aumentadas con algunos cuerpos de guardia nacional, habian salido de la capital al encuentro del adversario.

El General Santa-Anna que las mandaba, se

adelantó con su Estado mayor á fin de reconocer el terreno para elegir una ventajosa posición. No fué feliz en esto, como no lo había sido en sus anteriores operaciones; fijóse en la de Cerro Gordo, distante algunas leguas de Jalapa; esta posición era cerrada y flanqueable por ambas alas; como el terreno era sumamente accidentado, no eran las líneas de defensa compactas y ligadas entre sí; eran por el contrario, compuestas de diferentes puntos, casi aislados, facilitando de esta manera al enemigo, irlos tomando sucesivamente tan pronto como los atacase puesto que podía verificar cada uno de sus ataques con fuerzas muy superiores.

En vano el General Canalizo, el Teniente Coronel Robles Pezuela y otros jefes, sometieron al criterio del General en Jefe estas observaciones, proponiéndole como mejores posiciones y más adecuadas para adoptar la defensiva, las del Puente Nacional y Corral Falso; aquel jefe se obstinó en su plan y en defenderse en el punto por él escogido, sin poner la menor atención en las justas y buenas razones que en contrario se le daban; aquellos jefes que tras de la obstinación de su General presentían la catástrofe, callaron y obedecieron; ese era su triste deber como subordinados.

Daremos una ligera idea de la posición escogida, á nuestros lectores:

Cerro Gordo está situado sobre el camino de Veracruz, como á siete leguas de Jalapa; se levanta á la izquierda y bastante cerca de dicho camino, que corre casi paralelo al río del Plan; á la derecha de este cerro, se levanta otro de

menor altura llamado el Cerro de la Atalaya; al rededor y á todos rumbos de estos dos cerros hay una serie de colinas todas dominadas por aquellos, así como lo es también una barranca de riberas escarpadas y tupidas de corta vejetación; el terreno con escepción de los cerros que son sumamente estériles es boscosísimo, y perfectamente propio para ocultar columnas y disimular las marchas preliminares de las tropas.

Cuando se practicó el último reconocimiento de la posición y las tropas comenzaron á cubrir los diferentes puntos que la componían, el comandante de la sección de ingenieros se acercó al General en Jefe y con el mayor respeto le manifestó que ya que á pesar de sus operaciones se empeñaba en librar la batalla en aquella posición, al menos para darle algún valor, era preciso fortificar y ocupar sólidamente el cerro de la Atalaya. El general respondió sonriéndose con aquella ironía que le era peculiar, estas palabras textuales:

—Señor oficial, no hay necesidad de semejante fortificación, porque por ese lado *ni los pájaros pueden pasar*..... ¿estamos?

Al ingeniero no le quedó más recurso que callar, deplorando en silencio la ceguedad y obstinación de su jefe.

Tres baterías principales artillaban la posición; las de la derecha y centro batían el camino antiguo y la de la izquierda el real; éstas eran en concepto del ignorante General en Jefe las únicas vías por donde el enemigo podía traer sus ataques, por lo cual descuidó los demás puntos

por donde el enemigo podía flanquear ó voltear la posición.

Las tropas mexicanas que desde el día 13 de Abril ocupaban la posición, sumaban una fuerza total de 9 000 hombres con 40 piezas de artillería. El ejército americano iba á presentar en línea para el compate, 8,500 hombres con su artillería correspondiente.

Desde la misma fecha 14, una división americana se presentó al frente; era el primer escalón del ejército enemigo; el general Santa-Anna que había concentrado todo el suyo, no se aprovecha de la buena ocasión que se le presentaba para batir en detall á sus contrarios; se mantuvo á una defensiva absoluta.

El día 17, ya reunido todo el ejército invasor, su general en Jefe, ordenó un reconocimiento á la vista del enemigo, se trabaron algunos combates que aunque parciales fueron muy reñidos; después de ellos el enemigo se replegó á su grueso principal; el general Santa-Anna, creyó ó fingió creer en una victoria y así lo participó al gobierno quien con repiques á vuelo y solemnes *Te Deum*, celebró el triunfo de las armas nacionales. Mas el contra golpe de la fausta noticia no se hizo esperar.

El día siguiente, 18 de Abril, habiéndose apoderado los americanos de una parte del cerro de la Atalaya, y establecido en ella algunas baterías, rompieron el fuego sobre cerro gordo. Al mismo tiempo gruesas columnas avanzaban por diferentes puntos; pero se conocía desde luego, que su objetivo era el mismo, luego se proponían batir sucesivamente diferentes partes de la línea

mexicana, siguiendo el principio estratégico de caer con el mayor número de tropas sobre el punto decisivo.

Una columna al mando del coronel Harney, se dirigió sobre el cerro del Telégrafo por el frente; otra á cuya cabeza venía el coronel Riley, atacó por la izquierda al mismo punto; una tercera, iniciando un movimiento envolvente sobre la batería del telégrafo, servía al mismo tiempo de apoyo á las otras dos.

Después de un reñidísimo combate, el enemigo se apoderó del punto no sin dejar el suelo sembrado de muertos y heridos; la fuerza mexicana que lo defendía, desmoralizada por la muerte de su jefe el general Don Ciriaco Vazquez, se replegó en el mayor desorden hacia el centro de la posición.

Uno de los ayudantes del general Santa-Anna, que describió esta desgraciada jornada, dice á la letra:

«Enmedio de una columna de humo denso, una multitud de americanos, circundados de la rojiza luz de sus fuegos dirigidos sobre la enorme masa de hombres que se precipitaba por la pendiente, cubriéndola como de una capa blanca, por el color de sus vestidos. Era aquel horrible espectáculo como la erupción violenta de un volcán arrojando lava y ceniza de su seno y derramándolas sobre su superficie. Entre el humo y el fuego, sobre la faja luz que formaban los americanos, alrededor de la cima del telégrafo, flameaba aún nuestro pabellón abandonado. Pero bien pronto, en la misma asta, por la parte opuesta, se elevó el pabellón de las estrellas, y

por un instante flotaron entrambos confundidos, cayendo, por fin, el nuestro, desprendido con violencia entre la algazara y el estruendo de las armas de los vencedores, y los ayes lastimeros y la grito confusa de los vencidos. Eran las diez de la mañana.»

Una vez tomado el Telégrafo las columnas enemigas sin darse un instante de descanso y fuertemente reforzadas por otras nuevas de tropa fresca prosiguieron su ataque vigorosamente, sobre el cerro Gordo que prontamente envolvieron y embistieron con furia; la resistencia en este punto fué casi nula, el desorden se introdujo en los filas mexicanas y la masa rodó por decirlo así enmedio de la mayor confusión por la parte del cerro opuesta al ataque.

En esos terribles momentos llegaba al campo de batalla como refuerzo una Brigada de Infantería procedente de Jalapa; pero en lugar de restablecer el combate y contener siquiera por algunos instantes al empuje del enemigo, dando así tiempo á que se ordenara la retirada, aumentó la confusión, fué desordenada y envuelta por aquella inmensa dispersión; en vano sus valientes jefes y oficiales hacían los mayores esfuerzos por contenerla y hacer frente al enemigo, toda, y sin tener el gusto de disparar un solo tiro, fué envuelta en la derrota.

Nuestra numerosa caballería quedó inactiva durante la acción y se abstuvo de emprender alguna diversión para contener al enemigo y cubrir la retirada; por el contrario, mezclando sus Escuadrones por entre la infantería, cooperó eficazmente á que el desorden llegara á su colmo.

Por fortuna, embriagado el enemigo con su triunfo, descuidó la persecución, que de no haberlo así hubiera completado el desastre.

El general Santa-Anna, en un informe que publicó respondiendo á las acusaciones que de él hizo el general Gamboa, dice:

«En tal estado las cosas no me quedaba más arbitrio que seguir con la parte presente de mi Estado Mayor las huellas de los que me abandonaban, ó caer prisionero, y me decidí por el primer extremo.»

Las tropas, sin su general á la cabeza, pues no se supo que dirección tomó, como no se les persiguieron tenazmente, se fueron rehaciendo y ordenando poco á poco sobre la marcha, debido al cuidado que observaron sus jefes y oficiales; los reclutas que últimamente se habían tomado en la Capital y otros puntos, se dispersaron en todas direcciones; pero los veteranos, aquellos viejos soldados sufridos y valientes que habían hecho la campaña del Norte, y en cuyo brazo izquierdo se ostentaba el escudo de Texas, esos, permanecieron fieles agrupados alrededor de sus banderas. Sus fisonomías tristes y dolorosas, se animaban de vez en cuando con sombrío rubor por las derrotas sufridas, pero también por la esperanza de vengarlas. Habían perdido por completo la fe en su general Santa-Anna, pero esperaban y con razón, que el gobierno de la República lo removiera del mando por su ya tan probada impericia, y les pusiese á la cabeza otro jefe que supiera aprovechar su valor y conducirlos con inteligencia y gloria sobre el campo de batalla.

Aunque mutilados, los diferentes cuerpos que componían el ejército, entraron á Jalapa tambor

batiente y banderas desplegadas; permanecieron en dicha ciudad algunas horas para descansar y alimentarse, prosiguiendo luego su marcha, por el camino de la banderilla y la olla, para formar una nueva línea de defensa en Perote, apoyada por el castillo de este nombre. La mayor parte de los jefes de cuerpo, eran de opinión que se debía disputar palmo á palmo el territorio nacional á los invasores.

Mas no pudo á llevarse á cabo tan patriótica resolución; el general D. Antonio Gaona, comandante del castillo, lo evacuó al saber el resultado de la batalla de Cerro Gordo, bajo el pretexto de que carecía de las municiones necesarias para su defensa, y se dirigió á Puebla con la tropa que tenía á sus órdenes.

El 22 de Abril, una división americana al mando del general Worth, ocupó el castillo, todas sus dependencias y el pueblo de Perote; esta división venía como vanguardia del ejército invasor.

Según el parte oficial detallado de la batalla de Cerro Gordo, que el general Stott dirigió á su gobierno y que publicó en Jalapa, sus pérdidas consistieron en cuatrocientos cincuenta y tantos hombres entre muertos y heridos. Las nuestras nunca han podido ser apreciadas, pero se supone que pasaron de mil, teniendo en cuenta la multitud de dispersos que abandonaron sus banderas y los prisioneros hechos por el enemigo.

Gran sensación causó en México la noticia de nuestro desastre; la opinión pública sumamente justa en censurar amargamente al general Santa-Anna, calificándolo de inepto y hasta de traidor, no lo fué al envolver en su censura al ejército.

¿Qué culpa podrían tener nuestros bravos soldados, que fueron mal conducidos y ocuparon una malísima posición escogida torpemente por su general? Ellos cumplieron con su deber, batiéndose denodadamente como lo justifican plenamente las apreciaciones así oficiales, como particulares del mismo enemigo. No, los soldados mexicanos no han sido en nuestro país, nunca, la causa de nuestros reveses, éstos reconocen por único origen la ignorancia, la impericia y la ineptitud de los jefes que han tenido á su cabeza; la historia nos lo comprueba en cada una de sus páginas.

Peró lo repetimos, el general Santa-Anna fué el objeto de las más terribles acusaciones. Entre otras, en las del escritor Rosa Barcena se lee lo siguiente:

«Santa-Anna se defendió débilmente, negando que se le hubieran expuesto opiniones contrarias á su plan, y echando la culpa del resultado á la carencia de suficientes elementos para resistir; á la mala organización del ejército, compuesto casi en su totalidad de gente colecticia, y finalmente á la impericia de los guardias nacionales. Todo lo que tiene de fundada la penúltima de estas alegaciones falta á la última, pues los últimos guardias nacionales que tomaron parte en la batalla formaban en nuestra ala derecha de la cual fué rechazado el enemigo: la brigada de Arteaga no llegó al campo, sino cuando estaba casi consumada la derrota, y su falta, que consistió en no haberse sobrepuesto al desorden que invadía ya nuestra reserva, fué puramente negativa.»

Nuestro infortunio no sembró el desaliento en el seno del gobierno nacional, por el contrario,

nueva y más viril energía comenzó á desplegarse. Con la mayor actividad se dictaron órdenes apremiantes para la formación de nuevos cuerpos y para la reposición de los existentes; nuestros pobres arsenales se vaciaron para completar el armamento de las tropas y se procedió con febril actividad á la construcción de municiones tanto de infantería como de artillería. El congreso á iniciativa del ejecutivo presentada por el Ministro de la guerra, concedió facultades extraordinarias y de la manera más patriótica se aprestó á allanar al ejecutivo cuantos obstáculos pudiera encontrar, para dar á la defensa nacional la mayor suma de vigor y energía.

El decreto relativo publicado con fecha 20 de Abril de 1847, dice á la letra lo siguiente:

«Ministerio de relaciones Interiores y Exteriores.—El Exmo. Sr. Presidente sustituto se ha servido dirigirme el decreto que sigue:—Pedro María Anaya, Presidente Sustituto de los Estados Unidos Mexicanos á los habitantes de la República, sabed: Que el soberano Congreso constituyente ha decretado lo siguiente:

«El Soberano Congreso Constituyente en uso de los plenos poderes con que el pueblo de la República lo investió para el sagrado objeto de salvar su nacionalidad, y fiel intérprete de la firme voluntad con que sus comitentes están decididos á llevar adelante la guerra que á la Nación hace el gobierno de los Estados Unidos de América, sin desalentarse por ningún género de reveses; y considerando que en estas circunstancias la primera necesidad pública es, la de conservar un centro de unión que dirija la defensa nacional,

con toda la energía que demandan las circunstancias y evitar hasta el peligro de que se levante un poder revolucionario, que, ó disuelva la Unión nacional, ó destruya las instituciones, ó consienta la desmembración del territorio, ha venido en decretar lo que sigue:

"ARTÍCULO 1.º. Queda facultado el gobierno supremo de la Unión para dictar las providencias necesarias á fin de llevar adelante la guerra, defender la nacionalidad de la República, y salvar la forma de gobierno republicano, popular, federal, bajo la cual está constituida la Nación.

"ARTÍCULO 2.º.—El artículo precedente no autoriza al Ejecutivo, para hacer la paz con los Estados Unidos, concluir negociación con las potencias extranjeras, ni enagenar en todo ó en parte el territorio de la República.

"ARTÍCULO 3.º.—Tampoco le faculta para celebrar contratos de colonización, ni conferir otros empleos civiles y militares, que aquellos cuyo nombramiento le está expresamente cometido por la Constitución.

"ARTÍCULO 4.º.—Será nulo y de ningún valor todo arreglo ó tratado que se hiciere entre el gobierno de los Estados Unidos y cualquiera autoridad que subvirtiendo el actual orden de cosas, sustituya los Supremos Poderes de la Unión legalmente establecidos.

"ARTÍCULO 5.º.—Se declara traidor á todo individuo que, bien sea como particular ó como funcionario público, ya privadamente ó con la investidura de cualquiera autoridad incompetente, ó de origen revolucionario, entre en tratos con el gobierno de los Estados Unidos de América.

Art. 6.º Para el caso de que el actual Congreso se vea en la imposibilidad de continuar sus sesiones, se instalará desde luego una comisión permanente, compuesta del más antiguo de los individuos de cada diputación que se hallare presente.

"Art. 7.º Esta comisión, á falta del Congreso, desempeñará las funciones del Consejo de Gobierno, nombrará en caso vacante la persona que haya de desempeñar interinamente, el Poder Ejecutivo de la República, hará computación de votos en la próxima elección de Presidente, dando posesión al nombrado y deberá reunir la representación nacional.

"Art. 8.º Las facultades que confiere al Gobierno el presente decreto, cesarán luego que concluya la guerra. Dado en México, á 20 de Abril de 1847.—*Joaquín Cardoso*, diputado presidente.—*Juán de D. Zapata*, diputado secretario.—*Mariano Talavera*, diputado secretario."

"Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Palacio del Gobierno federal en México, á 20 de Abril de 1847.—*Pedro María Anaya*.—A. D. Manuel Baranda."

Después de permanecer el ejército americano muchos días en Jalapa, en la más completa inacción, como resultado de la de nuestras tropas; decidió por fin su general marchar sobre Puebla donde no había ningún apresto de resistencia. Dicho ejército americano venía considerablemente reducido, porque una división entera compuesta de voluntarios al mando del general Patterson, quedó disuelta con la licencia

que se le dió á toda su fuerza por haber cumplido su tiempo de servicios. Fácil hubiera sido en tales circunstancias, consumir la destrucción completa de los invasores, concentrando para operar sobre ellos á todas las tropas de la República, si hubiera habido entonces en México, un jefe inteligente, atrevido y emprendedor á quien confiar aquella importante operación. Pero nada, el general Santa Ana, siempre el general Santa Ana, era el único que practicaba algunas diversiones ridículas, que no hacían más que agravar el abatimiento moral de nuestros soldados.

«Cuando una parte de la vanguardia enemiga llegó al pueblo de Amozoc, Santa Anna á la cabeza de una fuerza de suficiente efectivo, se dirigió rápidamente sobre ella para batirla; los americanos casi fueron sorprendidos, á pesar de esto, unos cuantos cañonazos obligaron al general mexicano á retirarse, sin disparar un sólo tiro.

El día 15 de Mayo, la vanguardia del ejército americano tomó posesión de la ciudad de Puebla; multitud de gente salió á encontrar á las tropas quizá por simple curiosidad, pero esta ligereza, lastimaba en sumo grado á la dignidad de la nación. Si los pueblos, carecen de los elementos necesarios para ver de frente y con las armas en la mano á los enemigos de la patria, debe al menos precaverse de salir á su encuentro como para festejar su triunfo; los poblanos con raras excepciones, no se portaron bien; las autoridades procuraron impedir manifestaciones semejantes, mas no tenían ni la fuerza ni el prestigio necesario para hacer efectivas sus disposiciones. El clero siempre ruín, indigno y miserable, permitió que se

repicara en todas las iglesias á la entrada de los invasores; su general para corresponder á esta galantería, se apresuró á visitar al obispo, que en el acto le pagó la visita. Desde ese momento las relaciones entre el clero católico de la República y los invasores, fueron constantes y de carácter cordial.

Entre tanto pasaba en México lo siguiente: Conocida ya por todo el mundo la ineptitud del Gral. Santa Anna, el de igual clase Valencia, impulsado por sus numerosos amigos y hasta por grandes grupos de personas extrañas, pretendió del gobierno se le invistiera con el mando del ejército; ofrecía lleno de modestia y patriotismo, combatir al enemigo hasta donde los elementos que pusieran á sus órdenes lo permitieran ó hacer con el enemigo una paz honrosa si veía que la destrucción ó al menos la derrota de aquel se hacía imposible. Ofrecía desde luego impedir con sus tropas la ocupación de Puebla. Las consideraciones que el gobierno dispensaba á Santa Anna, le hicieron vacilar mucho tiempo antes de dar al Gral. Valencia una resolución definitiva; por fin, se puso á sus órdenes una división de 4,000 hombres, pero ya fué cuando el enemigo había ocupado á Puebla, de suerte que no le fué posible impedir ni aun retardar esa ocupación.

El Gral. Santa Anna se había opuesto calurosamente á que se confiriera mando de tropas al Gral. Valencia. Ya veremos más adelante cómo esta triste rivalidad, redundó en perjuicio de la patria y del honor de las armas nacionales.

Por estos días, se produjo grande alarma en la capital; circuló el rumor de que Santa Anna á la

cabeza de sus tropas entraría á la ciudad en donde pretendía defenderse dentro de su recinto. Apresuróse el gobierno á mandar una Comisión cerca de dicho Jefe, para conocer sus verdaderas intenciones. Ya cerca de la capital, se encontró la Comisión con el general, y después de una larga conferencia, suspendió éste su marcha y dirigió al Supremo Gobierno para explicar su conducta la comunicación siguiente:

«Ejército de operaciones de Oriente.—General en Jefe, Excelentísimo Señor:—Desde el momento que llegué á este punto, supe con el más profundo pesar y por conductos fidedignos, que mi aproximación á la capital con el Ejército de Oriente habia difundido entre sus habitantes una grande alarma, causada por la idea de que se pretende defender á esa ciudad dentro de ella misma, como por la agitación de los intereses de partido que poniendo en juego las pasiones políticas, parece que esta vez han hecho causa común con los enemigos del honor y de la independencia de la nación. Alarmado con tales noticias que abandonadas á su curso natural, no solamente me arrebatarían el único bien que me resta en la tierra, el honor, sino que también podrían influir decididamente en daño de la santa causa que defendemos, he creído de mi deber, suspender mi marcha, para dar cuenta al Supremo Gobierno de mi conducta y de mis intenciones, esperando que la lealtad y la franqueza con que se las daré á conocer, evitarán la última y la más horrible de las calamidades que en las actuales circunstancias, podrían afligir á nuestra patria, la desconfianza y división entre los que están llamados á salvarla.

«Cuando yo me puse en marcha para esa ciudad, fué en consecuencia de la resolución adoptada por la Junta de guerra de que di conocimiento á V. E. en mi nota de anteayer, y por la cual se acordó la salvación de la capital, como una medida necesaria y ventajosa aun para las operaciones ulteriores de la guerra, juzgándose que ella podría bastar para un feliz y honroso término. No obstante estas convicciones, habia determinado someter, á mi llegada á la capital, la misma cuestión á una nueva y más numerosa junta, presidida por el general más antiguo del Ejército, proponiéndome acatar la resolución de ella, y aun hacer la resignación de mi poder militar según también lo manifesté en mi precitada nota. Tales eran mis designios, en los cuales protesto solemnemente no entraba ningún pensamiento de engrandecimiento personal ó de ambición, pues la nación ha visto que desde mi regreso á la República he pasado mi vida en la campaña, no acordándome del Poder supremo sino cuando una mayoría de los representantes de la nación me llamó con instancia, para que pusiera un término á la guerra civil, que destruía el corazón de la República.

«Ni esta abnegación tan completa, ni tantos ni tan patentes sacrificios como los emprendidos, han bastado para destruir antiguas prevenciones: la calumnia y la sospecha han venido á añadir nuevo ajenjo en la ya demasiada amarga copa de mi vida. ¿Y en qué circunstancias?..... cuando conducía á la capital para su defensa un cuerpo del Ejército, sacado de entre sus escombros, y cuando no venía á pedir á la Patria otra gracia

que la de morir en defensa de su causa. Aunque esta no esperada ni merecida recompensa debía absolverme de todo compromiso, presentándome la oportunidad de eludir con honor la difícilísima situación en que me encuentro colocado, sin embargo, yo no he de dar ningún paso por el solo impulso de mi voluntad, ni se dirá jamás que el hombre en quien la Nación había librado su salvación, no apuró toda especie de sacrificios, incluso el del amor propio y aún el del bien parecer antes de retirarse del frente del enemigo; y que si tal cosa hizo fué forzado por obstáculos invencibles; en suma, porque fué repudiado por sus mismos compatriotas.

«Concurriendo actualmente en mi persona dos especies de representaciones, ambas supremas, la una militar y la otra política, que respectivamente reclaman el cumplimiento de peculiares deberes, es necesario satisfacer á ambas y lo haré tan neta y cumplidamente como son estrechas las circunstancias en que se me ha colocado. El primero exige que manifieste franca y explícitamente mis convicciones con respecto á las operaciones militares confiadas á mi cargo, y aquellas son que la guerra debe continuarse hasta obtener una cumplida justicia de nuestro injusto agresor, y también que para llegar á este resultado, es necesario salvar la capital á todo trance, ya por ser su defensa una base de las ulteriores operaciones, ya porque temo fundadamente que ocupada aquella sin resistencia, el espíritu público desmaye y acaree la completa sumisión del país.

«Mi deber de primer Magistrado de la Nación,

hoy atrocemente vejado é indignamente sospechado por injustos y artificiosos detractores, exige que remueva el pretexto inventado por la perfidia y por la pusilanimidad, para nulificar los numerosos esfuerzos que están dispuestos á hacerlos buenos ciudadanos para salvar su independencia y su honor. A fin de llegar á este resultado es indispensable hacer conocer al gobierno mi programa, que ya he insinuado en otras ocasiones y que ahora resumo en los dos puntos siguientes: Primero, hacer la guerra bajo la base antes indicada: Segundo, considerar como uno de los medios necesarios el día de hoy la salvación de la capital. Estando resuelto á no transigir sobre ninguno de estos puntos, manifiesto á V. E., para que lo ponga en conocimiento del Exmo. señor Presidente, que si se resolviese en contra, desde luego se tenga por formalizada mi dimisión del mando en Jefe del Ejército y de la primera Magistratura de la República, expidiéndome el correspondiente pasaporte para retirarme á don de me convenga.

«Podrá suceder que sin embargo de que haya absoluta conformidad con mis ideas, se crea que yo mismo soy un obstáculo para llevarlas á su debido efecto. Ya he dicho que las circunstancias serían para mí propicias para salir de la situación comprometida á que he llegado, de una manera fácil y honrosa, con una pronta dimisión; pero tengo una alta idea de mis deberes: sé los compromisos que contraí con la Nación cuando me colocó al frente de ella, confiándome su preciosa defensa; jamás haré traición á esos deberes, y una separación voluntaria de los negocios, me ha-

ce creer implicado en una deserción infamante. Mi patria me tiene á su lado, estoy resuelto á desempeñar la misión á que se me ha llamado hasta su último extremo, y mis más caros intereses y mi propia existencia están colocados en el altar de la libertad é independencia de mi patria. Más como yo deseo escuchar y acatar la sana opinión, quisiera que hablándoseme con lealtad y con franqueza se me manifestara por el Supremo Gobierno si se cree que debo separarme de los cargos que se me han confiado, y no titubearé un momento en dejarlos. Habré así cedido á votos respetables, y no á los cálculos del interés individual ni de facción. Me retiraré tranquilo haciendo el último sacrificio, cual es el de mi propia opinión, y el de satisfacer mis deseos de derramar mi sangre por mi patria, y estar á su lado en los momentos de su aflicción. Los Sres. D. Manuel Baranda, D. Ignacio Trigueros y D. José Fernando Ramírez, que animosamente han venido á visitarme, llevando el encargo de ser mis intérpretes ante el Supremo Gobierno, y les he suplicado que esplayen estas ideas tales como las han escuchado de mi boca.

«Sírvasse V. E. dar cuenta con esta nota al Exmo. señor Presidente, suplicándole que á la mayor brevedad se digne mandar se me conteste, para mis interiores determinaciones.

Dios y Libertad. Cuartel general en Ayotla, á 18 de Mayo de 1847.—*Antonio López de Santa Anna*.—Exmo. señor Ministro de Guerra y Marina.»

VI

EL GENERAL SANTA-ANNA ENTRA Á LA CAPITAL Á LA CABEZA DEL EJÉRCITO DE ORIENTE.—SE RECIBE DEL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA CONSERVANDO SU CARÁCTER DE GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO.—EN UNA JUNTA DE GUERRA SE DECIDE LA DEFENSA DE LA CAPITAL.—PREPARATIVOS PARA LA DEFENSA.—EL EJÉRCITO INVASOR INVADIR EL VALLE DE MÉXICO.—PRÁCTICA ALGUNOS RECONOCIMIENTOS.—FUERZA EFECTIVA DE LOS EJÉRCITOS BELIGERANTES.—BATALLA DE PADIARNA.—COMBATE DE CHURUBUSCO.—EL EJÉRCITO NACIONAL SE REPLEGA Á LA CAPITAL.

Como consecuencia de la comunicación del general Santa-Anna al supremo gobierno, le autoriza éste para que prosiga su marcha hacia la capital á la cabeza de sus tropas, cuya entrada se verificó el 19 de Mayo. En el mismo día se recibió dicho jefe de la primera magistratura de la Nación, y al siguiente prestaron el juramento de ley todos los miembros del gobierno á quienes les correspondía.

La mayor parte de los jefes del ejército sugeridos por el mismo general Santa-Anna, declararon que solo este jefe, podía salvar la situación poniéndose á su cabeza para dirigir las nuevas operaciones. Fué fácilmente aceptada esta determi-

ce creer implicado en una deserción infamante. Mi patria me tiene á su lado, estoy resuelto á desempeñar la misión á que se me ha llamado hasta su último extremo, y mis más caros intereses y mi propia existencia están colocados en el altar de la libertad é independencia de mi patria. Más como yo deseo escuchar y acatar la sana opinión, quisiera que hablándoseme con lealtad y con franqueza se me manifestara por el Supremo Gobierno si se cree que debo separarme de los cargos que se me han confiado, y no titubearé un momento en dejarlos. Habré así cedido á votos respetables, y no á los cálculos del interés individual ni de facción. Me retiraré tranquilo haciendo el último sacrificio, cual es el de mi propia opinión, y el de satisfacer mis deseos de derramar mi sangre por mi patria, y estar á su lado en los momentos de su aflicción. Los Sres. D. Manuel Baranda, D. Ignacio Trigueros y D. José Fernando Ramírez, que animosamente han venido á visitarme, llevando el encargo de ser mis intérpretes ante el Supremo Gobierno, y les he suplicado que esplayen estas ideas tales como las han escuchado de mi boca.

«Sírvasse V. E. dar cuenta con esta nota al Exmo. señor Presidente, suplicándole que á la mayor brevedad se digne mandar se me conteste, para mis interiores determinaciones.

Dios y Libertad. Cuartel general en Ayotla, á 18 de Mayo de 1847.—*Antonio López de Santa Anna*.—Exmo. señor Ministro de Guerra y Marina.»

VI

EL GENERAL SANTA-ANNA ENTRA Á LA CAPITAL Á LA CABEZA DEL EJÉRCITO DE ORIENTE.—SE RECIBE DEL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA CONSERVANDO SU CARÁCTER DE GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO.—EN UNA JUNTA DE GUERRA SE DECIDE LA DEFENSA DE LA CAPITAL.—PREPARATIVOS PARA LA DEFENSA.—EL EJÉRCITO INVASOR INVADIR EL VALLE DE MÉXICO.—PRÁCTICA ALGUNOS RECONOCIMIENTOS.—FUERZA EFECTIVA DE LOS EJÉRCITOS BELIGERANTES.—BATALLA DE PADIARNA.—COMBATE DE CHURUBUSCO.—EL EJÉRCITO NACIONAL SE REPLEGA Á LA CAPITAL.

Como consecuencia de la comunicación del general Santa-Anna al supremo gobierno, le autoriza éste para que prosiga su marcha hacia la capital á la cabeza de sus tropas, cuya entrada se verificó el 19 de Mayo. En el mismo día se recibió dicho jefe de la primera magistratura de la Nación, y al siguiente prestaron el juramento de ley todos los miembros del gobierno á quienes les correspondía.

La mayor parte de los jefes del ejército sugeridos por el mismo general Santa-Anna, declararon que solo este jefe, podía salvar la situación poniéndose á su cabeza para dirigir las nuevas operaciones. Fué fácilmente aceptada esta determi-

nación y el general Presidente, fué reconocido nuevamente con el carácter de comandante en jefe de todas las tropas nacionales.

El pueblo todo de la capital no dormía, por sus venas ardía el más santo patriotismo para defender la causa de la patria y los cuarteles de guardia nacional se veían llenos de hombres, jóvenes y aún niños, que venían á alistarse bajo sus banderas. Muy pronto los cuerpos llegaron á su completo y aun fué preciso crear otros nuevos.

El General Santa-Anna, conmovido con aquel puro patriotismo quiso aumentarlo, si era posible, y dirigió por aquellos días al pueblo una proclama, llena de patriótico ardor, de la cual insertamos el parrafo siguiente:

«¡Mexicanos! la conquista os hizo pertenecer á la raza noble y generosa que se honra con la memoria de Numancia y de Sagunto, y que en tiempos más modernos os presenta ejemplos que imitar en las defensas de Zaragoza y de Gerona; ha llegado la época en que manifestéis que los descendientes de los héroes son también héroes bajo el hermoso cielo del nuevo mundo..... Soldados mexicanos: las esperanzas de la patria se cifran hoy en el entusiasmo con que os preparáis á defender la independencia que es nuestra más gloriosa conquista. La victoria que tantas veces ha coronado vuestras sienes va á ser la recompensa de vuestros afanes, y llega el día en que la historia se apodere de vuestros nombres para inmortalizarlos. Si os espera la muerte de los valientes, vuestros hijos contemplarán en vuestro sepulcro el altar de la patria y el blasón de vuestra nobleza. Si fuéreis mutilados, sobreviviréis á vuestra

gloria, vuestra será la admiración de todos los camaradas en el campo del honor. Después del triunfo, una nación os deberá la existencia, esta nación será vuestra patria y os recompensará con generosidad. El cobarde no pertenece á vuestras filas; arrojad de ellas al que vacile, despojadle de las insignias que son el emblema del patriotismo, de la disciplina y del valor, y maldecidle siempre.»

Sin pérdida de tiempo, se reúne una junta de generales para discutir y ordenar el plan de defensa de la capital de la República; quedando arreglada la organización de dos líneas concéntricas que deben cubrir á la ciudad. La primera ó exterior, quedará formada estableciendo fortificaciones p artillando los puntos siguientes. El Peñón, Santa Anita é Ixtacalco, San Antonio Abad, Churubusco y Coyoacán, Chapultepec y Molino del Rey, las garitas de San Cosme y llanuras de los flancos, y Cerros de la Villa de Guadalupe; la segunda ó interior fortificando las garitas, poniendo en estado de defensa la ciudadela y estableciendo reductos y traversas en algunas de las principales avenidas. Pero el plan general era presentar batallas campales en las posiciones más ventajosas del Valle, apoyándose en la línea exterior de defensa, y en caso de revés, replegarse á la línea interior.

Pronto tendremos el desconsuelo de ver, que la envidia, la rivalidad y en fin las malas pasiones, se opusieron á la realización de este plan, que si no era muy bueno, era por lo menos el único posible ya que se había permitido al invasor penetrar impunemente al Valle de México.

En efecto, el 11 de Agosto, la vanguardia del

ejército americano podía descubrir todas las bellezas de nuestro hermoso valle, y el 12 al medio día todo el grueso de sus tropas formaba en masa, entre los lagos de Chalco y de Texcoco; sus reconocimientos, dirigidos sobre todo, sobre la posición fortificada del Peñón, duraron dos días, después de los cuales y notando el general en jefe enemigo, que por ese lado era muy difícil y peligroso un ataque, hizo mover lentamente á su ejército, dirigiéndose hácia el Sur para las lomas de Padierna donde se proponía establecer su campamento y dedicar desde allí algunas tropas para proseguir sus reconocimientos por aquella nueva dirección.

En aquellos momentos, el total de las fuerzas americanas llegaba á 12,000 hombres de todas armas; con magníficas baterías de cañones á la Paixan y obuses, y algunos para disparar cohetes á la Congrewe. El ejército mexicano fuerte de veinte mil hombres, se componía en la mayor parte de guardias nacionales que iban por primera vez al fuego; el núcleo principal de las tropas permanentes, constituía la división del general Valencia, que como sabemos eran las reliquias del antiguo ejército del Norte.

El ejército americano llegó primeramente á Tlalpam donde tomó cuarteles, y al día siguiente una fuerte columna de las tres armas al mando del general Smith, avanzó en reconocimiento hasta la hacienda de San Antonio, donde trabó con la fuerza mexicana que guarnecía este punto, un corto aunque sangriento combate, cuyo resultado fué rechazar al enemigo que se replegó á su cuartel general.

Otro pequeño reconocimiento á las órdenes del capitán Lee, después famoso general de los confederados, se dirigió por el mal país, por un camino practicable y tomando á poco andar el real de Talpam á Padierna, descubrió cuál era la verdadera ruta que el grueso del ejército americano debía seguir, para envestir la primera línea de defensa por la parte Sur, que en concepto de su General en Jefe era la más á propósito para proceder á las operaciones activas.

Sin embargo, fué preciso que el 19, un fuerte destacamento de zapadores ó peones, apoyados por el competente número de tropas, saliese á allanar los obstáculos, que en dicho camino pudiera encontrar la artillería para la prontitud y facilidad de su marcha. Los trabajos duraron un día y se verificaron sin la menor hostilidad de las tropas mexicanas, que hallándose demasiado cerca debían de haberlos molestado y aún procurar interrumpirlos. Pero la indolencia é impericia de nuestros jefes, no lo juzgó oportuno.

Antes de principiar las operaciones, cuando se creía que el enemigo atacaría por el lado del Peñón, ocupaba el general Valencia con su división la Villa y cerros inmediatos de Guadalupe; mas tan luego como dicho enemigo designó claramente su movimiento hacia la parte Sur de la Capital, se movió con sus fuerzas este Jefe, como para tomar el contacto con el adversario por su frente. Así fué como llegó frente á Padierna cuando los invasores se ocupaban del reconocimiento de que hemos hecho mencion. Inmediatamente ocupó sobre las lomas la posición que le pareció más conveniente pero que estaba muy

lejos de ser una posición siquiera regular, puesto que era flanqueable por ambas alas, carecía de un buen campo de tiro y de maniobras, pues sembrados, manchones de bosques, grandes barrancos y un agrestísimo mal país, hacían casi imposibles los movimientos ofensivos, mientras esas mismas circunstancias favorecían los aproches y ataques del adversario.

Además, en caso de derrota, carecían las tropas de una línea de retirada, porque la retaguardia se apoyaba en grandes cordilleras casi infranqueables, y sobre la izquierda de la línea de batalla, por donde había un áspero sendero que hubiera podido servir de línea de retirada, era donde el mal país era más compacto.

El general Santa Anna, por conocer seguramente los defectos de aquella posición, ó quizá celoso de que Valencia fuera á alcanzar un importante triunfo sin su cooperación, le ordenó repetidas veces evacuarla y replegarse prontamente al grueso del ejército; mas Valencia no quiso prestar obediencia á esa disposición, dando así á sus subordinados un pernicioso ejemplo de indisciplina.

La línea mexicana no era continua, sino que formaba un ángulo casi recto, lo cual debilitaba todavía más la posición, pues al flanquear el enemigo una ala, tomaba de revés la otra.

Frente al centro de la posición se extendía el bosque de San Gerónimo, que ocupado por el centro de nuestra línea de batalla, hubiera dejado libre el camino de retirada, impidiendo que á su abrigo el adversario, hubiera preparado cómodamente el movimiento envolvente que le dió

la victoria. Pero el general Valencia no comprendió ninguna de estas circunstancias, parece que nuestros principales jefes en aquellos aciagos días, tenían una espesa venda ante los ojos, que les impedía verlo bien todo, para dar mejor acierto á sus operaciones.

El día 19, á eso de las dos de la tarde, dejó el adversario ver sus cabezas de columna, por las faldas del cerro de Zacatepec; muy pronto apareció toda su fuerza descendiendo al valle en columnas paralelas, con su artillería en los intervalos y cubierto todo su frente por espesas líneas de tiradores. Al llegar á la parte más baja del valle hicieron alto, desplegando en batalla y aprovechándose de las sinuosidades del terreno, del mal país y de la alta vegetación, se ocultaron á la vista de la línea mexicana. Esto no obstante, nuestras baterías rompieron el fuego, pero al cálculo y sin poder comprobar para corregir los efectos del tiro.

Los americanos sin poner todavía en juego sus piezas de batalla, pues el terreno no les permitía hacerlas entrar en línea, contestaron nuestros fuegos con piezas de montaña y cobetes á la Congreve, con mejor acierto porque veían claramente la configuración y dirección de nuestras líneas.

Después de media hora de vivísimo cañoneo, una buena parte de la infantería enemiga, dividida en pequeñas fracciones, comenzó á pasar sucesivamente por un terreno despejado para ir á ocupar el bosque de San Gerónimo, desde el cual, una vez en fuerza, destacó dos grandes fracciones de tiradores, la primera para ocupar el rancho de Padierna que en el acto puso en es-

tado de defensa y la otra, para establecerse en una magueyera, desde donde comenzó á hacer un fuego que produjo prontamente muertos y heridos. Pero una parte de la infantería mexicana se arrojó sobre ella á la bayoneta, la hizo desocupar la magueyera no sin dejarla sembrada de hombres fuera de combate, y que se replegara al rancho de Padierna. Esta pequeña operación se repitió varias veces, pero en todas ellas fué prontamente rechazado el enemigo y la magueyera quedó definitivamente en poder nuestras tropas.

Nuestras baterías concentraron sus fuegos sobre el rancho de Padierna que en pocos momentos quedó casi destruido, pero no se logró desalojar de él á sus defensores.

La fuerza enemiga que ocupaba el bosque de San Gerónimo, se reforzaba incesantemente, y comenzó á designar un movimiento envolvente sobre nuestra posición; el general Valencia, en lugar de mandar al ataque de dicho bosque una respetable fuerza de infantería, mandó una poca de caballería á las órdenes del general Torrejon, que con el mayor denuedo cargó sobre el grueso del enemigo, mas ni el terreno era propio para poner en juego esta arma, ni su fuerza era suficiente para producir el efecto deseado; fué pues prontamente rechazada nuestra valiente caballería, dejando en el campo multitud de muertos y heridos.

Según los movimientos que el enemigo practicaba, y los preparativos que dejaba conocer, era su intención dar una verdadera batalla esa tarde; mas repentinamente paralizó sus maniobras; tomó ciertas disposiciones defensivas; por

que el general Santa-Anna, se aparecía en aquellos momentos á la cabeza de una fuerte división, por las lomas de Anzaldo. Parte de sus cañones que se pusieron inmediatamente en batería, rompieron el fuego, y aun uno de sus batallones de alta fuerza se dirigió rápidamente sobre el bosque de San Gerónimo; mas sin saberse bien hasta ahora el motivo, ese batallón suspendió repentinamente su marcha y contramarchó á incorporarse á la división de que dependía.

El general Valencia, creyó, á la aparición de la fuerza de Santa-Anna, que era enemigo, y ya dictaba órdenes para resistirla, cuando algunos de su séquito le hicieron entender que eran tropas mexicanas; entonces se tocó diana por todas partes.

Aquel era sin duda el más oportuno momento para aniquilar al enemigo, las divisiones combinadas de Santa Anna y Valencia, tomando resueltamente la ofensiva, hubieran dado un día de gloria á la patria. Los invasores así lo comprendieron, puesto que desde este momento todas sus maniobras y movimientos indicaban claramente que habían pasado á una actitud verdaderamente defensiva; pero nada, nuestros generales, no escuchando más que sus odios personales, sacrificaron á ellos y á la envidia, el honor y los intereses de la patria.

Santa-Anna, permaneció con sus tropas en el campo de batalla, como frío y simple espectador. Valencia prosiguió su defensa sabiendo perfectamente que no había de contar con aquel poderoso auxilio.

Como viera el general mexicano, que los fue-

gos de artillería, no habían sido bastante eficaces para desalojar al enemigo del rancho de Padier-na, destacó sobre él parte del batallón de Celaya, el cual con el mayor denuedo y bizarría, cargó á la bayoneta y ocupó el rancho haciendo huir á los pocos defensores que sobrevivieron; reforzado fuertemente el enemigo, volvió á la carga para recuperar aquel importante punto; más nuestros soldados rechazaron el ataque haciendo gran destrozo en los contrarios. El rancho, pues, quedó en nuestro poder hasta el fin de la jornada.

La noche se acercaba, sin que el enemigo hubiera obtenido ventaja alguna. Negras y densas nubes cubrían el horizonte, que muy pronto se resolvieron en fuertísima lluvia. Las operaciones se paralizaron aunque el fuego de artillería continuó por ambas partes. El general Santa-Anna, se retiró con sus tropas del campo de batalla, rumbo á San Angel, abandonando, no á Valencia á su triste suerte, sino á la patria que más que nunca necesitaba en aquellos solemnes momentos, del concurso y el patriotismo de todos sus hijos.

A pesar de la fuerte lluvia el enemigo aprovechó la noche para terminar su movimiento envolvente. El general Valencia permaneció en la posición con sus tropas, pero en la más completa inacción. En el transcurso de la noche, recibió órdenes del general Santa-Anna para retirarse á San Angel, mas se negó á obedecerlas; estaba escrito que una odiosa rivalidad iba á ocasionarnos un desastre.

El día siguiente 20 de Agosto, amaneció triste y nebuloso, el horizonte se veía cubierto por to-

das partes. Las tropas estaban estenuadas de hambre, de fatiga y de sueño, pues la lluvia no había cesado un solo instante; transidos de frío, los soldados habían permanecido durante toda ella, sentados sobre el lodo; empapados materialmente, procurando preservar sus armas de la agua antes que preservarse á sí mismos, mas su afán había sido inútil, el agua penetrando por las junturas de la cazoleta, había liquidado la pólvora de la ceba, las armas estaban casi inútiles, lo que comprobaban tanto los jefes y oficiales como la tropa llenos de la mayor angustia, porque sentían muy próximo el momento de comenzar de nuevo el combate; en vano se pretendió renovar las cebas, porque siendo las cartucheras de pésima construcción, habían permitido la entrada del agua, los cartuchos estaban mojados y en su mayor parte inservibles.

El aspecto que el campo presentaba era horrible; montones de cadáveres de hombres y caballos por todas partes, grupos de heridos, sucumbiendo la mayor parte, no por la gravedad de sus heridas, sino por la falta absoluta de una asistencia esmerada ó aniquilados por la inanición. Los Jefes y los Oficiales dejaban percibir en sus pálidos semblantes, la inquietud, la falta de confianza en sí mismos y un principio de desmoralización.

El ambiente comenzaba á impregnarse de la pestilencia de los cadáveres cuya descomposición comenzaba.

Las posiciones eran las mismas de la víspera; el inexperto Jefe mexicano, ni previó que el enemigo podía por medio de movimientos nocturnos

voltear y flanquear la posición, ni tomó las precauciones necesarias para presentar al enemigo un nuevo frente de batalla que le fuera totalmente desconocido, para obligarlo á perder el tiempo en nuevos reconocimientos, dando así lugar á que le llegaran del grueso del ejército, socorros tan importantes como necesarios.

Todos, jefes, oficiales y tropas, no separaban la vista de las posiciones que en la tarde anterior ocupaban los americanos; pero otros menos ilusos, aunque pocos, las dirigían ansiosos hacia la retaguardia, como esperando descubrir por ese lado á las columnas enemigas.

Cuando ya el día entraba en plena luz, aparecieron éstas, resueltas y amenazadoras por la retaguardia al mismo tiempo que otra fuerte masa avanzaba por la derecha.

Al toque de enemigo á retaguardia y á la derecha, dado por algunos cornetas mexicanos, se conmovió toda la división y un fuerte pánico corrió por todas las filas; sin embargo, algunos cuerpos dieron media vuelta disponiéndose á recibir el ataque, otros cuyos jefes eran presa del estupor más incalificable permanecían en su puesto presentando la espalda al avance de las columnas enemigas.

El fuego se rompió instantáneamente por ambas partes, pero el de las tropas mexicanas era flojo, débil, uno que otro tiro partía de sus filas, por el malísimo estado de las armas y las municiones, mientras que el del enemigo era incesante y nutridísimo; el campo se cubría rápidamente de muertos y heridos y las tropas del adversario avanzaban sin obstáculo maniobrando de

modo de envolver á los mexicanos por todas partes.

Nuestra artillería, bien que algunos cañones lograron dar frente al ataque, fué impotente; mojados los saquitos y los estopines, la mayor parte de los tiros mintieron y las piezas cayeron prontamente con todo y sus ganados en poder del enemigo; algunos artilleros murieron valientemente al pié de los cañones, prefiriendo una muerte gloriosa á la ignominia de la derrota.

Nuestros soldados, antes de ser envueltos por completo, apelaron á la dispersión y por los puntos que consideraban libres de la presencia del enemigo, se desbandaban en el mayor desorden. Algunos grupos que se veían rodeados sin salida posible, armaban la bayoneta y lanzándose con la mayor bravura sobre los tiradores enemigos, lograban abrirse paso, aunque dejando una buena parte sobre el campo de batalla.

Entre las masas de dispersos, el desorden y la confusión eran extremas; infantes, dragones, unos pié á tierra y otros todavía en sus caballos, artilleros, trenistas sobre las mulas de artillería, todo formaba una masa confusa, que cual avalanche rodaba por las lomas y barrancas de aquel terreno. Para mayor confusión, las mujeres, algunas de ellas llevando en brazos á sus hijos, se mezclaban entre las filas y corriendo desoladas y dando lastimosos lamentos por los deudos que habían dejado tirados en el campo, cooperaban eficazmente á dar á aquel drama todo su horror.

La mayor parte de nuestra infantería cayó prisionera y con excepción de una sola pieza que logró retirarse, cayeron todas en poder del ene-

migo; entre ellas, las que nuestros soldados habían quitado al enemigo en la batalla de la Angostura; al capturarlas y reconocerlas los americanos, prorrumpieron en entusiastas y ruidosos *hurras*, y cubriéndolas con el pabellón de las estrellas, las saludaban con alegres dianas.

El general Valencia y todo su Estado Mayor, atravesando profundas barrancas, y trasponiendo altas montañas, lograron escaparse en dirección de la cordillera de Toluca.

¿Qué hacía entre tanto el general Santa-Anna? Desde el amanecer, había puesto sus tropas sobre las armas y al escuchar los primeros tiros de artillería, las puso en marcha en dirección al campo de batalla; mas á poco andar, mandó hacer alto y él solo, acompañado de sus ayudantes prosiguió la marcha para presenciar friamente la catástrofe, que quizá preveía. Todo lo presencié, vió claramente venir la derrota y sin tomar la más mínima disposición para impedirla, una vez consumada se dirigió al paso de su caballo hacia donde había dejado sus fuerzas para conducir las rumbo á Churubusco.

Las circunstancias del enemigo á pesar de su victoria, no eran ventajosas, diseminadas las fuerzas por diferentes puntos, sin liga estratégica y sin ocupar una verdadera línea de batalla, hubiera sido fácil vencerlas en una nueva batalla dada por las tropas frescas del general Santa-Anna, repitiéndose el glorioso episodio del general francés Desaix en la batalla de Marengo. Pero estaba muy lejos el general Santa-Anna de alcanzar la talla de aquel ilustre guerrero, y por otra parte, el temor lleno de envidia de que

Valencia obtuviese alguna gloria, le habían hecho observar la más criminal inacción. Como hemos dicho, se retiró á Churubusco, con sus tropas, muy aprisa, casi huyendo, pues observó que el enemigo destacaba respetables fuerzas para perseguirlo.

Para completar los detalles de tan triste hecho de armas, insertamos algunos párrafos de «México á través de los Siglos,» relativo al mismo asunto.

«La División del general Smith fué la que, marchando en la oscuridad de la noche por un terreno lodoso y difícil, envolvió por retaguardia el campamento de Valencia, sobre el cual descendió el primero el coronel Riley; el frente le atacó la Brigada del coronel Ramson, conducida por el capitán de ingenieros Lee. El general Salas, segundo de la División del Norte, cayó prisionero al retirarse con Valencia; en el parte que desde Tlalpam dirigía en 23 de Agosto al Ministerio de la Guerra, dice que procuró contener la dispersión de nuestras fuerzas, lográndolo por un momento; que ordenó al general Torrejón diera una carga con su cuerpo, y este jefe lejos de obedecerle, se puso en fuga, y siguiendo su ejemplo la caballería, atropelló á la infantería y acabó de arrollarla, consumando nuestra derrota. Valencia, en su manifiesto fechado en Toluca el 22 de Agosto, dice que en la noche del 17, siendo desesperada su posición y sabiendo lo que al amanecer tenía que aguardar de los contrarios y que esperar de Santa-Anna, no le quedó más recurso, de conformidad con el juicio de sus generales, que recoger, como encarga la Ordenanza para tales lances, lo más digno de su espíritu y

honor; "y así fué que me resolví á acabar defendiéndome, perder el campo por la fuerza, perderlo con honor, y que cargara con la responsabilidad y la ignominia el que friamente fué espectador de los hechos heroicos de la fuerza de mi mando."

Agrega que en la madrugada del 20, previendo que sería atacado por retaguardia, dirigió á tomar una altura dominante seis columnas á las órdenes del General González de Mendoza, que en los momentos en que iba á ser ocupado el picadero, rompió sus fuegos el enemigo, desplegando cuatro columnas que ascendían á 6,000 infantes: "se trabó, continúa, un fuego horroroso á quema ropa en que morían de una y otra parte hombres sin cuento, y al que no pudieron resistir los míos en número tan desproporcionado y sin auxilio alguno; por lo que, matando y muriendo y retirándose, se fueron replegando hasta el centro de mi campo; mas á la vez rompió el fuego el enemigo en todo el rededor, al que ya no fué posible resistir, y sí salvar todo lo que se pudiera de estos preciosos defensores de la Patria, rompiendo la línea enemiga por los mismos puntos de Anzaldo y San Jerónimo, lo que ejecutó el Batallón de Aguascalientes, y por donde después de casi la mayor parte del Ejército, me retiré á la retaguardia de él con mi escolta de que perdí la mitad, y con el 7.º de Caballería, y los Generales Salas, Torrejón, Blanco y Jáuregui, habiendo sido éste herido en la cabeza á tiempo que atravezábamos entre los fuegos de los puntos dichos....." Dice también que pensó haber ido con el resto de sus fuerzas al lado del General Presidente; pero te-

*miendo ser por él insultado y no poderse contener, se dirigió á Cuajimalpa, donde reunió dispersos y se le unieron el Batallón Auxiliar de Guanajuato y el Regimiento de San Luis retirados por la espalda de Padierna con el General Romero. El primero de estos Cuerpos regresó á México, y el segundo siguió hasta Toluca con Valencia, quien desde allí dirigió al Ministerio de la Guerra una breve comunicación el 21, avisando su retirada á dicha ciudad y su resolución de organizar y aumentar fuerzas, y de manifestar, cuando se oyera el eco de la justicia, los motivos que tuvo para no venir á la Capital. El Ministerio le contestó que se presentara al Comandante de Guadalupe para que se le formara causa y fuera vista en Consejo de Guerra. Santa-Anna en su *detall de las operaciones* se expresó así respecto de la pérdida de Padierna: "Inquieto yo por el cuidado que naturalmente me ocasionaba la temeridad del General Valencia cuando hasta los elementos nos eran contrarios, al rallar la aurora dispuse que la infantería abrigada en San Angel emprendiera su marcha. Lo mismo verificó la brigada del General Rangel, que hice venir de la Ciudadela con intención de abrimme paso á toda costa hasta el campo de Padierna. Caminaba á la cabeza de dichas brigadas, cuando oí un corto tiroteo de fusil por mi vanguardia: se apresuró el paso y se me presentaron á la vista grupos de nuestra caballería que venía en retirada y de quienes recibí la fatal nueva que estaba temiendo. Cuando no me cupo duda de la derrota del General Valencia, empecé la contramarcha con la más amarga pena."*

Tal fué la fatal jornada de Padierna, y que dió á conocer aún á los más apasionados partidarios del General Santa-Anna, su ineptitud para el mando, su negra envidia por toda agena gloria, y que á la satisfacción de esta pasión funesta, no tenía embarazo alguno en sacrificar los intereses y el honor de la Patria. Vin embargo, á pesar de que la convicción de estas verdades, había penetrado en el alma de todos los campeones de la Patria en aquella época nefasta, no hubo una sola voz que protestara contra aquel funesto mando, y el General Santa-Anna, seguía á la cabeza del ejército, para consumir su ruina, y dejar en el corazón de nuestra amada Patria, profundas y dolorosas heridas que aún le sangran y tristísimos recuerdos que llenan de rubor sus mejillas. Pero este ha sido el destino de los mexicanos; sucumbir por la incapacidad de sus jefes, á pesar de su abnegación, su acrisolado patriotismo y su incontestable valor.

VII.

LAS TROPAS MEXICANAS SE REPLEGAN Á OCUPAR LA LÍNEA DE DEFENSA EXTERIOR.—LOS AMERICANOS SE LANZAN Á LA PERSECUCIÓN.—DESORDEN DE LA RETIRADA, OCASIONADA POR EL MAL ESTADO DE LOS CAMINOS.—CHURUBUSCO.—TROPAS QUE LO DEFIENDEN.—FUERTE COMBATE DE CHURUBUSCO.—NUEVA VICTORIA DE LAS FUERZAS AMERICANAS.—CONCENTRACIÓN Á LA CAPITAL DEL EJÉRCITO MEXICANO.

Inmediatamente después de la derrota de la división del general Valencia, el general enemigo no pierde su tiempo y lanza sus tropas, divididas en dos fuertes destacamentos á la persecución de las fuerzas mexicanas que el general Santa-Anna mandada personalmente. El primer destacamento tomó por el camino de Talpan y el segundo por el de Coyoacan, cubriendo el espacio que media entre ambas vías, por algunos pequeños destacamentos precedidos de multitud de tiradores. El movimiento que designaban claramente los invasores, era envolvente sobre el punto de Churubusco.

Tal fué la fatal jornada de Padierna, y que dió á conocer aún á los más apasionados partidarios del General Santa-Anna, su ineptitud para el mando, su negra envidia por toda agena gloria, y que á la satisfacción de esta pasión funesta, no tenía embarazo alguno en sacrificar los intereses y el honor de la Patria. Vin embargo, á pesar de que la convicción de estas verdades, había penetrado en el alma de todos los campeones de la Patria en aquella época nefasta, no hubo una sola voz que protestara contra aquel funesto mando, y el General Santa-Anna, seguía á la cabeza del ejército, para consumir su ruina, y dejar en el corazón de nuestra amada Patria, profundas y dolorosas heridas que aún le sangran y tristísimos recuerdos que llenan de rubor sus mejillas. Pero este ha sido el destino de los mexicanos; sucumbir por la incapacidad de sus jefes, á pesar de su abnegación, su acrisolado patriotismo y su incontestable valor.

VII.

LAS TROPAS MEXICANAS SE REPLEGAN Á OCUPAR LA LÍNEA DE DEFENSA EXTERIOR.—LOS AMERICANOS SE LANZAN Á LA PERSECUCIÓN.—DESORDEN DE LA RETIRADA, OCASIONADA POR EL MAL ESTADO DE LOS CAMINOS.—CHURUBUSCO.—TROPAS QUE LO DEFIENDEN.—FUERTE COMBATE DE CHURUBUSCO.—NUEVA VICTORIA DE LAS FUERZAS AMERICANAS.—CONCENTRACIÓN Á LA CAPITAL DEL EJÉRCITO MEXICANO.

Inmediatamente después de la derrota de la división del general Valencia, el general enemigo no pierde su tiempo y lanza sus tropas, divididas en dos fuertes destacamentos á la persecución de las fuerzas mexicanas que el general Santa-Anna mandada personalmente. El primer destacamento tomó por el camino de Talpan y el segundo por el de Coyoacan, cubriendo el espacio que media entre ambas vías, por algunos pequeños destacamentos precedidos de multitud de tiradores. El movimiento que designaban claramente los invasores, era envolvente sobre el punto de Churubusco.

Las tropas mexicanas se retiraban con el mayor orden, pero al fin, y á consecuencia del pésimo estado en que la lluvia del día anterior había dejado al camino, la marcha se hizo lenta, y multitud de carros que á cada instante se atascaban, hicieron romper las filas dejando penetrar en ellas cierto desorden. Esta lentitud, dió tiempo á la caballería enemiga de alcanzar nuestra retaguardia y comenzar á tirotearla vivamente. No obstante esto, la marcha se regularizaba á medida que los obstáculos se iban franqueando, y cuando el fuego de la caballería enemiga se hacía molesto; la nuestra que cubría la retaguardia, cargaba denodadamente, haciendo huir á los contrarios; mas á poco que dicha caballería tomaba su puesto en la columna, acercándose nuevamente la enemiga, rompía el fuego.

Por fin, y en medio de estas peripecias, ambos beligerantes llegaron á inmediaciones de Churubusco. Los americanos hicieron alto para reconocer, establecer su artillería y preparar su ataque; los mexicanos desplegaron con el frente á retaguardia, ocupando la margen izquierda del pequeño río de Churubusco, apoyando su izquierda en el puente sobre el camino real y extendiéndose en dirección al Poniente. La línea de batalla estaba formada por los cuerpos permanentes, el puente ocupado por las compañías de San Patricio y en Churubusco, que quedaba al frente de la derecha y como á quinientos metros, la guarnición era compuesta de guardias nacionales. El Convento de Churubusco, es un edificio ya medio arruinado al presente, pero en la triste época á que nos referimos, era susceptible de po-

nerse en fuerte estado de defensa. Así procuraron los ingenieros mexicanos hacerlo; coronaron todas las alturas del edificio con sacos á tierra; aspilleraron algunas paredes en puntos dominantes y encerraron el convento en un fuerte bastionado; desgraciadamente el tiempo les faltó y la fortificación no quedó terminada; sin embargo, los baluartes del frente fueron armados y los parapetos casi en todo el perímetro cubrían bien á los defensores. Casi todo el frente de combate del fuerte y á ménos de tiro de fusil estaba sembrado de maíz, y las altas y tupidas cañas, podían, como en efecto se verificó, ocultar los movimientos preliminares del enemigo para dar el asalto. Es increíble que á ningún ingeniero ni á ningún jefe, le haya ocurrido mandar cortar hasta su raíz aquellas milpas, para proporcionar á nuestros fuegos un buen campo de tiro en terreno despejado.

La pequeña guarnición de Churubusco, estaba mandada por el general D. Manuel Rincón y se componía de los batallones de guardia nacional del Distrito, *Independencia y Bravos*; pues aunque de ella dependían las compañías de San Patricio y parte del batallón de Tlapa, se hallaban estas tropas ocupando el puente, en el ala izquierda de la línea. Disponía además el fuerte para su defensa de algunos cañones, aunque sus municiones eran escasas.

Terminados los preliminares, las columnas americanas, aprovechándose de todas las sinuosidades del terreno y de las espesas milpas para ocultar en lo posible su movimiento, se lanzaron al asalto, precedidos de una nube de tiradores

que al llegar al lindero de las milpas pusieron rodilla en tierra y abrieron un vivísimo fuego. Los bravos defensores de Churubusco, vitorearon llenos de entusiasmo á México y contestaron el fuego del enemigo con no menos vigor. El espacio se cubrió prontamente de espesas nubes de humo y el edificio, envuelto entre el polvo producido por los proyectiles enemigos apenas dejaba descubrir su torre y sus principales contornos.

Las columnas americanas entraron en línea, desplegaron prontamente en batalla y el fuego aumentó su viveza fuertemente. Después de algunos minutos, los pabellones de las estrellas que apenas se distinguían entre la humareda, comenzaron á agitarse; ruidosos hurras resonaron en toda la línea, y todo el enemigo en una masa confusa y desordenada, se echó sobre la posición, llegando prontamente hasta la contraescarpa de las obras. Los bravos oficiales mexicanos con la espada en la mano subieron sobre los parapetos, gran número de soldados siguieron su ejemplo, y un vivísimo fuego á quema ropa, dejó prontamente el glácis de las obras, lleno de cadáveres del adversario. No pudiendo vencer éste tan heroica resistencia; retrocedió á su primera posición para reforzarse. El primer ataque había sido rechazado. Las alegres dianas de los mexicanos y sus atronadores vivas llenaban el aire.

Pero, ¡oh fatalidad! esta primer ventaja había casi consumido las municiones, sobre todo las de artillería, algunos cañones se habían desfogonado quedando inútiles para continuar la lucha; y las municiones de reserva que llegaban para dotar de

nuevo á aquellos valientes, eran de calibre superior al de sus armas.

Los americanos entre tanto, llamando á sus fuertes reservas, se reforzaban considerablemente; redoblaron su fuego y se veía claramente que se disponían á dar un segundo asalto.

¿Qué hacían en estos momentos las tropas del General Santa-Anna? Pedían á gritos marchar en auxilio de sus hermanos, mas su general ordenó el silencio en las filas bajo las más severas penas.

Los americanos se lanzaron por segunda vez al asalto; fueron de nuevo rechazados; en algunos puntos, consumiéndose los únicos cartuchos que quedaban; en otros, simplemente á la bayoneta. Los invasores notaron estas desventajas por lo flojo de nuestros fuegos, y ya más confiados, y de nuevo reforzados; se lanzaron por tercera vez al asalto; en vano nuestros valientes defendieron heroicamente á la bayoneta el puesto que se les había confiado, la superioridad numérica del adversario prevaleció y la posición fué tomada en medio de los aullidos y feroces hurras del enemigo.

Trascribiremos en seguida una parte de la comunicación oficial que el General Rincón dirigió al gobierno, para darle los detalles de la jornada. Dice á la letra como sigue:

«En este estado, dice Rincón, fuimos vigorosamente atacados por dos divisiones enemigas con la fuerza de más de seis mil hombres y algunas piezas de artillería, mandadas por los generales Worth, Smith y Twiggs. El Sr. General Anaya desde la esplanada del rediente de la izquierda observó que el enemigo cargaba con una columna

sobre aquel punto, y con sus disposiciones logró rechazarlo, aunque tuvimos la desgracia de que se incendiaron algunos cartuchos de cañón, quemándose el mismo Señor Anaya, un capitán inglés adicto, y tres artilleros, quedándose éstos imposibilitados de continuar en la batería. El enemigo redobló sus esfuerzos para ocupar el punto, pero encontró siempre un valor y resistencia admirables siendo rechazado cuantas veces cargó, por lo que dirigió sus fuegos por el frente y derecha. Por más de tres horas el fuego fué vivísimo, por cuya causa el armamento padeció mucho, inutilizándose la mayor parte, especialmente el del Batallón *Independencia*. Los cartuchos de 15 adarmes, calibre de nuestros fusiles, se consumieron todos; no había más piedras de chispa que las puestas, pues las de reserva se habían consumido, y no quedaban más que unos cuantos cajones con cartuchos de diez y nueve adarmes, que eran inútiles. Dos piezas de artillería se desfogaron, una se desmontó, y para el resto solo quedaron pocos tiros, pues el parque se había consumido, y cuantas personas se mandaban en busca de él, ó no volvían ó avisaban que esperásemos, aunque no llegó. Con una baja de ciento treinta y seis muertos, y noventa y nueve heridos, entre quienes se contaban casi todos los artilleros, y con la falta absoluta de municiones, disminuyó primero y cesó al fin el fuego del convento; alguna nueva carga del enemigo fué todavía rechazada á la bayoneta; pero al fin fué preciso replegarse al interior del edificio, como lo hizo con orden y serenidad la tropa, firmes los Jefes y Oficiales en sus puestos, y resueltos todos á sufrir la suerte

que les tocara antes que entrar en capitulación alguna. El enemigo, agrega el General Rincón, llegó al momento, siendo el primero con su fuerza el Capitán del 3.º de línea de la 1.ª Brigada de la 2.ª División, J. S. Smith, quien contuvo el fuego de su tropa y mandó fijar un pañuelo blanco en el parapeto, cuyo hecho refiero en honor de tan bizarro Oficial. Las demás fuerzas enemigas llegaron simultáneamente con el General Twiggs y varios jefes, distinguiéndonos todos con la mayor consideración, sin exigirnos el empeño de nuestra palabra, sin despojarnos de nuestras espadas y propiedades, y mandando que fuésemos respetados por todos los americanos, como en efecto se ha verificado hasta hoy; y si atendemos al modo con que nos hicieron prisioneros, es necesario hacerles justicia, diciendo que son generosos, pues hasta sus soldados respetan á los defensores de Churubusco."

Las fuerzas mexicanas, como se vé por el parte anterior, se batieron bizarramente aunque de guardia nacional, careciendo por consiguiente de disciplina, instrucción y aquel espíritu de cuerpo que infunde en la tropa la unión y energía propias para el buen éxito en toda clase de combates. Muchos jefes, oficiales y la tercera parte de la tropa, se cubrieron de gloria muriendo bravamente en defensa de la patria.

La jornada de Churubusco, aunque perdida la batalla, figurará siempre en nuestros anales de aquella época luctuosa, como una página de gloria.

El ejército americano, aunque victorioso, no se atrevió aquel día á proseguir su ataque sobre nuestra línea principal de batalla; aprovechando

lo cual el general Santa-Anna, se apresuró á dictar sus órdenes, á fin de que el ejército, poniéndose nuevamente en retirada, verificara su concentración á la capital, ocupando la segunda línea fortificada, que se apoyaba en fuertes de campaña establecidos en las garitas.

El general Santa-Anna, desperdió ese día otra brillante probabilidad de cubrir con los laureles de una victoria las banderas de la República. Si en los momentos del combate inmediato sobre Churubusco hubiera dividido la línea principal de batalla en varias columnas de ataque, lanzándolas sobre los flancos de las tropas invasoras, hubiera indudablemente paralizado el impulso de éstas, obligándolas á la retirada y derrotándolas quizá. Pero todas las tropas que constituían dicha línea, permanecieron como en Padierna, siguiendo las órdenes de su general, frías expectadoras del desastre.

Todo cooperó en aquella jornada á nuestra derrota. Las armas de los heroicos guardias nacionales, estaban en su mayor parte descompuestas, de suerte que al poco tiempo de haber roto el fuego se inutilizaron; las buenas, carecían de piedras de chispa de reserva, y por último, como todas eran de diez y seis adarnes, consumidas las municiones de las cartucheras, se les proveyó del parque de reserva cuyos cartuchos de 19 adarnes hicieron imposible continuar el fuego. En vano se rechazaron algunos ataques á la bayoneta; reforzándose el enemigo incesantemente, llegó á adquirir tal superioridad numérica, que ya no fué posible la resistencia. Mas este triunfo costó muy caro á los invasores, que dejaron más de quinien-

tos muertos y cerca de 1,000 heridos sobre el campo de batalla.

Al observar el enemigo el movimiento de retirada de nuestro ejército, se lanzó de nuevo á la persecución, mas esta fué floja y permitió á nuestras fuerzas ocupar cómodamente los puestos fortificados de la garita de San Antonio Abad, desde donde con la mayor prontitud y facilidad, rechazaron al enemigo haciéndolo retroceder hasta perderse de vista, y prescindir, al menos por ese día, de nuevos ataques.

Las desgraciadas jornadas de Padierna y Churubusco, así como la violenta concentración de las fuerzas mexicanas á la capital, lejos de desalentar á nuestro indómito pueblo, produjeron en su ánimo la más febril exaltación de cólera y deseos de venganza, mezclándose á este sentimiento el patriotismo más ferviente. La indignación se veía retratada en todos los semblantes; la multitud corría á los cuarteles y puestos guarnecidos para ofrecerse voluntariamente, dispuestos á derramar su sangre hasta la última gota en defensa de su patria; mas por desgracia se carecía de armas, y buscándolas por todas partes, comprándolas á exagerados precios, apenas pudieron conseguirse algunos centenares que sirvieron para armar otros tantos ciudadanos y reemplazar algo de la tropa perdida en los recientes combates.

En el ejército sucedía lo contrario; los semblantes de nuestros veteranos denunciaban la más amarga tristeza y el más profundo desaliento; y tenían razón porque habían perdido uno de los más importantes elementos de moral, que era la confianza en sus jefes; ¿de qué les servía haberse

batido como leones y regado con sangre preciosa el campo de batalla, si la ineptitud, las vacilaciones injustificables y hasta la envidia, habían hecho estériles sus heroicos esfuerzos? Estas consideraciones que sin duda ocupaban la mente de todos, los hacían tristes, taciturnos y hasta de aspecto siniestro. En los puestos avanzados se observaba que el servicio se hacía flojamente y de mala voluntad. En los campamentos de las reservas no se notaba aquella animación y actividad que generalmente caracteriza las grandes reuniones de soldados; por el contrario, un lúgubre silencio, una inmovilidad casi absoluta, daban á los campos militares el aspecto de un cementerio. Los soldados, formados en silenciosos grupos, calmaban su hambre mascando una durísima y enmohecida galleta: los oficiales frios y taciturnos se paseaban lentamente al rededor de los pabellones de armas; los jefes si formaban grupos, en los que en voz baja se entregaban á acaloradas discusiones, se permitían sin duda, criticar las últimas operaciones y poner en duda la aptitud de su general para llevarlos al combate.

Así pasaron las tropas tristemente el día 21; esperando un nuevo ataque y presintiendo una nueva derrota, pero los más valientes, resueltos á quedar sobre el campo de batalla antes que abandonar las banderas de la patria.

Tan luego como el general Santa-Anna penetró á la capital, convocó una junta de Ministros, ante la cual expuso las malas circunstancias del ejército y la necesidad que en su concepto había de darse algunos días, así para el descanso de las fatigadas tropas, como para restablecer la moral

perdida y proceder á la reorganización de las tres armas que se hallaban en cierto desórden; en consecuencia era preciso nombrar una comisión que se acercara al general en jefe enemigo para estipular un armisticio. La Junta aprobó por unanimidad el proyecto y el general Santa-Anna nombró en comisión para ponerlo en práctica al cónsul inglés Sr. Makinstosh y al Sr. Rafael Beza.

El general Scott recibió cortesmente á dichos señores, y enterado del asunto que á su cuartel general los conducía, estuvo perfectamente de acuerdo y á su vez nombró jefes para que reuniéndose á los comisionados de México, se procediera á arreglar las bases del convenio.

En su parte general el comandante del ejército invasor se expresa en los siguientes términos:

"En la mañana del 21, estando á punto de asaltar posiciones que me autorizaran á intimar rendición á la ciudad, ó á firmar un armisticio con el compromiso de entrar desde luego en negociaciones de paz, llegó una comisión á proponerme una tregua. Rechazando sus términos, despaché mi adjunta comunicación al presidente Santa-Anna omitiendo la intimación. El 22, nombramos comisionados los jefes de ambos ejércitos; el armisticio se firmó el 23 y las ratificaciones se canjearon el 24. Todos los puntos en cuestión han sido afortunadamente traídos ante sus plenipotenciarios, quienes han celebrado ya algunas conferencias, según entiendo, con esperanzas de firmar un tratado de paz."

El mismo general Scott dirigió al comandante

en jefe del ejército mexicano, una comunicación con fecha 21, que á la letra dice como sigue:

"Demasiada sangre se ha vertido ya en esta guerra desnaturalizada, entre las dos grandes repúblicas de este continente. Es tiempo de que las diferencias entre ellas sean amigable y honrosamente arregladas, y sabe V. E. que un comisionado por parte de los Estados Unidos, investido con plenos poderes para este fin, está con este ejército. Para facilitar que las dos repúblicas entren en negociaciones, deseo firmar en términos razonables un corto armisticio. Quedo con impaciencia esperando hasta mañana por la mañana una respuesta directa á esta comunicación; pero entre tanto tomaré y ocuparé afuera de la capital las posiciones que juzgue necesarias al abrigo y comodidad de este ejército."

Sin duda los primeros comisionados que hemos mencionado antes, no pudieron desempeñar satisfactoriamente su comisión, puesto que el gobierno mexicano nombró otros nuevos, que en concurso con los nombrados por el general americano se reunieron en Tacubaya el día 22, para celebrar un armisticio que debía durar, mientras que los representantes de ambos gobiernos, se ocuparan de las negociaciones de la paz, ó hasta que uno de los generales en jefe, de los ejércitos beligerantes diera aviso al otro de la cesación del armisticio, con cuarenta y ocho horas de anticipación.

He aquí las bases del convenio para el armisticio:

"Los infrascritos nombrados respectivamente, los dos primeros por el Exmo. Señor Presidente

de la República Mexicana, General en Jefe de su Ejército, D. Antonio Lopez de Santa-Anna, y los tres seguidos nombrados por S. E. el Mayor General de los Estados Unidos de América, y en Jefe de sus Ejércitos Winfield Scott, reunidos en Tacubaya el día 22 de Agosto de 1847 después de haberse mostrado sus plenos poderes para celebrar un armisticio entre ambos ejércitos, con el objeto de dar lugar al Gobierno Mexicano para tomar en consideración las proposiciones que tiene que hacerle el comisionado por parte del Exmo. Señor Presidente de los Estados Unidos de América, han convenido en los artículos siguientes:

"1º Cesarán al instante y en lo absoluto las hostilidades entre los ejércitos de los Estados Unidos Mexicanos y los de los Estados Unidos de Norte América en la comprensión de treinta leguas de la capital de los primeros, para dar tiempo á que traten los comisionados nombrados por la República de los Estados Unidos, y los que se nombren por parte de la de México.

"2º Continuará este armisticio todo el tiempo que los comisionados de ambos Gobiernos estén ocupados en las negociaciones ó hasta que el jefe de alguno de los dos Ejércitos avise formalmente al otro de la cesación de aquel y con cuarenta y ocho horas de anticipación al rompimiento.

"3º En el entre tanto del armisticio, ninguno de los dos Ejércitos comenzará en el Distrito expresado de treinta leguas de la ciudad de México, ninguna fortificación ni obra militar de ofensa ó defensa, ni hará nada para agrandar ó reforzar

las obras ó fortificaciones existentes dentro de los expresados límites.

"4º Ninguno de los Ejércitos será reforzado. Cualquier refuerzo de tropas ó municiones de guerra, exceptuándose los víveres que estén ahora en camino para alguno de los dos Ejércitos, será detenido á la distancia de veintiocho leguas de la ciudad de México.

"5º Ninguno de los dos Ejércitos ó destacamento de ellos podrán avanzar de la línea que actualmente ocupan.

"6º Ninguno de los Ejércitos ó destacamento, ó individuo que tenga carácter militar, pasará los límites neutrales establecidos por el artículo anterior, exceptuándose á los que lleven la correspondencia entre ambos Ejércitos que por casualidad se extravíen dentro de los límites neutrales se les avisará bondadosamente por la parte contraria, ó se les devolverá á su ejército con bandera de parlamento.

"7º El Ejército americano no impedirá con violencia el paso del campo á la ciudad de México para los abastos ordinarios de alimentos necesarios para el consumo de sus habitantes ó del Ejército mexicano que se halla dentro de la ciudad, ni las autoridades mexicanas civiles ó militares harán nada que obstruya el paso de víveres de la ciudad ó del campo, que necesite el general americano.

"8º Todos los prisioneros de guerra americanos que se encuentren en poder del Ejército mexicano, y que no se hayan canjeado hasta la fecha, se canjearán lo más pronto posible, uno por uno, considerando las clases de los prisioneros de

guerra mexicanos hechos por el Ejército americano.

"9º A todos los ciudadanos americanos que estaban establecidos en la ciudad de México antes de la guerra actual, y que después han sido desterrados de dicha ciudad, se les permitirá que vuelvan á sus respectivos negocios ó familias en dicha ciudad, sin dilación y sin causarles molestia.

"10. Para facilitar mejor á los Ejércitos beligerantes la ejecución de estos artículos, y para favorecer el grande objeto de la paz, se conviene además que cualquiera correo que alguno de los ejércitos quiera enviar por la línea de la ciudad de México ó de sus cercanías á Veracruz, ó de ésta á aquella, recibirá un pasaporte firmado por el Jefe de su Ejército y con el salvo conducto del Jefe contrario, cuyo pasaporte protegerá á dicho correo y sus pliegos, de cualquiera interrupción ó pérdida por parte de las tropas americanas ó mexicanas por dicha línea.

"11. En los pueblos ocupados por las fuerzas americanas, no se embarazará de modo alguno, respecto de las mexicanas, el ejercicio de la justicia, en los términos señalados por las leyes, por la Constitución general ó particular de los Estados á que pertenezcan.

12. En las poblaciones ó lugares ocupados por el Ejército ó fuerzas de los Estados Unidos dentro del límite señalado, serán respetadas las propiedades, y todos los individuos mexicanos no serán embargados de manera alguna en el ejercicio de su profesión, no se les obligará á ejecutar servicio de ninguna clase, si nó lo quieren prestar

voluntariamente, y para ello, pagándolo por su justo precio: el tráfico no se alterará de ningún modo.

"13. Los prisioneros que estuviesen heridos no se les embarazará de manera alguna el que cuando quieran puedan trasladarse para su curación al lugar que les sea más cómodo, permaneciendo en su calidad de prisioneros.

"14. Los oficiales de salud perteneciente al Ejército mexicano, podrán asistirlos si así les conviniere.

"15. Para el exacto cumplimiento de este convenio, se nombrarán dos comisionados, uno por cada parte, y en caso de discordia, elegirán ellos mismos un tercero.

"16. Este convenio no tendrá fuerza hasta que no sea aprobado respectivamente por los Exmos. Señores generales en Jefe de cada uno de los Ejércitos, en el término de veinticuatro horas, contadas desde las seis de la mañana del 23.—*Ignacio de Mora y Villamil.*—*Benito Quijano.*—*J. A. Quitman*, Mayor general del Ejército de los Estados Unidos.—*Parsifor J. Smith*, Brigadier general de los Estados Unidos.

VIII.

MAL EFECTO CAUSADO POR EL ARMISTICIO.—PENETRAN Á LA CAPITAL CIENTO CARROS DEL ENEMIGO EN BUSCA DE VÍVERES.—TUMULTO EN LA CAPITAL.—SE NOMBRAN POR AMBAS PARTES COMISIONES PARA ARREGLAR LA PAZ.—NO PUEDE LA COMISIÓN MEXICANA ACEPTAR LAS PROPOSICIONES DE LOS COMISIONADOS AMERICANOS.—SE ROMPEN LAS HOSTILIDADES.—BATALLAS DE MOLINO DEL REY Y CHAPULTEPEC, DE 8 Y 13 DE SEPTIEMBRE DE 1847.

Tan luego como se supo en la capital que un armisticio se había celebrado, la efervescencia creció de punto; el pueblo en lo general, deseaba continuar la guerra sin descanso contra el invasor, hasta arrojarlo fuera del territorio ó sucumbir con honra; pero al fin hubo de calmarse por las observaciones que las personas más sensatas y entendidas le hacían á cada momento; el armisticio, le decían, es un respiro que debemos aprovechar para la reorganización y aumento del ejército, la compostura del armamento y la construcción de municiones. Terminado lo cual ya podríamos proseguir la guerra, con algunas probabilidades de buen éxito.

voluntariamente, y para ello, pagándolo por su justo precio: el tráfico no se alterará de ningún modo.

"13. Los prisioneros que estuviesen heridos no se les embarazará de manera alguna el que cuando quieran puedan trasladarse para su curación al lugar que les sea más cómodo, permaneciendo en su calidad de prisioneros.

"14. Los oficiales de salud perteneciente al Ejército mexicano, podrán asistirlos si así les conviniere.

"15. Para el exacto cumplimiento de este convenio, se nombrarán dos comisionados, uno por cada parte, y en caso de discordia, elegirán ellos mismos un tercero.

"16. Este convenio no tendrá fuerza hasta que no sea aprobado respectivamente por los Exmos. Señores generales en Jefe de cada uno de los Ejércitos, en el término de veinticuatro horas, contadas desde las seis de la mañana del 23.—*Ignacio de Mora y Villamil.*—*Benito Quijano.*—*J. A. Quitman*, Mayor general del Ejército de los Estados Unidos.—*Parsifor J. Smith*, Brigadier general de los Estados Unidos.

VIII.

MAL EFECTO CAUSADO POR EL ARMISTICIO.—PENETRAN Á LA CAPITAL CIENTO CARROS DEL ENEMIGO EN BUSCA DE VÍVERES.—TUMULTO EN LA CAPITAL.—SE NOMBRAN POR AMBAS PARTES COMISIONES PARA ARREGLAR LA PAZ.—NO PUEDE LA COMISIÓN MEXICANA ACEPTAR LAS PROPOSICIONES DE LOS COMISIONADOS AMERICANOS.—SE ROMPEN LAS HOSTILIDADES.—BATALLAS DE MOLINO DEL REY Y CHAPULTEPEC, DE 8 Y 13 DE SEPTIEMBRE DE 1847.

Tan luego como se supo en la capital que un armisticio se había celebrado, la efervescencia creció de punto; el pueblo en lo general, deseaba continuar la guerra sin descanso contra el invasor, hasta arrojarlo fuera del territorio ó sucumbir con honra; pero al fin hubo de calmarse por las observaciones que las personas más sensatas y entendidas le hacían á cada momento; el armisticio, le decían, es un respiro que debemos aprovechar para la reorganización y aumento del ejército, la compostura del armamento y la construcción de municiones. Terminado lo cual ya podríamos proseguir la guerra, con algunas probabilidades de buen éxito.

Creiendo el enemigo falsamente, ó al menos aparentando creerlo, que el armisticio le autorizaba para proveerse de víveres dentro de la misma capital, el 27 de Agosto mandó cien carros escoltados por algunos escuadrones de dragones, al centro de la capital; la excitación que esto produjo en el pueblo fué indescriptible; comenzando por mueras á los invasores y al general Santa-Anna que consideraban como traidor, acabaron por hacer caer sobre los carros y caballería que los escoltaba, una lluvia de piedras que no dejó de herir y lastimar á gran número de hombres. En vano el gobierno mexicano, que al parecer creía también que el enemigo tenía derecho de sacar víveres de la capital según el armisticio, echó más de dos mil hombres de tropas sobre el pueblo para contenerlo; esa fuerza no fué bastante ni pudo restablecer el orden. No quedó más arbitrio al destacamento de Proveduría enemiga, que huir apresuradamente y en desorden, sin haber logrado sacar absolutamente nada.

Este incidente no dejó de producir grande irritación en el general en Jefe enemigo, que estuvo á punto de mandar abrir las hostilidades el mismo día; mas al fin se calmó viendo que el gobierno mexicano se apresuró á mandar los víveres que necesitaba, á los diferentes campamentos que sus tropas habían establecido.

Tratóse entónces para el arreglo definitivo de la paz, de nombrar comisiones por ambas partes, para llegar á tan importantes resultados. Las comisiones nombradas abrieron sus trabajos el día 28, reuniéndose para ello en el pueblo de Atzacapotzalco.

Las sesiones ó conferencias tuvieron lugar los días 28 de Agosto y los 1º, 2, 3, 4 y 5 de Septiembre, mas no produjeron resultado alguno favorable á la paz, dadas las exageradas é injustas exigencias del gobierno de la Union, presentadas á la Junta, por conducto de su representante Mr. Trist.

Las conferencias se rompieron y el gobierno mexicano, que no había cesado de aprovechar el tiempo para el aumento y organización de sus tropas, se preparó de nuevo á la guerra.

El motín del día 27 dió pretexto al general Scott para dar por terminado el armisticio; así lo manifestó en comunicación oficial al gobierno de la República; participándole que iba á abrir de nuevo el curso de sus operaciones de guerra. El gobierno de México contestó de enterado por conducto del Ministerio de la Guerra.

* * *

Desde el día 6, el general Santa-Anna, en vista de los movimientos de concentración que el ejército invasor ejecutaba sobre Tacubaya y sus alrededores, calculó que su punto objetivo para forzar la línea de defensa que ceñía á la capital, era Chapultepec. Apresuróse en esa virtud á establecer una fuerte línea de batalla que cubriese al punto referido y en cuyo terreno pudieran las tres armas jugar con más ventaja. La línea se formó de la manera siguiente:

El punto de Casa Mata, ocupado por la brigada del general Francisco Pérez, compuesta de los batallones 4º Ligero y 11º de Línea, formaba la

derecha; el centro, al mando del general Simeón Ramírez, estaba formado por los batallones Fijo de México, 2º Ligeró y 12º de Línea y había sido artillado por tres piezas de á 8; la izquierda, que ocupaba todas las construcciones del Molino del Rey y el acueducto adyacente, estaba guarnecida por los batallones de *Guardia Nacional, Libertad, Unión, Querétaro y Mina*, todos á las órdenes del general Antonio León, y en la extrema izquierda se hallaba apostado el 3er. *Batallón Ligeró Permanente*, á las órdenes del teniente coronel Miguel María Echeagaray. A retaguardia de la línea, ya en el bosque, y constituyendo una fuerte reserva, se hallaban los batallones *Granaderos de la Guardia, Activo de San Blas, Mixto de Santa-Anna y Activo de Morelia*, á las órdenes del general Joaquín Rangel. Esa línea de batalla era apoyada á retaguardia de su derecha y á inmediaciones de la hacienda de los Morales, por un magnífico cuerpo de 3,000 caballos, á las órdenes del general D. Juan Álvarez.

El general Santa-Anna se reservó el mando en Jefe de estas tropas y no tuvo la precaución de nombrar ni dar á reconocer á jefe alguno, como su segundo; y cuando, después de establecida la línea de batalla la recorrió para revisarla, las tropas todas lo victoreaban, llenas del más ardoroso entusiasmo, y en el aspecto de aquellos veteranos, se leía tanto el ardiente deseo de venir cuanto antes á las manos con los enemigos de la patria, como la fé que tenían en su próxima victoria. Era que el patriotismo había levantado su moral.

El enemigo, entre tanto, hacía falsas demostraciones en dirección de la Garita de San Antonio Abad, que engañaron plenamente á nuestro iluso general, y el día 7 mandó retirar violentamente de nuestra línea de batalla la mayor parte de los cuerpos, para llevarlos al punto amenazado, dejando tan sólo en ella al 4º *Ligeró, 11º de Línea, Fijo de México, 2º Ligeró, 1º y 12º de Línea y al 3º Ligeró* cuyas fuerzas mermadas en su mayor parte por los anteriores combates, llegaban apenas al número de 4,000 hombres; sin embargo, la caballería permaneció en su puesto, apoyando siempre á la derecha.

El general en Jefe americano que sabía perfectamente que en Casa Mata había una considerable existencia de municiones y que en el Molino del Rey estaba establecida la fundición de cañones, con todos sus anexos, proyectó tomar á todo trance aquellos puntos, que además de las ventajas que su adquisición le proporcionaban, servían de eficaz apoyo para un ataque decisivo sobre Chapultepec. En consecuencia, ordenó al general Worth que con toda la división de su mando, reforzada con tres escuadrones de dragones y el regimiento de rifleros á caballo y con la brigada Cadwalader, perteneciente á la 3ª división y compuesta de tres regimientos de cazadores, el 11º y 14º de *Infantería*, atacase el día 8 al amanecer la referida posición mexicana. En esta virtud, desde el día 7, parte de las tropas destinadas al ataque se dedicaron á practicar los más minuciosos reconocimientos; mas no pudieron avanzar como hu-

bieran deseado, pues apenas á la vista y al tiro eficaz de nuestras líneas, fueron rechazadas con graves pérdidas, esencialmente por el 3º *Lijero Permanente*, apostado en la dirección que los reconocimientos traían. El general Santa-Anna llegó en la noche y dió personalmente la orden de replegarse á Chapultepec al Teniente Coronel Echeagaray con el cuerpo de su mando. En vano este valiente jefe le demostró la seguridad de un ataque para el día siguiente, suplicándole le dejara en su puesto y haciéndole notar, que tanto para el alcance de las armas portátiles como para el de los cañones, se habían establecido señales en el terreno, que darían más eficacia á los fuegos; el General no escuchó aquellas juiciosas observaciones, haciendo entender que se le obedeciese en el acto; y previno á Echeagaray bajara de Chapultepec con su cuerpo y se dirigiese á su antigua posición del Molino del Rey, tan luego como escuchara del corneta de la línea los primeros puntos del toque de diana. En seguida se retiró á México, sin dar á reconocer en la línea de batalla á un jefe que tomara el mando durante su ausencia.

* *

Como se vé, ya en estos momentos era sumamente desfavorable para las fuerzas mexicanas el próximo combate. No había jefe reconocido en aquella débil y desartillada línea; plan de defensa á nadie se había comunicado, y las pocas tropas que quedaban expuestas á recibir el rudo ataque de un valiente ejército, muy bien organizado, perfectamente armado, ámpliamente abastecido de

municiones de todas clases, y sobre todo, mejor dirigido que el nuestro, sólo debían atenerse al azar. Además, y como ya lo hemos dicho, nuestras armas portátiles eran sumamente imperfectas, de diferentes calibres, casi desprovistas de bayonetas y gran parte de ellas sin abrazaderas ni pasadores, cuyos cañones eran adheridos á las cajas por simples amarres de cuerda ó de correa: nuestros cañones, de calibres irregulares y de ánimas tan imperfectas que al disparar corrían sus sirvientes tanto riesgo como al recibir los proyectiles enemigos. Hubo, en efecto, casos en el transcurso de la desgraciada campaña de 1847, en que al disparar un cañón, estallaba dejando fuera de combate á todo el pelotón de artilleros. ¿Y el enemigo qué clase de armamento tenía? Magníficos rifles de precisión, fusiles de percusión de 15 adarnes, cuyos cartuchos, además de la bala, llevaban tres gruesas postas, que al extenderse en medio de nuestras filas, ponían otros tantos hombres fuera de combate; cañones que arrojaban proyectiles á la Paixant, los cuales sembraban con profusión la muerte en donde estallaban. Además, cohetes á la Congrev, que aunque de poco efecto, cooperaban, por su espantoso fragor, á sembrar el terror en las filas que los recibían.

El cuerpo de ejército americano destinado á aquella función de armas, tomó sus posiciones de combate con el mayor sigilo y silencio en la madrugada oscura del día 8. La brigada Cadwalader desplegó en batalla á tiro de cañón y frente á la izquierda de la posición mexicana. Su objeto principal era apoyar el ataque de las columnas que debían dirigirse contra el centro de la línea mexi-

na; neutralizar la extrema izquierda de dicha línea é impedir todo socorro que pudiera venirnos por el bosque procedente de Chapultepec. Toda la división Worth desplegó en el centro paralelamente á nuestra línea y protegida por 11 bocas de fuego, entre las que se encontraban dos bomberos de á 24.

Esta mala colocación de su artillería y la no menos imperfecta de los mexicanos, hace ver claramente que tanto los jefes americanos como los nuestros eran en aquella época poco conocedores de los verdaderos principios de la guerra, puesto que descuidaban establecer sus cañones de preferencia en los flancos.

Un batallón de cazadores y toda la caballería formaban la izquierda de la línea americana, designando sobre el terreno un martillo defensivo con el frente á la izquierda, que sin presentar el flanco á nuestra línea de batalla, quedaba como de observación sobre nuestra caballería. Algo más de 4.000 hombres contaban aquellas tropas que acababan de entrar en línea, y como se ve, su jefe cometió la falta de no haberse procurado una buena reserva en segunda línea.

* *

Al despuntar el alba, tronaron las baterías americanas y después de una preparación de pocos minutos, otra nueva falta, una gruesa columna, desprendiéndose del centro de la línea americana, y cubierta por una densa línea de tiradores, al compás de sus pitos y tambores, acompañados de entusiastas hurras, se lanzaba intrépidamente al

ataque sobre el centro de la línea mexicana; ésta, serena y tranquila y saludándola con entusiastas gritos de ¡Viva México! la dejó acercar á buena distancia y descargando sobre ella una lluvia de bronce y de plomo, la hizo vacilar, paralizar su ataque, aclarar sus filas, abatir y relevar su bandera varias veces; pero pasados algunos momentos, aquella valiente tropa, aunque en medio de repetidas ondulaciones y desbaratando su orden de columna, prosiguió su marcha hasta ponerse á 200 pasos de nuestra línea, desplegó, hizo que la espesa nube de tiradores que la cubría se cargasen á derecha é izquierda y rompió un fuego tan mortífero como el que recibía. El fuego de nuestra línea se debilitaba, nuestros bravos soldados se encontraban con cartuchos de calibre mayor al de sus armas, y desesperados esculcaban los cadáveres de sus compañeros y hasta á los mismos heridos, en busca de municiones útiles. El dios de la Victoria se balanceaba indeciso entrambos campos, y ya se aprestaban los mexicanos á cargar á la bayoneta sobre aquella brava pero mermadísima columna, cuando el grueso de la división Worth, al compás de ruidosísimos hurras, entró en línea. El ataque recibió nuevo impulso, nuestras tropas del centro se vieron obligadas á retroceder y las únicas tres piezas que sin sostén alguno teníamos en aquel punto en batería, cayeron en poder del enemigo, y con mucha razón, pues desde la víspera quedaron sin sostén alguno, y bajo el pretexto de llevar los ganados á senar hasta México, se llevaron también los avantrenes, por lo cual era imposible que aquellas piezas hubieran podido emprender la retirada. Cayeron, pues, sin que uno sólo de sus he-

roicos artilleros diera un paso atrás, todos quedaron en el suelo alrededor de sus cañones, como las más brillantes flores del campo de batalla. Entre tanto, los fuegos de Casa Mata y el Molino del Rey que se cruzaban sobre las masas victoriosas, aunque desordenadas, del enemigo, las diezmaban desapiadadamente; el campo estaba materialmente cubierto de cadáveres, la mayor parte de los jefes habían sucumbido, los pabellones estrellados saludaban con frecuencia á nuestras banderas, cayendo hasta á tierra, y la falta de oficiales, la falta de unidad de mando y el desorden consiguiente, llevaron la confusión hasta el grado de que, inconscientemente é impulsados por el principio de conservación y sin órdenes adecuadas, aquella masa de valientes inició un movimiento retrógrado. También en nuestra línea se había determinado ya el elemento desmoralizador; pero allí estaba el valiente Teniente Coronel Miguel María Echeagaray, allí el bravo 3er. Ligero, cuyos veteranos encanecidos en las batallas se habían distinguido en el asalto del Alamo, en San Jacinto, en Palo Alto, la Resaca, Monterrey, la Angostura y otros sangrientos campos de batalla. Este cuerpo, al mando de su jefe, que no había esperado la señal del toque de diana, que nunca se le dió, marchó al paso veloz al escuchar el ruido del cañón, al lugar que la víspera ocupaba en la línea de batalla. Dicho cuerpo no había cejado, veía con indiferencia á sus compañeros de otros batallones que se desbandaban á retaguardía, y animado por su intrépido jefe, armó la bayoneta, vitoreó á México y al grito de ¡á ellos! cargó resueltamente sobre sus todavía numerosos contrarios; nuestros veteranos les alcanzaron pron-

tamente, cruzaron la bayoneta y el más mortífero combate se empeñó entre ambas fuerzas beligerantes. No se escuchaba en esos momentos detonación alguna, y sólo el crujir de los aceros, los ayes de los heridos, las imprecaciones de los vencidos y los gritos de victoria de los veteranos del 3er. Ligero. El enemigo cedió el terreno, dejó en poder de los vencedores las tres piezas que había tomado y se retiraba en medio del más espantoso desorden sin dejar de ser perseguido con increíble tenacidad por nuestros soldados, llevando su heroicidad hasta la imprudencia, puesto que penetraron casi hasta el centro de la posición enemiga.

* * *

El General en jefe americano que veía que su derrota era inminente si todas las tropas mexicanas después de rehacerse volvían al combate en auxilio de aquel puñado de valientes, se apresuró á impedirlo: dictó con la mayor rapidez sus órdenes y á un tiempo y por todas partes cayeron fuerzas considerables sobre el intrépido 3er. Ligero; obligado se vió á retroceder este cuerpo, pero paso á paso y cediendo cada pulgada de terreno en cambio de mucha sangre del enemigo. El resto de nuestras tropas entre tanto, había logrado rehacerse en su mayor parte á las enérgicas instancias de los heroicos jefes León y Balderas, los que, lanzándose al socorro del 3º, protegieron su retirada y presentaron un nuevo combate.

¿Qué hacía entre tanto nuestra brillante caballería? Los generales Alvarez y Andrade que eran sus jefes principales, permanecían impasibles an-

te aquella catástrofe que ponía en peligro el honor de las armas nacionales, cuando si hubieran cumplido con su deber cargando en el momento que lo hizo el 3º, hubieran completado la más espléndida de las victorias..... ¿Y qué pretestaban esos jefes indignos de su categoría para no cumplir con los deberes que su patria, en primer lugar, y su grado en segundo, les imponían? *Que no tenían órdenes, que el terreno no era á propósito, que la artillería enemiga los contenía y otras especiotas de esa naturaleza* que debían haberlos llevado ante un consejo de guerra.

En circunstancias tan críticas para el ejército americano, su jefe no se había descuidado; estaba muy lejos de parecerse á nuestro posterior! Alteza Serenísima, y de antemano, desde antes que las operaciones del ataque comenzaran, numerosas tropas se movían de San Angel, Mixcoac, Coyoacán, en dirección del campo de batalla. Así, pues, cuando el combate estaba neutralizado y cuando parecía la victoria sonreírnos por segunda vez comienzan á entrar en línea aquellas masas imponentes. El Gral. Worth, celoso de su reputación, que en esa batalla estuvo muchas veces en peligro y viéndose, por otra parte, apoyado de tan cerca por las numerosas reservas que Scott le enviaba con tanta oportunidad, determinó un ataque paralelo, otra grave falta, cargando á un tiempo todas sus fuerzas y todos sus cañones sobre Casa-Mata, el centro y el Molino del Rey. Es cierto que las numerosas reservas llegadas no entraron en la línea de combate más que con el fuego de sus baterías que se apresuraron á establecerse convenientemente, pero todo militar comprende el efec-

to moral que su presencia debe haber producido en las fuerzas mexicanas, que desde el principio de la batalla carecían de General, de artillería, y de una importante reserva tan indispensable para coronar el buen éxito de las operaciones de la guerra. Con todo, Balderas, León, Echeagaray, que después de tomada Casa-Mata y el Molino del Rey se veían envueltos por todas partes, hacían esfuerzos desesperados para contener á sus soldados contra semejante torrente de enemigos; los dos primeros sucumbieron gloriosamente por salvar á su patria en aquellos terribles momentos, y el tercero logró retirarse con el corto puñado de valientes que le sobraba, abriéndose paso, batiéndose sin cesar, salvando su bandera, y con ella el honor del ejército.

La batalla se perdió, pero la historia inflexible sabrá glorificar á los valientes que en ella sucumbieron y arrojar un terrible anatema sobre el torpe jefe que los mandaba.

Allí murieron los coroneles Gregorio Gelati y Mendez Aguayo, el comandante Manuel Vazquez, los capitanes Gervasio Cárdenas, José María Olvera, Tiburcio Gonzalez y Manuel Varela; los tenientes Juan Delgadillo, Rafael Sanchez, Manuel Ibañez Enríquez, José María Uribe, Mariano Martínez, Miguel García y Francisco Hernández; y los subtenientes Suazo, Julio Acosta, Macario Macías, Luis Martínez y Luis Arriaga; pero viven en el Escalafón del Ejército para servir de estímulo, y de grande ejemplo á nuestros militares, y la patria agradecida los ha inscrito ya con letras de oro en la inmortalidad.

Fueron heridos el teniente coronel Tenorio, el

subteniente Alejandro Argandar y á otros muchos.

¡Gloria y honor á esos valientes que han sabido derramar su sangre en los campos de batalla, y en defensa de la santa independencia y de los derechos patrios.

* * *

Los comentarios que se desprenden del hecho de armas que acabamos de referir, no honran al punto de vista militar, ni al general Worth ni al general Santa-Anna; ambos cometieron errores injustificables, dado el siglo en que vivían, en que hasta los niños estaban al tanto de los grandes progresos que en el arte de la guerra se habían efectuado, iniciado por Federico II y proseguídos con brillo por Napoleón I. Siguiendo nosotros los mismos principios de la ciencia, y amparados con el escudo de la más estricta imparcialidad, nos atreveremos á expresar que Scott fué ménos torpe que Santa-Anna, y que si aquel creyó, equivocándose redondamente, que la llave de la posición militar, constituida por la ciudad de México, era Chapultepec, en cambio el segundo se dejó engañar por falsas demostraciones, entregó sus tropas al azar, dejándolas algunas veces sin objetivo determinado; dejándose llevar con frecuencia como en Padierna, de pasiones de partido y rivalidades de mal género, sacrificando á su amor propio los sagrados intereses de la patria.

* * *

Al consignar la fecha indeleble que la historia mexicana registra en sus anales, nos abstendremos de describir todos los detalles de una batalla y los horrores de un asalto; tampoco nos ocuparemos candorosamente de celebrar el triunfo de nuestros enemigos, debido sólo á la torpeza de un comandante en jefe y á la vacilación y cobardía de otros altos personajes de la gerarquía militar; á este respecto ya hemos expresado nuestra pobre opinión, justificándola plenamente con los hechos; trataremos ahora de una de las más gloriosas epopeyas de la historia nacional.

La Grecia puso en línea contra las altas torres y espesos muros de Troya á sus aguerridas falanges, mandadas por los más grandes de sus héroes, con el fin de vengar los ultrajes inferidos á uno de los reyes de su raza, y el sublime poeta ciego, cuyos cantos nos enagenan todavía, llevó la fama de las hazañas de aquellos héroes hasta las más elevadas cimas de la inmortalidad. La gran República de Roma deificó á Horacio Coclés, porque en los momentos más críticos para la patria, él solo, cubierto con su escudo y empuñando su terrible espada, afrontó á la entrada de un puente el empuje del victorioso ejército de las Galias; sin perjuicio de que más tarde, y por haber atentado á la libertad, le arrojó de la roca Tarpeya. Cartago, terrible rival de Roma dominadora, y que sin el genio y las heroicidades de Scipión hubiera sustituido su propia gloria á la del gran pueblo rey, moduló su último canto como el cisne, ensalzando al patriotismo de sus

vírgenes, que al frente de las aguerridas legiones que las sitiaban, supieron desprenderse de sus hermosas gudejas, cediéndolas al ejército de su defensa para construir las cuerdas de las máquinas de guerra. También los bardos de Sagunto, y los del mundo entero, immortalizaron sus liras, cantando la heroicidad de las hijas de aquel pueblo indomable, que al lado de sus padres ó de sus esposos, cuando los veían caer cubiertos de sangre en medio de los mortíferos combates, recogían y empuñaban sus armas para morir á su vez, pero después de hacer morder el polvo á muchos de sus implacables enemigos.

Todo esto es heroico y sublime; todos son grandes ejemplos que la historia nos presenta, circuidos con la luz de la inmortalidad.

También México tiene sus hermosas epopeyas; también nuestro suelo ha sido pródigo para hacer brotar las aromáticas flores de la inmortalidad y nuestros más ilustres poetas, Quintana Roo, Sánchez de Tagle, Fernando Calderon, Rodríguez Galván, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ignacio M. Altamirano y otros muchos, han hecho de todas ellas preciosas guirnalda, que conservando su aroma y su frescura hasta las más remotas generaciones, servirán para mantener siempre vivo el amor á la patria. Tal es la triste pero gloriosísima jornada de 13 de Septiembre de 1847. Los poetas la han cantado ya, tócame á mí describirla hoy con los rudos acentos del soldado; presentando al mundo los heroicos jóvenes, que apenas salidos de la adolescencia, sin la fuerza necesaria para sostener en sus manos juveniles el pesado fusil, enseñaron á

las presentes y futuras generaciones, cómo se combate con gloria y cómo se muere por la patria; jóvenes que al principiar la carrera azarosa de las armas, penetraron al instante, alegres, gozosos y entusiastas, al templo de la inmortalidad.

Después de la sangrienta batalla del Molino del Rey, el General en Jefe del Ejército Norteamericano desocupó esa posición, replegando sus tropas á Tacubaya, haciendo así estériles las enormes pérdidas que había sufrido, tanto en hombres como en municiones, para la adquisición de la llave de Chapultepec, dando así á conocer alguna ineptitud y su ningún genio para las operaciones de la guerra; pero el General Santa-Anna no dió menores pruebas de su poca pericia militar; debiendo haber ocupado inmediatamente dichos edificios, no le ocurrió hacerlo y los dejó en situación de volver á ser ocupados por el enemigo cuando quisiera.

Los puntos objetivos nuevamente escogidos por el General americano, fueron las garitas de San Antonio Abad, Niño Perdido y la Piedad; en consecuencia, desde el día 10, numerosas tropas se dirigieron á tomar posiciones á tiro de cañón de dichos puntos, y desde luego comenzaron los reconocimientos respectivos.

La situación estratégica del Ejército Americano en aquellos momentos, era deplorable, puesto que se hallaba diseminado por San Angel, Mixcoac, Coyoacán y Tacubaya, manteniendo fuertes destacamentos sobre las garitas mencionadas. Si en aquellos momentos hubiera el General Santa-Anna tomado resueltamente la ofensiva y atacado simultáneamente por el lado de

Tacubaya y por la garita de San Antonio Abad, con las fuerzas superiores de que todavía podía disponer, hubiera introducido indudablemente el desconcierto, el desorden y la confusión en aquellas masas desligadas, batiéndolas en detall, lo que probablemente hubiera reportado una espléndida y completa victoria á las armas nacionales; pero no fué así, y estaba escrito que el General de triste memoria había de concretarse siempre á la más absoluta defensiva.

Mal hechos los reconocimientos practicados, indujeron al General americano á cambiar por completo su plan de ataque, y sin dejar de llamar la atención por el lado de las citadas garitas para engañar al General Santa Anna sobre la verdadera dirección del ataque, hizo que sus tropas la noche del 10, ejecutasen un movimiento de concentración á Tacubaya, y decidió tomar á Chapultepec como verdadero punto objetivo. El día 11 se reocupó nuevamente el Molino del Rey y sus alrededores y comenzaron los trabajos de fortificación para el establecimiento de las baterías destinadas á bombardear á Chapultepec, así como para proteger el avance de las columnas á la hora de los asaltos. Dichas baterías se establecieron unas á la salida de Tacubaya cerca de la Hacienda de la Condesa y otras en las lomas que están frente al Molino del Rey y que fueron teatro del combate en la batalla el día 8.

Como se vé, dichas baterías iban á cruzar sus fuegos sobre el edificio de Chapultepec.

Desde la tarde del mismo día, las tropas americanas comenzaron á tomar posiciones cerca de las baterías mencionadas; la división del Mayor

General Pilow, apoyada por todas las fuerzas de la división del General Worth, partiendo de los molinos y penetrando al bosque, debían atacar á Chapultepec por su parte occidental; la división Quitman reforzada con la brigada Smith, perteneciente á la división Twiggs y procedentes de Tacubaya, debía concurrir simultáneamente al ataque sobre la parte Sur; pero estando las tropas demasiado quebrantadas por los anteriores combates y queriendo su General allanarles las dificultades hasta donde le fuera posible, determinó bombardear el edificio y el bosque, para que sembrando el terror entre el corto número de sus defensores, la resistencia fuera débil ó casi nula.

El ilustre General D. Nicolás Bravo, distinguido patriota y viejo soldado de nuestra primera Independencia, era el Comandante militar de Chapultepec, teniendo como su segundo al General D. Nicolás Saldaña. Ya desde el día 9, y calculando con acierto que el ataque definitivo sería sobre Chapultepec, el General Bravo había trabajado sin descanso en poner el punto en estado de defensa; al efecto, se había establecido una cortadura con parapeto en el bosque hacia la parte occidental del cerro y entre éste y el Molino del Rey; una flecha en la glorieta que había en el ángulo formado por las dos rampas que conducían al edificio; en la parte alta y al rededor del Colegio Militar, se habían establecido blindajes, cuya imperfección se conoció después en los momentos del bombardeo; se reforzó, además, la batería que se hallaba establecida en el caballero alto, y al frente de ésta, en el declive del cerro, se pusieron tres minas que debían estallar

al ser cubiertas por las tropas asaltantes. Las fuerzas de que el General Bravo podía disponer para la defensa del punto que se le había encomendado, eran insignificantes por su número y poco pasaban de 800 hombres, distribuidos de la manera siguiente:

En el edificio, sus alrededores, la parte alta y el caballero alto.....	243	hombres
En la glorieta del ángulo de las rampas.....	92	"
A la derecha de dicha glorieta y viendo al bosque.....	42	"
En la flecha de la barda del bosque.....	215	"
En el pequeño fortín que defendía el camino de Tacubaya.....	160	"
En la cortadura con parapeto que veía hacia los Molinos del Rey.....	80	"
Total.....	832	hombres

Esta fuerza se componía tan sólo de piquetes de los batallones siguientes: 10º de Infantería, Querétaro, Mina, La Unión, Toluca y La Patria. La artillería con que se contaba para la defensa del punto y para contestar á las poderosas baterías enemigas, se componía sólo de diez cañones y obuses, figurando entre ella tres cañones de 4 de muy poco efecto y de un alcance insignificante.

El General Bravo, que veía la espesa y sombría nube de enemigos que se iba formando á su frente, pidió repetidas veces al General Santa-Anna le reforzara la guarnición que consideraba

como sumamente débil para resistir los ataques combinados que se le preparaban; pero se le contestó siempre, que á su tiempo se le mandarían los refuerzos necesarios.

El día 12 al amanecer comenzó el bombardeo; flojo al principio y de tiros inciertos y mal dirigidos; pero rectificadas las punterías y rompiendo sucesivamente el fuego todas las piezas establecidas, se hizo mortífero, terrible y tan vivo que constantemente se mantenía un proyectil en el aire. La cúspide de Chapultepec se veía envuelta en una nube de humo y de polvo y los cascos de las bombas y las granadas, al revotar contra las paredes del edificio, hacían volar gruesos fragmentos de mampostería que en provecho del enemigo se trasformaban en otros tantos proyectiles. En medio de aquel humo y denso polvo se veía flamear orgullosa la bandera nacional, y los entusiastas vivos de los heroicos alumnos resonaban en medio de aquella tempestad de detonaciones. Asombrábanse aquellos muchachos viendo á nuestros pobres soldados casi incrustados contra los parapetos, agazapados en lo más profundo de los blindajes, silenciosos é irresolutos, cuando ellos se mantenían en pie, serenos y contentos en medio de la mortífera lluvia de proyectiles que por todas partes sembraba la muerte. No consideraban que las tropas por aguerridas y valientes que sean, cuando llegan á perder la confianza en sus jefes, cuando adquieren la convicción de que su extremado valor y sus sacrificios de todo género fracasan ante la impericia de un torpe mando, pierden la moral y con ella el más precioso elemento de fuerza de los ejércitos.

El bombardeo duró todo el día, dejando á Chapultepec sembrado de cadáveres, de heridos y de escombros; cesó á las siete y el General Bravo se apresuró á reparar durante la noche los estragos que la fortificación y las tropas habían experimentado; se procedió á cubrir las brechas, á recomponer los blindajes, á pedir con urgencia nuevas municiones de artillería y dirigió una comunicación al General en Jefe, en que manifestándole las enormes pérdidas que había sufrido, le pedía con instancia se le reforzase, pues de otro modo le era imposible resistir un asalto. El General Santa-Anna contestó lo de siempre, sin mandarle socorro alguno.

Amaneció el nefasto día 13; desde que apareció la primera luz, el bombardeo recommenzó con más vigor que el día anterior, pues las baterías enemigas se habían reforzado con algunos cañones más.

Poco después de principiado el cañoneo, se escucharon los ruidosos hurras de las fuerzas invasoras y las columnas de ataque comenzaron á moverse con el mayor orden, siguiendo las directrices que se les habían señalado.

Durante la noche anterior, el General Santa-Anna había venido con un fuerte número de tropas, estableció 1,500 hombres dentro del bosque guarneciendo la gran barda que vé hácia el camino de Tacubaya; con 500 hombres un hornabeque que se había construido en el puente de Chapultepec; puso una columna de 400 hombres fuera del bosque al costado izquierdo de Chapultepec, dando su frente en la dirección de Casa Mata y apoyando la cabeza en un fuerte pa-

rapeto que con anticipación se había construido.

El resto de las tropas desplegadas en batalla con la derecha frente á la puerta de Chapultepec y el frente hacia el Sudeste, se extendía hacia la Garita de Belem paralelamente al acueducto. Pero ni á lo que impropriamente llamaban los americanos castillo, ni á las obras accesorias de defensa, mandó un sólo soldado de refuerzo.

Las tropas americanas procedentes del Molino del Rey conducidas personalmente por el General Pillow y cubiertas por un batallón de cazadores desplegados en tiradores, penetraron al bosque y atacaron desde luego á la cortadura de que hemos hablado y que sólo estaba defendida por 80 hombres. Al mismo tiempo la brigada Cadwalader avanzaba por fuera del bosque en la dirección de la calzada de la Verónica. La resistencia fué tenaz, más después de un cuarto de hora de combate, los soldados mexicanos se vieron obligados á retroceder, y lejos de replegarse hacia la cúspide del cerro como se les había prevenido, se dispersaron por todo el bosque, aunque sin dejar de hacer fuego sobre sus contrarios. La cortadura fué tomada á costa de algunos hombres y los americanos prosiguieron su ataque dirigiéndose al pié del cerro; á media falda de éste se encontraba alguna tropa mexicana, que con la mayor bizarría y denuedo travó el combate. La fuerza que guarnecía la obra levantada en el ángulo de las dos rampas, lo rompió igualmente, con tan buen éxito, que las columnas de ataque se vieron obligadas á detenerse, desplegaron y rompieron un fuego mortífero, pero sin lograr que retroce-

diesen los defensores. El campo se cubrió de cadáveres; hombres heridos caían por todas partes y el mismo General Pillow recibió dos balas que lo pusieron instantáneamente fuera de combate. Si en aquellos momentos supremos del asalto, hubiera tomado el General en Jefe de su gran reserva, que con el arma al brazo era simple oidora del fragor del combate, dos fuertes columnas de ataque que por derecha é izquierda del cerro hubieran cargado resueltamente sobre los flancos del enemigo, que irresoluto y algo desordenado había paralizado su ataque, y si en combinación con dichas columnas las fuerzas que ocupaban la cúspide del cerro hubieran ejecutado una vigorosa vuelta ofensiva, nuestra hubiera sido la victoria, tanto más, cuanto que en aquel instante mismo, las fuertes columnas pertenecientes á la división Quitman, que procedentes de Tacubaya y la Condesa se habían lanzado al ataque contra la línea exterior del Sur, estaban neutralizadas por la heroica resistencia de nuestras tropas y dejando el terreno cubierto de cadáveres, abandonando la dirección que se les había asignado, se cargaba una gran parte de ellas á la izquierda procurando penetrar al bosque por los mismos puntos por donde la división Pillow lo había hecho. Pero nada, el General en Jefe no daba la más mínima muestra de pericia militar en aquellos críticos momentos.

El General Pillow, aunque herido gravemente, se hacía conducir en hombros á la cabeza de sus tropas, haciendo desesperados esfuerzos por impulsarlas nuevamente el ataque. No pudiendo conseguirlo y comprendiendo lo crítico de su si-

tuación, expidió á todos sus ayudantes, uno tras de otro, hacia el cuartel general en solicitud de refuerzos, porque habiendo hecho entrar en línea todas sus tropas, carecía de la reserva necesaria para dar nuevo impulso al combate.

Pocos instantes después penetraron al bosque las columnas de que hemos hablado pertenecientes á la división Quitman, y marchando al paso veloz comenzaron á entrar en línea á la derecha de las fuerzas ya empeñadas, extendiéndose hacia el interior del bosque por todo el camino de cintura que rodea el cerro. Una parte de ellas rompió inmediatamente sus fuegos sobre los soldados mexicanos que defendían la barda del Sur, los que viéndose atacados por la espalda, perdieron su moral y comenzaron á desbandarse á pesar de los esfuerzos de sus valientes jefes y oficiales.

Con tan poderosos refuerzos, el ataque cobró nuevo vigor y los invasores prosiguieron su marcha ascensional hacia la cúspide del cerro, arrojando cuantos obstáculos se les oponían, y no sin dejar marcado su camino con numerosos muertos y heridos.

Los restos de la pequeña guarnición que cubría la obra del ángulo de las rampas, se replegaban poco á poco y sin dejar de batirse, hacia la cumbre del cerro, á la altura y en el mismo orden que lo hacían las que ocupaban la falda occidental de la posición.

Al notar el General Santa Anna la multitud de dispersos que se agrupaban hacia la puerta del bosque y al escuchar que el nutridísimo fuego de fusilería se iba acercando á la cima del cerro, le ocurrió mandar un batallón de menos de 400 pla-

zas en auxilio de las fuerzas nacionales que con tanta desventaja se estaban batiendo. Se lanza, pues, en columna, al paso veloz, con el arma embrazada el heroico batallón de San Blas con su bravo Jefe á la cabeza, el Coronel Xicotencatl; sube la primera rampa en medio de una espesa lluvia de proyectiles; llega á la glorieta del ángulo y repentinamente se encuentra á medio tiro de pistola de las tropas enemigas que en el acto le rompen un fuego mortífero; al mismo tiempo es acogido de igual manera por otras fuerzas que quedaban al flanco izquierdo de su columna. El bravo batallón no se desconcierta por eso, despliega en en batalla á su frente sus dos primeras compañías, las restantes hacen en batalla á la izquierda y todas rompen el fuego á los gritos de ¡Viva la República! Aquella heroica tropa no llegaba en el momento de la victoria, sino en el del sacrificio por la Patria: en pocos minutos fué destruida y su intrépido coronel cayó en medio de los cadáveres de sus soldados, envuelto en los sangrientos paños de su bandera. Desde este momento los invasores no encontraron obstáculo alguno, la división Pillow por el Oeste del cerro y las tropas de Quitman por el Sur, prosiguieron su marcha hasta la cumbre, y cuando entré el humo y el polvo del combate comenzaron á ser vistos por los heroicos alumnos del Colegio Militar, rompieron éstos también su fuego victoriando á la República, victoréandose á sí mismos, y sin que en uno sólo, se notara la más mínima muestra de vacilación, sino por el contrario, el arrojo y decisión de los más aguerridos veteranos. Aquellos rostros juveniles, en los que pocos momentos antes se

veía todavía la atrayente y simpática sonrisa de la juventud, se habían trasformado, y con la mirada torba, las facciones descompuestas por la ira y los labios ennegrecidos por la pólvora de sus cartuchos, descargaban sus armas sobre los más espesos grupos de sus adversarios. No pareciéndoles suficiente el daño que su certero fuego producía en las filas contrarias; armaban la bayoneta dirigiendo ansiosas miradas á sus oficiales, como solicitando la orden de marchar de frente hasta cruzar el acero con los enemigos de la Patria. Allí cayeron gloriosamente Barrera, Escutia, Melgar y Montes de Oca; otros muchos fueron heridos; pero aquellas bajas, lejos de resfriar su ánimo, centuplicaban su valor. En ese instante, las fuerzas americanas se habían detenido nuevamente asombradas de tan tenaz resistencia y las minas que se les había preparado, estaban materialmente cuajadas de soldados, los alumnos que esto observaban, gritaban desafortadamente: "Las minas" "¿qué sucede con las minas?" "¡Que les prendan fuego á las minas!" Pero ¡oh desgracia! El teniente Alemán, encargado de practicar aquella operación, había desaparecido cobardemente, sin cumplir con el importante cargo que se le había confiado. Las minas permanecieron mudas, nuevas tropas reforzaron el ataque y algunos instantes después, vencedores y vencidos afluan por la parte Norte del cerro en medio de la más espantosa confusión, dispárandose á quemarropa unos con otros y jugando la bayoneta con terrible actividad. En medio de aquel desorden, un grupo de americanos que seguían de cerca á los alumnos Suárez y Márquez, les invitaban á

rendirse; los muchachitos respondieron que no con la mayor energía, dispararon sus armas, dejaron por tierra á dos de sus contrarios. Una lluvia de balas cayó en el acto sobre ellos, y al exhalar el último suspiro en el campo de la gloria, bendijeron á la Patria.

Los alumnos, mezclados con algunos bravos soldados mexicanos, bajaron rápidamente el cerro por su parte Norte, penetraron al jardín botánico y formando sus armas en pabellones, esperaron llenos de cólera que se les hiciera prisioneros de guerra, no podían salvarse, pues ya la puerta del bosque y todo su perímetro, estaba en poder del enemigo. En esos momentos, la bandera mexicana era sustituida en lo más alto del edificio, por el pabellón de las estrellas, que sin ondear, místico y pegado al asta, parecía avergonzado de su victoria.

Tomado Chapultepec, el General Santa-Anna, con el grueso de sus tropas, entre las que la mayor parte no habían disparado un sólo tiro, se replegó á las garitas de Belén y de San Cosme.

¡Gloria eterna á los valientes que sucumbieron en ese día nefasto! ¡Gloria á las valientes tropas mexicanas y baldón para los ignorantes é irresolutos jefes que no supieron conducirlos!

XI.

EL EJÉRCITO AMERICANO PROSIGUE SUS ATAQUES CONTRA LA CAPITAL.—FUERTES COMBATES EN LAS GARITAS DE S. COSME Y BELEN.—TOMA DE ÉSTAS.—LOS RESTOS DEL EJÉRCITO MEXICANO SE REPLEGAN Á LA CIUDADELA.—JUNTA DE GUERRA.—SE ACUERDA EN ELLA LA EVACUACION DE LA CAPITAL.—LAS TROPAS SE RETIRAN Á LA VILLA DE GUADALUPE HIDALGO.—EL EJÉRCITO AMERICANO OCUPA LA CIUDAD.—EL HEROICO PUEBLO DE MÉXICO SOSTIENE DURANTE DOS DÍAS ENCARNIZADOS COMBATES CONTRA LOS INVASORES.—FUERTES PÉRDIDAS DE ESTOS.—LA TRANQUILIDAD PUBLICA SE RESTABLECE.

El general Scott se aprovecha del desorden y desmoralización que observa en las tropas mexicanas, y haciendo entrar en línea hasta sus últimas reservas prosigue su ataque con el mayor vigor, empujando sus fuertes columnas sobre los suburbios de la ciudad. El general Worth, se dirige por la calzada de la Verónica sobre la garita de San Cosme y el general Quintman avanza por la calzada de Belén sobre la garita de este nombre.

A pesar del estado de desaliento y desconfianza en que nuestras tropas habían quedado, después de los desgraciados combates de la mañana, la resistencia que á sus enemigos opusieron fué tenaz y llena de energía; multitud de muertos y heridos del adversario quedaron prontamente sembrando el terreno de la lucha, más las municiones eran sumamente escasas, las armas estaban en pésimo estado; muchos de los fusiles cuyas piedras ya embotadísimas no producian chispa estaban reducidos al silencio; los cañones, en su mayor parte desfogonados ó careciendo de las municiones necesarias, prestaban insignificantes servicios, la lucha no podía ser de larga duración en semejantes condiciones, así es que como á las dos de la tarde, la garita de Belem fué ocupada por el enemigo, que al punto suspendió su ataque. Las tropas mexicanas que habían hecho la defensa pudieron retirarse sin ser perseguidas, lo que aprovechaban los jefes y oficiales para hacer renacer el orden en las filas.

El general Worth por su parte había atacado con su columna la garita de San Cosme cuyas fortificaciones mal trazadas y construidas no prestaban á nuestros soldados sólidos elementos de resistencia. Mas la tenacidad de la defensa fué igual á la de la garita de Belem; y aunque el enemigo se apoderó del punto atacado, fué á costa de grandes pérdidas.

En este punto, no suspendieron los americanos sus avances, sino que después de algunos momentos de descanso, que aprovecharon, siguieron penetrando á la ciudad no sin ser recibidos por el fuego de nuestras tropas, que en cada calle, ha-

cían alto para resistir; más por fin, al ponerse el sol, los invasores se habían posesionado de todo el barrio de San Cosme, llegando su vanguardia hasta la Plazuela de San Fernando.

Por una fatal imprevisión del general Santa-Anna, no se había establecido una línea interior de defensa, que indudablemente hubiera hecho que se prolongara la resistencia, causando al invasor nuevas y graves pérdidas; así es que los restos de las tropas recibieron al comenzar la noche, orden para replegarse á la ciudadela como lo habían hecho los que concurren á la defensa de Belem.

El General Santa-Anna, no juzgó conveniente prolongar la resistencia, mas para poner hasta cierto punto su responsabilidad á cubierto, promovió una junta de guerra.

Trascribiremos algunos párrafos de "México á través de los Siglos," que se refieren á dicha junta. Dicen á la letra lo siguiente:

"Tomó esta decisión en junta de guerra que reunió en la Ciudadela á las ocho de la noche de aquél infausto día de Septiembre: en ella "se deploró, dice Santa-Anna, la situación á que nos había reducido la desobediencia de unos, la cobardía de otros y la inmoralidad en general de nuestro ejército, de manera que no había que esperar mejor conducta: también se hizo ver en él, que las continuas revueltas, nuestra desorganización social y el mal sistema de reemplazarlo, habían influido mucho en aquel mal, á la vez que por nuestra escasez, los soldados no eran atendidos con lo que les pertenecía, como puntualmente aconteció en aquél día, que no habían probado

alimento: que en cuatro anteriores se les debían los socorros y no se sabía si para el siguiente tendrían qué comer. Se manifestó igualmente la escasez de municiones para poder sostener un día más el combate, las pocas fuerzas que habían quedado, y, últimamente, que reducidos al solo recinto de la Ciudadela, era consiguiente que el enemigo apuraría sus proyectiles, y no sería posible permanecer en ella un par de horas: que ocurrir á los edificios de la ciudad sería comprometerla sin esperanzas de un buen suceso, cuando el pueblo, con pocas excepciones no tomaba parte en la lucha. Estas y otras reflexiones presentes para resolver, como se acordó unánimemente, que á la madrugada se evacuara la Ciudadela y edificios inmediatos, y que la artillería, municiones y tropa se situaran en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, todo á las ordenes del General Lombardini, como se efectuó. Los cuerpos de caballería que estaban en la capital, recibieron orden de estar también á la madrugada en la ciudad de Guadalupe, para incorporarse á la división de caballería que allí se hallaba con el General Alvarez. Cerciorado el Ayuntamiento de que estaba resuelto el abandono de la Capital, acordó á las once de la noche despachar una comisión al jefe del enemigo pidiéndole garantías para la ciudad, protestándole que lo hacía obligada por la necesidad, y no porque en su ánimo estuviese someterse voluntariamente á otras autoridades que no fuesen las puramente nacionales: influida por su patriotismo, la corporación municipal pretendió que Scott no entrase en México sino previa una capitulación, que ni en principio ni por sus términos podría

prestarse á celebrar el jefe enemigo, con una ciudad completamente desarmada, desde el momento que la abandonó Santa. Anna con tanto sigilo y cautela en la huida, que los americanos se enteraron de ella sólo cuando los vecinos de la Capital lo pusieron en su conocimiento. Scott manifestó, por tanto al Ayuntamiento "que no firmaría capitulación alguna: que la ciudad había estado virtualmente en su poder desde la hora en que Worth y Quitman el día antes tomaron las garitas; que sentía la silenciosa fuga del ejército mexicano; que impondría á la ciudad una contribución moderada para objetos especiales, y que el ejército americano no entraría bajo otras condiciones que las que él mismo se impusiera, es decir, las que su propio honor, la dignidad de los Estados Unidos y el espíritu del siglo exigieran é impusieran á su propio juicio." La Comisión del Ayuntamiento había salido de México á la una y media de la madrugada del 14, y se presentó á Scott, según éste, como á las cuatro. Concluida la entrevista, Worth y Quitman recibieron orden de avanzar hacia el centro con precaución; y á las siete de la mañana del martes 14 de Septiembre de 1847, el capitán Roberts, del Regimiento de Rifleros, enarboló en el Palacio Nacional de México la bandera de los Estados Unidos, entre los saludos entusiastas de las tropas de Quitman, que inmediatamente tomó posesión del edificio, haciendo cesar el saqueo de que era objeto.

Como se vé, el día 14 era el señalado para que el ejército invasor ocupase la capital; á las 7 de la mañana de ese día, un fuerte destacamento de Rifleros penetró á la ciudad y dirigiéndose rápida-

mente al Palacio Nacional, enarboló en lo más alto del edificio el pabellón de las estrellas. Mil hurras y una algazara inmensa resonaron en las filas de las tropas americanas, que al momento fueron contestados por los silbidos y gritos de indignación de los grupos populares que ya comenzaban á reunirse. Los americanos que no comprendían todo el odio é indignación que semejante manifestación significaba, se hicieron la ilusión de que aquello era señal de regocijo y aprobación de nuestro pueblo, mas como veremos adelante, pronto salieron de tan craso error.

Una hora después, el general Scott á la cabeza de un numeroso Estado Mayor y escoltado por un regimiento de dragones, penetraba á su vez á la capital, y poco después el grueso del ejército invasor seguía sus huellas. Sus cuerpos con el mayor orden, tambor batiente y banderas desplegadas marchaban en columna. El comercio permanecía cerrado, pero grupos de ciudadanos en cuyas rudas fisonomías se leía claramente una cólera concentrada, se aglomeraban en las calles al paso de las tropas. Los silbidos y las risas sarcásticas hacían eco á los destemplados compases de las músicas raiitares, que más bien que alegres y belicosas marchas, tocaban aires fúnebres de acentos extraños.

Poco á poco fueron aumentando las turbas populares, un sordo rumor al principio se fué transformando en ese ruido imponente precursor de las grandes conmociones del pueblo. Así debieron preeverlo los invasores, pues en el acto dividieron las tropas en fuertes destacamentos que auxiliados por algunas baterías ocuparon los puestos consi-

derados como más extratégicos de la ciudad. —El ayuntamiento de México, había desde la noche anterior mandado fijar en las esquinas, una proclama en la que anunciando la ocupación de la ciudad por los invasores para el día siguiente, encargaba reinase la mayor quietud y orden, asegurando que las fuerzas de ocupación daban toda clase de garantía á los habitantes, pero que estaban dispuestas á reprimir con la mayor energía, el más mínimo síntoma de trastorno del orden público que pudieran notar.

Lejos de calmar los ánimos esta proclama, no hizo más que despertar la indignación y la cólera en el corazón de los ciudadanos.

Repentinamente resonaron furibundos mueras á los invasores en las masas ya imponente del pueblo; á estos siguieron inmediatamente las vías de hecho: las calles comenzaron á desempedrase y una lluvia de piedras principió á caer entre las filas cerradas de los invasores; multitud de puñales, hoces, espadas y pistolas salieron á las manos sin saberse como, y poco después, algunos fusiles de los que el pueblo se había encontrado en los campos después de las batallas, empezaron á funcionar en ejercitadas manos.

Los invasores vieron prontamente rodar por el suelo á muchos de sus compañeros, y al parecer furiosos, pero en realidad amedrantados, rompieron sobre las masas populares un vivísimo fuego así de fusilería como de artillería.

Como si estos primeros tiros, hubieran sido la señal para un combate general, las azoteas, ventanas y balcones de las casas de la ciudad, se cubrieron de ciudadanos que con armas de fuego

de todas clases, iban á tomar parte en la heroica lucha.

No bastando el nutridísimo fuego de los americanos, para dispersar y vencer á los grupos de pueblo, marchaban sobre ellos á la bayoneta, mas nuestros ciudadanos, sin dejar de hacer fuego y de arrojar piedras, retrocedían prudentemente aprovechándose de cada encrucijada, de cada plazuela para dar más vigor á la defensa. Cuando por casualidad, alguna fracción enemiga abordaba á un grupo de pueblo á la bayoneta, los puñales y otras armas de éste, jugaban con cierta ventaja, y aunque al fin tenían los hombres del pueblo que retirarse, era siempre dejando tendidos por el suelo á muchos de nuestros enemigos.

A eso de medio día, la lucha había tomado proporciones gigantescas; la ciudad se veía materialmente envuelta en humo y el polvo levantado por los proyectiles, las incesantes detonaciones de la artillería y la fusilería, eran acompañadas por la inmensa gritería y silbidos de la multitud, y la sangre mexicana, mezclada á la de los invasores regaba las calles. Si en aquellos supremos momentos, el ejército que ya se hallaba concentrado en la Villa de Guadalupe, hubiera vuelto á la capital para practicar una vigorosa vuelta ofensiva, no hay duda que los invasores hubieran encontrado su tumba dentro de los muros de la capital, y la prueba es que algunas secciones de caballería de corta fuerza que cerca de la ciudad escuchaban el espantoso rumor de aquel heroico combate, instigadas por los valientes oficiales que las mandaban penetraron violentamente en la ciudad lanza en ristre, y uniéndose á las masas

populares, practicaron intrépidas cargas lanceando á multitud de enemigos. Pero nada, el ejército obligado por sus principales jefes, permanecía inactivo en la villa de Guadalupe, cuando á una legua de distancia, se derramaba con abundancia la sangre mexicana.

El combate prosiguió toda la tarde con el mismo encarnizamiento, los invasores desesperaban ya de poder vencer á las valientes masas, mas al llegar la noche, las turbas comenzaron á disiparse, no por el fuego del enemigo, sino por el hambre y el cansancio; los fuegos se fueron amortiguando poco á poco y á eso de las ocho, el combate había cesado por todas partes; mas la decisión de aquellos valientes ciudadanos era renovar el día siguiente, desde que aparecieran las primeras luces del día.

El día siguiente, 15, apenas las primeras luces comenzaban á disipar las tinieblas, el pueblo estaba en pie y el encarnizado combate que por la noche se había suspendido, comenzó con la misma furia y nuevas y numerosas víctimas empararon con su sangre el suelo de la patria. El general Scott, exasperado y quizá temeroso de que interviniendo el ejército en la lucha quedaran sus tropas envueltas en las ruinas de la ciudad, se apresuró á dictar las medidas más enérgicas para dar fin al combate. La mayor parte de sus cañones fueron establecidos en diferentes puntos y se abrió un fuego vivísimo, así sobre las masas populares como sobre los edificios públicos y casas particulares de donde se notaba que salían tiros. No contentos con estas rigurosas disposiciones los invasores, penetraban á viva fuerza

después de romper ó quemar las puertas, á las casas de donde partían tiros, y allí mismo, sobre la marcha y sin más formalidad, sus habitantes eran pasados por las armas. El general Worth, en una relación que hace de aquellos heroicos combates se expresa de la manera siguiente:

"No era tiempo de medidas medias, y muchas personas inocentes sufrieron incidentalmente en el castigo que tuvimos necesidad de aplicar á los salidos de las cárceles; la responsabilidad pesará sobre el bárbaro y vengativo Jefe que en tal necesidad nos puso."

Esta aseveración del general enemigo es del todo inexacta; no fueron los presos de la cárcel los que en esos nefastos días combatieron, esto se probó después suficientemente con los registros de la cárcel, en donde constaba que ni un solo preso se había escapado de la prisión; nó, aquella heroica resistencia fué iniciada y sostenida por el pueblo de la capital, que poseído de una santa indignación, prefirió la muerte sobre el campo de batalla á la vergüenza de ver profanado el suelo patrio por las plantas del injusto invasor.

Los esfuerzos de éste eran impotentes para calmar la efervescencia popular, sus rifles y cañones lejos de intimidar á los valientes ciudadanos, no hacían más que enardecerlos más y más, y quién sabe cuándo y cómo hubiera terminado aquel combate si el Ayuntamiento y las autoridades mexicanas, exponiendo generosamente su vida á cada momento, no se hubieran dispersado por todas las calles y plazas de la ciudad para obligar al pueblo con sus prudentes y juiciosas

exhortaciones á que en obsequio de la misma población, abandonara el campo de la lucha.

El Sr. D. Fernando Ramírez, en un manuscrito, relativo á los acontecimientos de aquella época memorable, dice á la letra:

"La guerra pública terminó desde el tercer día de la ocupación, más no la privada que presenta un carácter verdaderamente espantable. El ejército enemigo merma diariamente por el asesinato, sin que sea posible descubrir á ninguno de sus ejecutores. El que sale por los barrios ó un poco fuera del centro, es hombre muerto, y me aseguran que se ha descubierto un pequeño cementerio en una *pulquería*, donde se prodigaba el fatal licor para aumentar y asegurar las víctimas. Siete cadáveres se encontraron en el interior del despacho, mas no al dueño. Me aseguran que se estiman en trescientos el número de idos por este camino, sin contar los que se llevan las enfermedades y las heridas. Hará cinco días que pasó por casa el convoy fúnebre de cuatro oficiales á la vez, conducidos en dos carros."

Hablando del mismo asunto el Sr. Roa Bárcena dice:

"Justo es confesar, que en tan terribles circunstancias, Scott dió pruebas de serenidad y acierto, y que el fondo de su carácter humano se reveló en sus actos. Por grandes que hayan sido para la Capital las pérdidas y desgracias en los días 14 y 15 de Septiembre, hay que reconocer que cualquiera otro ejército extranjero, ó éste mismo á las órdenes de otro jefe reposado y bondadoso, las habría causado mucho mayores. Por

otra parte, una vez tranquilizada la ciudad cesaron las medidas de rigor, y el caudillo Norteamericano no pensó en escudarse con las hostilidades de que había sido blanco su gente, para dejar de otorgar ó para disminuir las garantías ofrecidas á la Corporación Municipal.

Las jornadas á que acabamos de referirnos, fueron los últimos episodios de la desgraciada campaña de 1847, que vino á probar á la faz del mundo el heroico valor de las tropas mexicanas, así como la ineptitud é ignorancia militar de sus principales jefes; á estos dos capitales defectos se debió indudablemente el desastroso resultado que obtuvieron las armas nacionales, pero lo repetimos, las hermosas cualidades que para buenos soldados poseen los mexicanos se hicieron patentes.

Grandes fueron nuestras pérdidas en las diferentes batallas y combates librados en el valle de México, pues según las versiones más acreditadas, siete mil hombres perdió entre muertos y heridos, además cerca de cuatro mil prisioneros. El enemigo pagó el buen éxito obtenido con cuatro mil hombres cuyos cadáveres quedaron sepultados en el suelo patrio.

Los restos del ejército mexicano á las órdenes del General Herrera, emprendieron su marcha en jornadas regulares rumbo á Querétaro, en cuya ciudad hicieron alto, ocupándose sus jefes con actividad y esmero, en reorganizarlos, componer sus armas, llenar los cuadros de los diferentes batallones y regimientos y proceder á la construcción del vestuario. Como la gente de nuestro pueblo es la más susceptible de transformarse

prontamente en aguerrida tropa, muy pronto quedó el ejército capaz de entrar nuevamente en campaña.

Mas para este tiempo, los comisionados por parte de los gobiernos americano y mexicano, habían firmado un tratado de paz, que fué ratificado y aprobado por ambos gobiernos. Este tratado hizo perder á la nación mexicana, el Estado de Texas, una gran parte del de Tamaulipas, la comprendida entre el rio Bravo y el de las nueces, todo el territorio de Nuevo México y la Alta California. Sumando todo el terreno perdido, se encuentra ser de ochocientos cincuenta y un mil quinientas noventa y ocho millas cuadradas. El límite entre las dos naciones quedó marcada por los ríos Bravo y Gila.

Así terminó nuestra desastrosa guerra con los Estados Unidos del Norte.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

